

carmen naranjo

RESPONSO
POR
EL NIÑO
JUAN MANUEL

C.R.
863.6
N 218 π

EDICIONES
CONCIENCIA
NUEVA

RESPONSO POR EL NIÑO JUAN MANUEL

RESPONSO POR EL NIÑO
JUAN MANUEL

Componed por el Sr. D. Juan Manuel
de la Cruz y de la Cruz

IMPRESION DE LA BIBLIOTECA
DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

CARMEN NARANJO *Colo, 1930*

RESPONSO POR EL NIÑO JUAN MANUEL

(Premio de novela en los Juegos Florales
de Guatemala, año 1968)

EDICIONES CONCIENCIA NUEVA
SAN JOSÉ, COSTA RICA

1971

CR
8636
N218r

0)

CARMEN NARANJO

RESPONSO POR EL NIÑO
JUAN MANUEL

Impreso de papel en las imprentas
de Guatemala, S.A. 1971

62833
554720



© 1971, Carmen Naranjo.
San José, Costa Rica

Depósito legal: B.11.493 - 1971

Printed in Spain
Impreso en España

—¡Pobre Juan Manuel!

—¡Pobrecito!

Y el pobre Juan Manuel está allí con sus quince años, más blanco que nunca, aun cuando no sé si fue blanco, negro o moreno. Tengo miedo de verlo extendido en su cama, estará frío y verduoso, largo y delgado. Lo están velando dos candelas derretidas con figuras de sobrededos, carnosas y temblorosas. Pero quizá no esté aquí Juan Manuel, sino en una capilla, en el centro como en un escenario, tendrá entre las manos unas flores blancas y frescas, con un perfume de bandera transparente que se extenderá por el cuarto entre las hileras de sillas y llegará hasta el borde de... Está aquí, Juan Manuel, está frente a mis ojos, lo que pasa es que no me atrevo, sí, no me atrevo a mirarlo. Tengo miedo de encontrarlo metido en la densidad de la niebla, devolviendo la luz de sus ojos a sus propios ojos hundidos, profundas cuencas azules alumbradas de una tranquilidad pasajera. Alguien debe rezar y suspirar, los rezos son palabras suspiradas, o tal vez no rece y sólo comente que el pobrecito Juan Manuel fue un niño bueno, casi tonto, por eso se fue tan joven. ¡No se ha ido! Sería muy fácil describirlo en su

camino con un aire juguetón, casi contento de marcharse. Está aquí de cuerpo presente, trágicamente presente, dolorosamente presente. Tanto es así que su presencia y la mía hacen una sola presencia sólo distante en los pensamientos. Quizá también en las sensaciones, pero las sensaciones son pensamientos menos elaborados, tocando apenas la piel, arañándola, pidiéndole permiso para entrar y decir algo al oído. Y los oídos a veces se hacen colectivos y las sensaciones conmueven a las masas, violentas se vuelven como los tornados que rompen la tranquilidad de las palmeras. ¡Si pudiera contar la verdad de Juan Manuel, las masas se conmoverían, entrarían a este cuarto, inundarían la sala con gestos de manicomio, tratarían de despertar a Juan Manuel... Yo no puedo llegar a tanto... aquí sólo han venido mis amigos, uno reza, otro recuerda y para ser franco otro bosteza... el hambre y el aburrimiento entran en las habitaciones sin invitación. También están algunos extraños, que me parecen muy interesantes pues miran a Juan Manuel desde una altura que se eleva por momentos hasta el cielo raso, creo que de no existir ese obstáculo lo estarían mirando desde las nubes. ¿Serán ángeles recolectores? Algunos deben tener ese oficio. Tal vez sean únicamente los señores vecinos, aquellos con quienes tropezaba tan a menudo Juan Manuel tras un cristal, tras una bola, tras un grito, tras una banda de bandidos en fuga. Pero no, eso fue hace mucho tiempo. En la última época el niño se asentaba en la seriedad de la vida,

ya no corría, estaba el pobre aprendiendo a esperar como los adultos... Siempre lo he dicho: de la paciencia y de la esperanza sólo pueden hacer alabanza los estúpidos, los muertos y los pasados de moda, especialmente estos últimos que son difuntos ambulantes. Y, ¿quiénes son estos señores? Entre ellos, por supuesto, hay curiosos, los testigos gratuitos de las cosas y los historiadores aficionados a relatar lo sucedido con el apunte de los hechos presenciales. También hay, no podían faltar, los contemplativos, éstos con vocación de coro y de público, asomados siempre entre las multitudes para ver todo espectáculo gratuito. Tienen la ventaja de estar en silencio, pues siempre temen hablar pensando en que pueden perder su sitio, o en que alguien los puede comprometer a una contribución o quizá a un gesto de su cara sin arrugas. Eso sería demasiado, se han conservado en la salsa de su mutismo para no gastar sus músculos. Aquél debe ser, igual al otro que tiene a su lado, un saboreador de la muerte. Ambos están embebidos, transfigurados, no parpadean, sólo les aletea la nariz, el olor de muerte los embriaga. Confundidos en la vida, los pobres equivocaron su oficio. Sepultureros deberían ser, pero trabajan en oficinas, se encienden con el frío de las máquinas y piensan siempre cuántos años durará el que están viendo de frente. Cada anuncio de muerte los empapa en un sudor alegre, exactamente igual que ahora. ¡Bonito grupo! A Juan Manuel le hubiera gustado conversar con todos, y con su impertinencia de siempre les habría

preguntado... y qué... y por qué... y cómo es eso...
Ahora las preguntas están frías como su cuerpo.

—¿Cuántos años tenía?

—Apenas quince.

Esto de quince es una metáfora, así como lo fue su vida. Una metáfora, como en resumidas cuentas es todo, una imagen de palabras, un camino sin principio ni final consciente, y el olvido como un adorno de costumbre. La gente cree otra cosa, está tan acostumbrada a clasificar, a ordenar y a numerar. Y, ¿la edad? Pues también se cuenta con una cifra absurda. Los quince años de Juan Manuel pueden ser sesenta o cien, yo mismo no lo sé. Un año de amor es apenas un día, pero un año de soledad es tan largamente infinito, no cabe en el almanaque. Juan Manuel tuvo su día de amor y sus años de soledad y de abandono. Otra cosa extraña es que nació viejo o a veces lo parecía. Recuerdo cómo miraba las flores. Las veía con los ojos de un erudito que hubiera heredado conocimientos de siglos y frente a la flor sintiera la obligación de continuar investigaciones pendientes. No miraba, las escudriñaba con actitud de cazar un secreto, de esperar el instante del descubrimiento. Así sólo escudriña un viejo, pero también lo hace un niño heredero precoz de la ancianidad. Eso de decir "apenas quince años" resulta tan ambiguo como declarar su edad cierta, porque siempre estuvo acercándose sin involucrarse del todo. Entonces sucede que la expresión pretende una equivalencia con el no haber vivido, y esto, desde cierto punto de vista, podría tener

algún fundamento: aquí lo tenemos yéndose como quien dice al inicio de la función. Todo podría ser, pero cabe también pensar que Juan Manuel se va con una idea y ha realizado ya una necesidad, la de morir, condición primaria de la vida. Además, ya se encuentra, ya tiene una presencia definida, ha estado, es imposible negarlo. Y... ¿quién pretende negarlo? El único sería yo, que no alzo mis ojos hasta el cuerpo frío y largo, verdoso y flácido. Los demás están conformes con sentirlo o verlo. Se me ocurre pensar que Juan Manuel se pudo haber llamado Pedro y hubiera sido distinto, no estaría allí llenando todo el cuarto y filtrándose en el silencio como una gota de agua derramada. Siempre me ha llamado la atención esa rapidez de la gota derramada, viene perfilada y recogida mientras viaja y cae perdiendo toda su elegancia como una mano abandonada, cansada de girar en ademanes. Si hubiera sido Pedro, la solidez de su cuerpo habría alcanzado el golpe. Ahora lo sostendría en su cara con una sonrisa de "sigo mejor". Juan Manuel era diferente, se asustaba con los relámpagos y con los gritos. Con los rasgos encogidos, vueltos hacia un rapidísimo consuelo interno, parecía un fruto que de pronto se secaba agrietándose, recogándose, hundiéndose... Quise explicar esto a mis amigos, cuando les hablaba de Juan Manuel, pero les era totalmente imposible concebir que alguien se angostara así cuando tenía miedo o estaba asustado. "Pose, eso es pose." Así con gran facilidad vaticinaron lo que era un misterio y un rito. Con pose abarcaron, por supuesto, cierta alusión

a la literatura, ésa que nos hace confundir lo visto con lo leído, actitud que disgusta siempre a los acompañantes, pero que es la clave para entrar en el mundo mágico de las cosas que tienen su propia poesía. Esos gestos de Juan Manuel, pose o no pose, tenían su lirismo y una plasticidad de imagen que trascendía la metáfora. Allí tendrá también un gesto encogido... y no lo quiero ver. Es el ademán de su regreso, de su no muerte. Temo que Juan Manuel esté vivo.

—¿Un poco de café?

—Gracias. Negro, ¡por favor! Así está bien.

No puedo negar que han sido muy amables mis amigos. Y bondadosos. Han venido esta noche con todos los implementos de la vela. Me dieron sus pesames con la voz acongojada, cada uno a su modo. Los otros espectadores, los desconocidos, han estado callados. Seguirán así, no hablarán aunque se les pregunte, no quieren comprometerse. Es natural, están conociendo a Juan Manuel cuando se ha reducido a su último rincón, donde las palabras mueren o quizá se inicie uno en otro lenguaje, oscuro y lento con la música que debe tener el mar en el fondo, una música sin respiraciones, espesa, agitada en la lentitud de lo largo, con violencias de pesos sobre los oídos corriendo en redondas y pegajosas natas. ¿Qué pensará ahora Oquendo? ¡Si uno supiera lo que tiene detrás de sus ojos claros! Cualquiera piensa que los ojos claros sólo pueden esconder pensamientos llenos de luz, diáfanos y tranquilos, y eso podría creer si la transparencia de los ojos fuera igual en la textura de la piel y de las manos.

Las manos de Oquendo son posesivas y de una posesión atormentada. Cuando me toca o toca alguna de mis cosas, siento el temor de perderlas. Se apodera de ellas lentamente, las resoba y las devuelve cansadas, un poco ajenas, menos de uno. Quizá la claridad sea una forma permanente de apoderarse de las cosas. Esa manera de dibujar, de trasportar a su mundo lo que no es suyo... Con la luz, la propiedad se define como una geometría de alambradas; en la oscuridad, el egoísmo y la apropiación indebida tienen más fácil curso. Las noches son mi campo de acción. Ahora recuerdo: nunca vi a Juan Manuel de noche, estaba demasiado joven para jugar con el tiempo y gozar de esa delicia de prolongar las horas con el peso de la oscuridad. La oscuridad... es extraño. Uno siente que las diez son más oscuras que las nueve, lo mismo las once y las doce. Cada hora más negra conforme avanza la noche. Cada vez más espeso el misterio de prolongar el tiempo envuelto en lo oscuro, cada vez más oscuro. Juan Manuel se hubiera disfrazado para andar en la noche. Su hora preferida era el atardecer; después desaparecía. Esta noche no podrá esconderse ni desaparecer. Está atado a ese gesto de las manos dobladas sobre el pecho. Ya no tiene salida. Puedo pensar que está disfrazado de muerte o simplemente jugando con su figura para encontrar todos sus misterios. La noche es como una caldera a punto de estallar, embriaga en su hervor, porque hierve como el fruto a punto de fermentarse, es el calor de la transformación que tan fácilmente enseña el fuego en su clara imagen de llamas.

El fuego que a veces se esconde y se manifiesta en otras formas menos evidentes. Juan Manuel era un niño incendiado, por eso incendiaba. Cerca de él sentía el fuego en mi cara, lo sentía con su llama de amarillo rojo. Oquendo no podía llegar hasta estas sensaciones, sus ojos claros se hubieran achicado, su piel se habría deshecho en escamas de frescas quemaduras. Es mi amigo, lo conozco y lo quiero, pero tengo miedo de su posesión sin aire, de que se acerque demasiado y ya nunca más pueda ser yo mismo. Me haría perder a Juan Manuel, lo empezaría a ver desde sus ojos, notaría sus defectos, comprendería su falta de vitalidad y su pequeño mundo asfixiante perdería el sentido místico que ha tenido de reverencia a la creación. Somos dioses desterrados y nos vamos creando en dimensiones largas de sueños para confundirnos frente a las paredes y caminar siempre más allá de las palabras. Oquendo es un dios desterrado en la amargura, descubro tarde que la claridad de sus ojos es amarga.

—Hace frío.

—Sí, mucho.

Un frío nervioso se extiende por el cuarto. Quizá pueda dormir un poco en este sillón, tal vez hasta llegue a soñar. Cerraré los ojos y veré mis párpados rojizos. No, eso sólo se puede hacer frente al cielo. Se siente uno cansado, muy cansado, quiere cerrar los ojos y la mancha roja de los párpados se vuelve un látigo del sol. Aquí la oscuridad me rodea como una cosa que se palpa, la oscuridad que se irá haciendo más oscura y ya sale desde esas candelas rodeando la

figura de Juan Manuel o el disfraz que estrena esta noche sin la ilusión con que usó aquel traje para ir al cine. Ese día supe de su realidad de imaginero. Su propiedad de imágenes era inagotable como la de un joven poeta sin versos, cargaba un baúl de recursos gráficos. Por eso no pudo distinguir lo real de lo irreal en aquella película, vivió la guerra, sintió la tristeza de los muertos y de los vivos, se metió dentro de los escenarios movедizos, se inundó de palabras en otros idiomas, aprendió gestos de malvados y sonrisas con impactos de crueldades. Salió cansado y viejo, y nunca más quiso poner un pie en un cine. Tampoco quiso aventurarse en los libros. Le bastó leer la tragedia de un niño huérfano para comprender que no podía adquirir lágrimas de otros, que lloraba en sus propios ojos con gestos desesperados. Desde entonces se confinó al campo de su propia imaginación, fue la actitud más decisiva y sana de su vida. Su mundo de imaginero creció al alcance de sus recursos y de ahí nació esa pureza tan suya, traslúcida en palabras que eran como descubrimientos de las cosas más simples y más hermosas. Recuerdo cuando una vez me habló del sol, de su camino y de su atardecer moribundo y diario. Nunca había oído expresiones semejantes, ricas de contenido sobre un espectáculo cotidiano. Podría decir que Juan Manuel había descubierto un lenguaje propio del sol, tan reverente como el del rito deslumbrado y respetuoso de los indígenas, tan sólido como el de un libro de astronomía y menos cansado, pues se apoyaba en imágenes de relaciones sencillas en que

circulaba en deseos peregrinos de nacer por primera vez ante un mundo deshabitado y ser un descubridor de asombros. Esa gracia infantil de vivir recogiendo los mitos más nobles del ser humano, los mitos de respirar, correr y crecer como un efluvio de sangre con sentido. Quizás estoy intelectualizando mucho esa forma de ser de Juan Manuel, porque la verdad es que no pudo seguir una corriente determinada y, a veces, destrozaba con avidez sus propias creaciones para poner fin a su más íntimo deleite. Venían sus días grises. Se empeñaba en decir en esas épocas que llovía cuando el cielo estaba más azul y despejado. Pretendía sumar escenarios a su desconsuelo interno. Terco y pálido dio por encerrarse en un silencio de raras sensaciones, que le llegaban con sonos de soledad y de dolor. Esto le sucedió con más frecuencia en la época en que empezó a esperarse, como si se hubiera adelantado en un camino y fuera necesario sentarse a contemplar mientras algo de uno mismo viniera detrás. Era el tiempo en que su palabra preferida, "absurdo", se mezclaba deshilada en sus pocas e incoherentes frases. Pero Juan Manuel no podía detenerse en un sitio. Su desánimo también era un tránsito. Luego venían las grandes zancadas y la historia de aquel amigo, un muñeco del diálogo en el único espejo que necesita un niño para atrapar la abundancia de sus soledades. Jugaban juntos a los grandes acontecimientos, el juego más extraño de que he tenido noticias. Su amigo era el actor principal y Juan Manuel el autor, quien preparaba el acontecimiento con sus detalles. Una especie

de dramatización de los hechos que llamaban su atención. La imaginación de Juan Manuel encendía su cara en unos contornos inolvidables, y podría distinguir su voz, aquella voz de sus juegos, en un coro aunque no fuera el solista y estuviera apenas murmurando alguna cosa sin sentido. Una voz aguda, segura de sí misma, con un lastre de canto negado y huraño, semejante al de que se niega la seguridad en un temblor fingido.

—¿Estás dormido?

—No. Estaba recordando cosas de Juan Manuel.

Abro los ojos y me encuentro con los de Oquendo. Me mira con un signo protector, quizás espera que me quiebre en pequeños pedazos y por eso pretenda sostenerme con su mirada. Jorge está frente a mí con un gesto solícito. Él amó mucho a Juan Manuel. A veces celaba su interés, su vigilancia, su avidez de noticias, su modo de aconsejarlo, su deseo de que anduviera recto, de que no tropezara. Ahora creo que me acusa con sus atenciones, esa forma de devolver con bondades los imperdonables errores, esas manifestaciones cristianas, tan diabólicas, que se recompensan con sonrisas y agradecimientos, mientras por abajo crece el odio y la rebeldía y el deseo como un grito de basta. Jorge detestó siempre mi manera libre de querer a Juan Manuel, quererlo como era y dejarlo que fuera en la libertad de sus caprichos. Pero él tenía otra fórmula, la de los diagnósticos revestidos de afectos y de sabidurías, presintiendo desplomes sobre el equilibrio simétrico de los días. El "debe ser" conju-

gado con el futuro, así: ingrediente de una magia que garantiza un paso firme. Tal como el calcio en la lactancia, el jugo de naranja, un vaso de agua al tiempo en las mañanas, el ejercicio saludable. Jorge ahora guarda discreto sus avisos, los ha hecho inexistentes en la gracia de su benevolencia. No me engaña; están presentes en cada uno de sus actos, pero los esconde con cortesía. Me ha preguntado si duermo y me aconsejaría que lo hiciera aun cuando creería que de hacerlo estoy de nuevo mirando con indiferencia esa cruzada heroica de Juan Manuel por la vida, volviendo a abandonarlo. Porque pensó que lo abandonaba cuando comprendía sus deseos, o los sentía apenas, y respetaba sus andanzas, sus silencios, sus soledades o sus caprichos. Aquel día, en la iglesia, cuando lo llevé por primera vez a que contemplara la forma en que los hombres han trasportado de aposento en aposento los altares y encontrara allí con respeto la vejez infinita de Dios, Juan Manuel estaba en otra parte. De pronto descubrió las imágenes, el silencio, la penumbra. Fue recorriendo el templo con una curiosidad sensual que lo movía a tocar y a oler tapetes, las figuras de yeso, los terciopelos humedecidos de las cortinas, las herrumbradas fuentes de agua, alcancías brillantes por el resobo de las esperanzas, confesionarios con ese escalofrío de las voces íntimas. Dijo tan sólo: "Éste es el lugar ideal para el juego de los acontecimientos". Estaba en lo cierto, pero no preguntó por Dios, no lo encontró, vio un escenario vacío y pensó en su utilidad, con fines egoístas. Jorge comentó que

esas ideas denotaban una falta extrema de cultura. "Hay que cultivar a Juan Manuel, hay que refinarlo, no puede seguir confundiendo un templo con una simple plaza de juegos." Medía mis actitudes en la forma complaciente del que se divierte y pretende hacerse niño con sólo estar en su compañía y estimular un poco sus reacciones puras. Y Jorge hablaba con Oquendo y con Ernesto, los tres llegaban a hacer un frente común y las frases salían en polémicas preparadas en el "diré" y "me dirás", agudas como puñales nuevos, esgrimidas en cada pausa, en cada brecha y aun desbordadas en los mismos preámbulos de los encuentros. Entonces jugaba con las argucias del tiempo. Lo pensaré, ya veremos, mañana. Estarán pensando que ya no hay mañana ni pretextos, que estoy en un callejón sin salida, que Juan Manuel se me fue de las manos y ha quedado con graves repiques mi responsabilidad de indolencias y de vanidades egoístas. Se han acabado las oportunidades de encontrar errores y corregirlos. Los hombres se han deleitado por siglos en ese afán de clasificar actos buenos y malos. Juan Manuel no tiene futuro para decir después: la razón estuvo de una parte y la verdad fue un hecho determinado. El conflicto está aquí, en el presente perpetuo de un tiempo que se va mientras el de uno mismo no termina. Con cada muerto quedan las preguntas, las respuestas mueren con él. Ahora recibo muestras de condolencia afectuosas y olvidadizas, regalos de consuelo que hasta tienen señalamientos hipócritas de reconocimientos a las actuaciones y a los recuerdos. Esa

forma de tomarme del brazo, de buscarme un asiento, de alistarme una taza de café, de preguntarme tantas veces cómo me siento, ese aconsejarme dormir que es equivalente a decir olvida tus pecados, tus culpas, tu irresponsabilidad, tu cariño maligno... Pero, estoy convirtiendo a mis amigos en enemigos y ellos son los únicos testigos de Juan Manuel y de sus cosas, los únicos que me quedarán para recordarlo y revivirlo, para hacer trascender sus hazañas, para volver a montar su vida en la dimensión de lo que fueron sus realidades. Han olvidado las preguntas, ya no se acuerdan de ellas. Estos gestos solícitos son de amistad y no de incriminación. Nadie me está acusando. Estamos aquí para llorar a nuestra manera la idea de Juan Manuel. Y cada uno lo está haciendo como mejor sabe hacerlo. Oquendo mira mi dolor sólo para comprenderlo y compartirlo. Jorge me complace porque soy el heredero de las cosas de Juan Manuel, aun cuando no le gusten mis recuerdos. Para Ernesto estos actos y los otros nunca han tenido importancia. Está aquí porque teme estar solo, busca nuestra compañía y no le importa lo que ésta traiga consigo. Y, ¿las polémicas? Volverán. Estoy seguro. Mañana o pasado, tal vez cuando la oscuridad se haga más densa y se vayan los desconocidos. Jorge dirá que todo empezó muy mal, la creación es como un árbol siempre hacia la altura, pero con raíces hondas en la tierra. Oquendo pensará en la debilidad propia de la vida y dirá que es una mitad disminuida aún más en la muerte, para concluir en las hazañas heroicas del revivir que alcan-

za su plenitud en el momento del repaso, cuando se empieza a recrear lo creado, así volverá a nacer Juan Manuel en la posesión de su inteligente claridad. Ernesto perfeccionará las dos teorías, para sentir llena su soledad de palabras compartidas, y sin importarle los conceptos, quedándose únicamente en los sonidos, empezará una historia en que mi papel se irá reduciendo al de mero espectador de los hechos. ¡Qué diablos! Me sentiré admirado de cómo sin creer, sin importarle, siendo incapaz de hilar sus propios pensamientos, podrá alcanzar tanta lucidez con las cosas ajenas. Y entre las voces surgiré fiero con las palabras candentes, lleno de esperanzas por aderezos, para explicar la circunstancia y la esencia de Juan Manuel... tal vez no diga nada y me embriague sólo en los recuerdos y en las presencias, reales y absolutas, absurdas y ciertas, profundas si alguien se detiene a mirarlas con la intención de penetrar su suma de adjetivos y a desentrañar esa sustancia que flota en el vacío, a punto de desintegrarse como todo lo movable y lo quemante. De ese modo Juan Manuel vivirá en el poder de lo mío, igual a aquella oportunidad en que le regalé el primer juguete, lo tomó entre sus manos y luego de observarlo detenidamente me dijo: "no me gusta porque algún día se terminará y me dejará solo, gracias no lo quiero". Una motocicleta roja con un payaso acrobático quedó sin sentido en mis manos. Comprendí en seguida: pretendía ser amo de su vida, emperador de su realidad, alcanzar la permanencia de sus posibilidades. Ante ese horrible deseo, ante esa cruda aspira-

ción, ante esa avidez de lo sólido, ¿qué podría hacer? Los seres como él no salen de su infancia. Al empezar apenas el tránsito hacia su juventud, los signos de la muerte se pintan sobre el rostro. Esos silencios de espera, esas poses contemplativas, ese sentarse en el camino y ver para atrás, sólo tenían un lenguaje dramático: el de la muerte.

—No tenemos cigarrillos. Voy a la esquina a comprarlos.

—Hasta luego.

Fumaremos, comeremos, hablaremos, esas funciones colectivas alrededor de un Juan Manuel con los pies detenidos en la ausencia, mudo en la estrechez de un aire que toca sus bordes y no lo penetra, lánguido en la debilidad de sus ademanes eternizados en un solo gesto sin movimiento, impenetrable como las cosas que adquieren la figura y con ella la estabilidad temporal de su existencia. El silencio de este cuarto es como una gelatina que toma surcos de temblores cuando uno de nosotros se mueve. Se oyen las respiraciones y el momento en que pierden el ritmo, cuando alguno requiere aspirar más aire o exhalar violentamente el que había tomado de más o deshacer un enredo de corrientes en la garganta. La única respiración que no se oye es la de Juan Manuel. Tomaba el aire con gracia, en pequeños sorbos austeros y silentes. Apenas si percibía su aspiración y exhalación, y cuando se agitaba tenía miedo de respirar profundo como si el aire fuera a herirlo por dentro. Tantos episodios del Juan Manuel resumido en esa cama. La velocidad

de sus ojos y esa impaciencia de no alcanzar el fondo de su mirada. Después, esa forma de acariciarse a sí mismo como si los huesos por dentro le dolieran. Empezaba por rodearse la muñeca con los dedos de la otra mano, por alisar el vello rubio que nacía en su brazo dorado por el sol, por resobar sus rodillas como si quisiera compactar el enjambre circular del movimiento, luego pasaba su mano larga en un conocimiento detenido de sus huesos y de sus músculos, para terminar hurgando por pequeños granos que reventaba en una impaciencia de cuerpos ajenos, extraños a él mismo. Esas caricias tan íntimas y reveladoras del apego profundo a sus contornos de carne, transfiguradas en fuego y que uno aprende poco a poco a detener con una conmiseración de energías sin cauces conocidos. Y es que Juan Manuel cumplía con ese mito de la primera apariencia, generadora de las otras, sin saber de su origen. Hablaba de disfraces con la intención de descargar el fuego desperdiciado en la inmovilidad forzada, pero se adelantó en la profundidad de su forma sin necesidad de esculpirse con ademanes impuestos, buscó lo natural en el ejercicio de sus impulsos, intuyó la gracia de sus descubrimientos virginales sin importarle la lógica común del crecimiento. ¿Cómo traducir estas cosas tan vitales, tan cargadas de originalidad, tan simples pero tan inusitadas? Las justificaciones son el responso de su muerte.

Un aire de junio sin año se enreda en los cipreses. Huele a lluvia regada en la noche anterior hasta el alba. Gérmenes de humedad se condensan en las paredes. Sobre el suelo, el sol desfigura las ventanas.

Un muchacho alto para su edad, casi demasiado, se mira en un espejo. Parece que ha crecido por partes, un poco distorsionado, muy largas las piernas, corto el talle y pequeña la cabeza, donde sobresalen los ojos brillantes y húmedos. Hace un ademán de baile moderno y luego se acerca al espejo, tanto que el borde frío toca su nariz, suficientemente definida para acentuar y hacer hondos los otros rasgos, con sombras que destacan un rosado bronce sobre la piel tensa del rostro. Con un dedo recorre sus facciones.

—Buenos días, señor de su mundo.

Con un paso corto y saltón llega hasta la puerta, antecedido por una graciosa reverencia sale a la calle. El sol ha puesto una línea de sombra y luces, limitada por el dibujo horizontal de casas y techos en una masa sólida y transparente por la que circulan sin mucha observación gentes y vehículos. Atraviesa codeándose en la conversación de personas reunidas en la novedad de un saludo o de una noticia. Y no pasa en silencio,

agrega una frase inofensiva, "que les vaya bien", "con su pan se lo coman", o castañetea sus dedos. Al cruzar una calle, con el pretexto de evadir los vehículos, sube a las aceras con soltura de balletista ante el difícil extremo de lograr el equilibrio tras un giro de excéntricos revoloteos. Encerrado en su oído, con el énfasis y el tono de las voces altas, lleva un monólogo en que interviene un dialogante invisible. Cuando se detiene en un escaparate saturado de corbatas, que seguramente un antiguo jugador de soldaditos de plomo decoró pues aparecen en filas y terrazas, largas como espadas de trapo, piensa en hacer para Carlitos un nuevo juego de corbatines, que coincida con sus últimos trajes. En el bolsillo de su camisa lleva a un personaje peculiar, el más inteligente y el más dormido lo confundirían con uno de esos envoltorios de papel blanco que utilizan con frecuencia los niños para pretender juegos de humo y tabaco sin el problema de intoxicar los pulmones o de esconder olores y sí la ventaja de afianzar los dientes con el machaqueo del rollito, que acaba babeado y cada vez más corto por los mordiscos y el mal manejo del aprendizaje. Pero el muchacho es tan rápido en sus pensamientos como en sus pasos. Ha olvidado la sugerencia de la ventana cuando frente a otra contempla lomos de libros y de revistas, con tan lindos colores para la ropa de Carlitos. Es su secreto, o un secreto a medias. A los demás les habla de un amigo que vive lejos del sitio en que se encuentren y aparece cuando menos se piensa, siempre en el centro de sus soledades.



Ahora atraviesa una calle en el momento de una venta radiante de verduras. La alegría de las zanahorias, tomates, lechugas, ramitas verdes chorreantes de frescura, adelgaza el aire, lo hace liviano y lo llena de un comercio sincero en que parece no existir el hambre. Se para cerca de un tramo de repollos tiernos y encerrados en un remolino de hojas. Entonces percibe que el mercado canta con las voces alteradas por la conciencia de un oficio que se cumple alegremente. Quiere ser parte de aquello, recoger algo y gritar cantando como los otros las oportunidades que se ofrecen. Los sitios están distribuidos y un espectador molesta. Sigue caminando, pero su rostro poco a poco se torna sombrío. No avanza. Las calles y las caras son iguales, y cada vez se acentúan más sus signos borrosos. Siente un cansancio envejecedor que también envejece las cosas que ve a su lado. Todo parece haber perdido espontaneidad. Sin saberlo retrocede velozmente. Busca un lugar, algo nuevo, algo joven. Cada cosa en su sitio, siempre en su mismo sitio, le trae una sensación de agotamiento y respira como si se estuviera ahogando. Las calles, las ventanas con sus objetos, nada le ofrece novedad. Cruza las ventas y encuentra que ha desaparecido el canto, un tono viejo, cansado, cumple un oficio de ofrecer sin convicción. Camina y sus mismos pasos suenan infinitamente iguales. Trata de correr, pero la sensación de estar en un mismo sitio, siempre el mismo, persiste como una raíz inmóvil y esclavizante. Quiere levantar los ojos hacia el cielo, y le falta fuerza para hacerlo pues sabe que

la enérgica claridad de esa perpetua luz de verano lo herirá antes de que pueda extender su mirada segura con un ademán de crecimiento. Opta por empequeñecerse y clava sus ojos en las piedras grises y porosas que le repiten su estancamiento, su afán de moverse sin avanzar, su apego a ese rodeo inacabable de bordear sin penetrar. Sin motivo para ello, un sudor frío humedece los bordes de la camisa. Y cuando piensa que ya no puede más, no hay aire para sus pulmones, no encuentra fuerzas para otro paso, está frente a la puerta de su casa que cede a un movimiento de sus muñecas y enseña un corredor oscuro y fresco.

—¡No aguanto más! ¡No aguanto más!

La casa está sola y huele a soledad. El corredor da a un pequeño patio de luz, un macetero improvisado de begonias y geranios que desploman sus hojas en una ruina de sequedades amarillas. Es la única parte en que el moho no se ha extendido en una marca de pinturas que semejan goterones de lluvias almacenadas o damascos a medio dibujar por un impaciente pintor de nubes. Las cuatro puertas del corredor dan a cuartos vacíos. Con los pies casi arrastrados, el muchacho ingresa al cuarto vecino del patio de luz. Vacío de muebles, un espejo colgante y cuadrangular a lo largo de la pared se confunde con los tabiques y conserva el mismo olor de humedad. Apoya su frente en la frente reflejada.

—¡Qué cansancio! ¡Qué cansancio!

Y el cansancio parece acumularse en sus músculos que se van aflojando hasta quedar extendido en el

suelo, siempre con la cara frente al espejo y la mirada perdida en sus ojos fijos de vidrio.

—Hoy creí que sería distinto...

Después sonríe y como encantado por su sonrisa castañetea sus dedos en un llamado alerta, que parece despertarlo. Sentado frente al espejo, extrae el rollito de papel y una cajita de fósforos. Coloca con lentitud los pequeños trozos de papeles brillantes, para luego vestir a Carlitos. Increíbles pantalones sedosos, inimaginables sacos de terciopelo, diminutas camisas blancas, hilos de corbatas de colores y unas solapas vueltas que deslumbrarían al más prodigioso sastre.

—Vamos a fijar el acontecimiento... será un día cualquiera, igual a los otros... un día real como tantos, aburrido como hoy, fastidioso. Un vestido gris para el trabajo...

Carlitos tiene un pantalón gris, un saco gris, una corbata azul y un sombrero color pajizo. Lo sitúa delante del espejo, lo mueve en un arreglo cuidadoso de indumentaria. Con una voz cambiante de tonos, se prepara para salir diciendo adioses engolados y enfáticos, tan poco convincentes como extremosos. Luego cruza un parque y encuentra un amigo. Carlitos se desplaza para darle campo y mirarlo de frente, van a entablar una conversación amplia que necesita su espacio. Hablan del nuevo contrato que ha conseguido Carlitos, se trata de construir unas plazas muy grandes donde podrán jugar todos los niños del mundo sin tener problemas de bulla, peligros y molestias. ¿Y las caídas? Los niños siempre se caen y vienen las

quebraduras. No, eso no pasará, el piso estará protegido, será de esponja. Y con ceremoniales despedidas, sigue su camino hacia su vehículo que ahora es la cajita de fósforos, que ha dejado ya su oficio de armario. Llega a un edificio respetable, con una entrada de cipreses. Con pericia de atleta, en una sincronización de movimientos estilizados, estaciona el vehículo y sube la escalinata con una cartera de papeles, recordada sobre una ilustración de revista gris oscuro. La importancia del personaje y de su misión, la saben de antemano recepcionistas y ujieres, pues las puertas se abren a su paso y ahora está en un gran salón donde Carlitos expone su proyecto ante una mesa redonda. Los oídos atentos de unos señores muy serios dicen que sí sin otro preámbulo que menear su cabeza con signos afirmativos. Pero la mano que sostiene la escena parece cansarse. Arruga el traje, falsea la pauta y Carlitos vuelve a su lugar en el bolsillo sin haber saboreado el acontecimiento cumplido.

—Hoy no estoy para jugar. Hasta Carlitos tiene cara de aburrido.

Abandona el espejo mirando las paredes que refleja y las vuelve a ver cuando está extendido totalmente en el suelo. La soledad le sube a la garganta como un sollozo, le duele ese cuarto vacío y sin muebles. Pero no llega al llanto, no puede concentrarse lo suficiente para sentir lástima de sí mismo, se encoge apenas para detener el dolor y luego se estira para comprobar que ya no existe. En el momento de relajarse como un sonido plano, su atención se difunde en un

recuerdo. Ayer le advirtieron que traerían los primeros muebles a eso de las once. No debe faltar mucho para que lleguen. La noche fue fría y tal vez algo incómoda, pero soportable igual que los otros días. ¿Cuál fue el más bonito? Pensó en aquél, cuando un señor de cara afilada y un acento hundido en los finales de las frases lo escogió para salir del orfelinato y darle el oficio de cuidador de casas vacías. Aquel día fue el más bonito en proyectos, la felicidad de andar como un fantasma por aposentos solitarios y extraños, la compañía de Carlitos durante tantas horas sin tener que esconderlo o avergonzarse de sus conversaciones, dejar de oír "es un mamita, juega con muñequitos", correr libremente por las calles, tener una tarea, un oficio, sentirse un ser humano. Todo eso fue bonito, pero fue más lindo el día en que todo lo pensó. Era su primer acontecimiento real, sin ayuda de la fantasía... la fantasía tiene sus ventajas, la facilidad del movimiento, la rapidez con que se camina, la forma de terminar y de no terminar nunca, esa alternativa abierta de cambiar y de escoger otra cosa.

—Pronto vendrán y estaré en otra casa.

Ésta le había gustado. En la noche sonaban las ventanas como si alguien caminara en el cielo raso. Hubo un momento en que creyó se había quebrado algún cristal. Después comprendió que se colaba la bulla de la otra casa y ahí sí había alegría. Cerca de las diez empezó la música y las voces eran tantas que no se podía identificar a una sola, salvo quizá la de un viejo que constantemente exclamaba: viva don

Pancho y al que no le guste que se muera. Muy cerca de la madrugada el sueño se mezcló con voces y conversaciones que iban escaseando, hasta que al final, cuando renacen los ruidos de vehículos y de pasos con frío en la calle, oyó medio dormido que alguien se quejaba de la suciedad y del descuido mientras halaba muebles, recogía basuras y lavaba vasos. Bajo el tintineo de los cristales y de los chorros de agua fresca, perdió la conciencia recolectora de ruidos y se adentró en el sueño de siempre, ese sueño que podía recorrer con los ojos abiertos y recordar en sus más mínimos detalles. El sueño de las noches largas. El corredor, el largo corredor por donde soplaban un viento frío que lo dejaba a uno helado de golpe, sin poder moverse, lo mismo que pasa a todos los niños mentirosos, que se vuelven de hielo y el frío les duele en las entrañas. Igual a como lo decía el padre. Sé que estás mintiendo y te vas a quedar helado, te dolerá el frío y nadie podrá hacer nada por aliviarte, la biblia lo dice: quien miente se hace de hielo. Más allá del corredor había caminos, bosques, miles de cosas nuevas. Pero había que pasarlo y el viento era muy listo. El muchacho se ha levantado y el sueño y los recuerdos huyen. Un ruido en la puerta lo hace pensar en otras cosas. Unos hombres con trajes de trabajo miden puertas y calculan con los brazos abiertos o con grandes zancadas. Un camión con muebles anuncia el arribo de habitantes a la casa solitaria y húmeda. Las begonias y los geranios se libran de las

hojas secas en el ajeteo, para revelar que eran un cuadro de otoño sin marco.

—Todo está bien, ¿verdad que está bien?

Alguien dice que sí con desgana y toma las llaves sin ceremonia. El muchacho siempre atento a los gestos se emboha en los movimientos, pues admira esa forma segura de comunicarse sin mirar los ojos del interlocutor y como pensando en otra cosa más importante condescender a respuestas de signos instantáneos, que si uno no era muy rápido en percibir podrían desaparecer con el mismo ademán de su expresión. Si alguien no le dice: "bueno, ya usted acabó", con un signo interrogativo de eficaz afirmación, habría pasado las horas contemplando y hasta se habría puesto a colaborar en la descarga y acomodo de los muebles.

De nuevo en la calle, vigiló con un ademán cierto la compañía de Carlitos. Tenía miedo de perderlo, y no quería pasar otra vez por la experiencia que tuvo en aquella casa grande. Llegaron los del traslado en el momento de un juego de acontecimientos. Por cierto que esa palabra la había aprendido de un pregón de noticias. "El diario, el diario con grandes acontecimientos." Le pareció tan importante la palabra. "¿Acontecimientos?" El viejo dibujante de rótulos en la oficina que trabajaba, dudó un momento. Luego de carraspear la garganta contestó: "son sucesos, tragedias, qué sé yo, grandes cosas que pasan". Mientras decía "grandes cosas", abrió los brazos como si la expresión misma fuera pequeña. Pensó que a él y a Carlitos les pasa-

rían también enormes acontecimientos, y el más grande fue ése en que casi los sorprenden y en la precipitación dejó olvidada la cajita en un salón muy amplio, con unas ventanas que daban a un jardín tan organizado que parecía un cementerio en día de visita. Cuando se dio cuenta de su descuido, regresó corriendo y atropellando sin consideración a la gente por las calles. El salón estaba completamente revuelto, había cambiado hasta de dimensiones. Los muebles y los marcos en desorden lo habían angostado. Nunca comprendió ese afán de las personas por recargar los aposentos de tantas cosas raras y asfixiantes. Parecían tener el don de encerrarse. Sorprendido de que apenas a unos instantes de distancia hubiera cambiado en esa forma la atmósfera y la apariencia de la habitación, no pudo localizar el lugar exacto donde había dejado la cajita. La buscó con la vista adivinando la presencia de un bulto entre los papeles de los desempaques que alfombraban el piso, después recurrió al tacto, pero los hombres se inquietaron y le preguntaron por lo que buscaba. Con la timidez derivada de un secreto que le era vergonzoso, se limitó a decir que algo sin importancia. Aquella desvalorización le hizo replegarse sobre sí mismo y abandonar el aposento y la casa con acentuada tristeza. Ya en la calle se avergonzaba de su vergüenza y de su timidez, habían sido un negar cobarde a su amigo. ¿Qué pensarían aquellos hombres o después los limpiadores al encontrar la cajita con un cigarrillo de papel y luego pantalones, sacos, corbatas y camisas de diferentes colores? Un rubor le subía

por las mejillas, seguro de que reconocerían su infantilismo en un juego de niñas y hasta sus oídos llegaba el calificativo de mariconcito.

—¿Cómo sabrán que eran mías?

Entre la pregunta consoladora y la respuesta con explicaciones deshiladas, se iba agudizando el dolor de haber perdido a Carlitos, de dejarlo en manos extrañas, de verlo girar en círculos de basuras y morir finalmente acumulado entre papeles y polvo. Se le hizo dura la tarea de reconstruirlo con su ropa y sus recuerdos. Mientras caminaba hacia la otra casa desocupada que cuidaría por tres días, pensó en el acontecimiento de un naufragio. Así se reconstruyó la vida del pequeño muñeco, con trajes recortados de revistas viejas y el cuerpo sobresalió de un encerado blanco perla en que venía envuelto un chocolate comprado como un antojo en un abastecedor de lujo. Carlitos conservó un perfume de cacao y azúcar por muchos meses, hasta que se disipó en una constancia de madera revejida. Ahora está en su bolsillo seguro, bien guardado. Sus pensamientos cambian porque ha entrado en la cafetería de siempre, para pedir un café con dos tacos enchilados y sus ojos se concentran sin quererlo en la mujer que sirve. Se llama Antonia y los comensales de más confianza le gritan "linda" mientras le palmotean las nalgas, en gestos que el muchacho encuentra saturados de maldad sin saber exactamente por qué. Antonia lo trata siempre como a un cliente sin importancia, tal vez por el pequeño importe que consume o por la pulcritud con que come cuidando no

derramar el repollo grasoso que se desborda al morder la tortilla tostada. Él apenas si se atreve a molestarla por el vaso de agua, que nunca le sirve y a veces requiere con urgencia para librar su garganta de una sequedad hiriente cuando acaba el café y todavía le falta un pedazo de tortilla con la grasa fría y cuarteada de la mayonesa. Pero cuando ella no está cerca ni puede descubrir su mirada, la sigue con los ojos fijos en su cara hosca y cansina en que se alteran las facciones con una máscara de coloretos, rayas y dibujos de dos lunares que se hacen poros negros y movedizos en el cutis grasiento. Le atrae ese rostro de durezas quebradizas, que a veces suelta una risa jadeante y enseña unas encías moradas que desentonan con el rojo de los labios. Encuentra una gracia indescriptible en su cuerpo, especialmente en sus manos, pues a pesar de las venas gruesas y azules que las adornan hinchándolas de cintas, tienen una agilidad segura de movimientos y se despliegan en diferentes situaciones hasta limpiar con un delantal húmedo la mesa en una especie de efectos mágicos. Sin dejar caer siquiera una borona, el limpión con rapidez de escobilla capta la última basura movido con una sola mano, ya que la otra ha organizado el traslado de platos y cubiertos. A través del movimiento de las manos, los ojos se detienen en la vibración de los pechos, que se precipitan como dos frutos de un árbol en plena cosecha cuando se atreve a alterarlos el viento. Después le produce un placer la forma en que recoge los dineros de cada mesa y da los vueltos, pues Antonia con la seguridad

de un jefe cuenta las monedas y las coloca en un orden ascendente para llevarlas luego a la cajera, una mujer muy lavada y pálida, tan seca que sus labios parecen desvanecidos y sus ojos filosos. El muchacho piensa que una mujer como aquélla nunca se habrá podido dar cuenta de los revoloteos de caderas con que acentúa Antonia cada movimiento, cuando las alza y las baja en gesto de desafío y pregunta. Cuando está frente a él, la cadera trepada extiende plana la mesa y al recibir la orden se desvanece para vibrar en el conjunto que camina rumbo hacia el mostrador donde reafirma su orden con una voz de mecánica anotación: "Un café y dos tacos enchilados". Si Antonia cobrara por dejarse observar, el muchacho con gusto pagaría la tarifa, pero al pensar eso se siente como si hubiera afectado la integridad de la camarera en una forma más audaz que los tocadores de sus nalgas, mientras ella esquivaba los muslos en un juego de temblores. Un día, cuidando una casa en las afueras de la ciudad, una chiquilla vecina, menor al muchacho en años y estatura pero tan precoz como la malicia que volaba en sus ojos, le preguntó si tenía novia. Él contestó con un gesto aprendido para decir: "Eso son tonterías". La muchachilla, insistente en su deseo de hablar sobre estimulantes coqueterías, comentó sin esperar mayor atención a sus confidencias los múltiples cortejos que recibía de compañeros de juegos y aun de hombres que duplicaban su edad. "Novio no tengo porque eso es una plaga, sin embargo, si tienes interés es cosa de que discutamos sobre el carácter y la situa-

ción y si me vas a invitar y a qué...” Después del discurso expositor de iniciativas, la jovencita se arregló el pelo en espera de una respuesta y luego se pasó la lengua por los dientes para comprobar su limpieza. Ante la mudez del muchacho que había continuado su labor de desyerba, y como si dudara de la evidencia de haber sido oída, repitió la lista de sus cortejos y su actitud displicente, ya que “el noviazgo es un dolor de cabeza y los hombres siempre andan detrás de cosas que las niñas honradas no podemos dar, pero si es diferente y si hay otras intenciones, es cosa de hablar y de ponerse de acuerdo porque las palabras lo aclaran todo y entonces mediante la conversadera puede llegar el acuerdo y estando la situación clara puedo ser tu novia siempre que eso me convenga...” Agotada esa nueva iniciativa sin otra respuesta que el movimiento silencioso del muchacho amontonando las hierbas arrancadas, la joven optó por marcharse después de aclarar que había dicho aquello sólo por hablar de algo mientras veía desyerbar, conforme a su pasatiempo favorito de hacer comentarios sobre cosas en que ni siquiera había pensado seriamente y que en ninguna forma podría entenderse de lo dicho algún interés especial de su parte. Ya solo, pensó en una novia y en por qué durante la visita de la vecina la figura de Antonia se había plantado ante sus ojos en una perspectiva extraña, en que aparecía como algo perfumado y suave que lo estaba esperando. Ese día hizo una larga caminata antes de decidirse a entrar por el café y los dos tacos. Compró un periódico para leerlo

mientras esperaba el servicio, tal como hacían los trabajadores que se enfrascaban en las columnas dobladas por partes. Antonia llegó con una cofia nueva, de color verde, por la que se asomaba su pelo desordenado. Su frialdad y su indiferencia le dolieron más que nunca; ni siquiera lo daba por conocido a pesar de su diaria presencia y de su pedido siempre igual. Cuando la pudo mirar de lejos encontró en su rostro huellas de desvelo y de sufrimiento, que lo torturaron en curiosidades que no podía confesar. Esa noche se le hizo larga y sintió que la humedad del suelo lo helaba sin necesidad de atravesar el corredor del sueño. El diálogo con Carlitos no lo consoló, aun cuando jugaron al gran acontecimiento del matrimonio del muñeco con una princesa que había estado durmiendo por mucho tiempo bajo el conjuro de una bruja maligna, celosa de su belleza. Carlitos la despertó con las palabras mágicas que le había enseñado un colibrí, al que libró de una enredadera de espinas donde había quedado preso después de beber el licor de una flor roja que crecía en la profundidad de las ramas. Las palabras eran sencillas: "No está durmiendo sólo esperándome". Prefirió eso al beso, pues siempre le había parecido difícil y engorroso besar a una princesa desconocida. Pero unas palabras, mágicas por lo demás, creaban un ligamen de intimidad y de misterio. Y la princesa despierta reconocía todos los signos del encuentro con Carlitos, lo amaba en una especie de consigna y juntos empezaban la organización de un reino, en que las palabras mágicas volvían a adquirir la

fuerza de realidades: bondad, claridad, humanidad, caridad, fraternidad... Crecían así con la pasión alzada de un himno. Sin olvidar todavía los acontecimientos del juego, hilando quizás algunas de sus partes, encontró en una de las hileras de púas que dividían los patios un mensaje escrito de la vecina. "Muchacho, usted tiene cara de ardilla asustada y me gusta asustar sus miedos cobardes. Cuando deje de temblar ya no me encontrará. Achará las ardillas no son tan feas." Casi a punto de sonreír, buscó por los matorrales del patio vecino, reveladores de un descuido de pobreza vagabunda, la cara de la jovencita que presentía escondida en algún sitio. Con una sensación de ser víctima de sus burlas, sin entender el lenguaje indirecto de las germinaciones, arrugó en su puño el papel y lo lanzó al otro lado de la cerca, inconsciente de que en la cara escondida se estaría pintando una derrota de iniciativas. Ahora Antonia, con un gesto de espera impaciente, enseña el servicio cumplido y espera el pago del café con los tacos.

La nueva casa está llena de sol, la madera siente los resquebrajos secos de una quemadura profunda que socava astillas y barnices y suena en encogimientos que retumban como pasos. Tiene muebles, resobados y lustrosos por el uso. El muchacho se acomoda en la sala, donde unas sillas revestidas de negro café con florecitas de amarillo pálido hacen reverencia a un gran sofá esquinero con repisas a los lados para dos jarrones, que guardan desteñidas hojas artificiales. Una revista en la mesa del centro enseña la cara gran-

de y sombría de algún hombre importante. Ojea sin interés las negras letras de los titulares y las letrillas que bajan encuadradas a lo largo de las páginas, para detenerse únicamente en los avisos lustrosos que, en una armonía de colores chillantes, pretenden despertar apetitos, deseos, necesidades. Él mira tan sólo la utilidad de trajes, lleno de cálculos como un sastre frente a una pieza de tela. Luego, ante la página de los deportes, piensa que Carlitos supera a cuantos aparecen con trofeos, pues es nadador incansable, héroe con la pelota, astuto combatiente en lides de boxeo y rotundo campeón de cuanto desafío se presente. Cuando la revista vuelve a su sitio, el muchacho ha buscado en un radio pequeño que adorna un rincón de la sala, una música bulliciosa que mueve sus pies, sus caderas, su abdomen y sus hombros hasta llenarlo de un sudor fresco. Agitado corre ante el espejo y se contempla en diferentes posiciones.

—Carlitos se las sabe todas.

En su rito de confirmación algo lo estremece. En alguna parte, desde algún sitio, por algún rincón ha sentido colarse una mirada. Oye el silencio, vacía con los ojos los cuartos cerrados, escudriña detrás de las cortinas, hurga por los muebles, se palpa a sí mismo.

—¡Ni siquiera una araña!

Y la soledad restituida no lo consuela. En el orfanato las miradas invadían cualquier sitio, sin levantar la menor sospecha. La intimidad era imposible y peligrosa, confiarse era como caer en un orden de complacencias esclavizantes. La denuncia tenía un idioma

versátil, no era sólo acusar y la espera ardiente del castigo, era el peso largo y duro de unos ojos entrando al mismo tiempo que uno en aquel corredor de hielo... y de pronto la voz "Con que ésas" subía como una mano helada arañando el aliento. Inmediata la defensa de la indiferencia y el aplomo "y qué", pero por sobre todo moviéndose como una marea asfixiante la observación continua con lenguas curiosas y rápidas que asaltaban en formas de sacudidas nerviosas aun dentro del mismo sueño. Aquí, ahora, en este momento no hay nadie; el muchacho lo comprueba mirando mientras recuerda la posición de aquel hombre con el pantalón roto que gritaba en la calle: "No vean, no vean", y con la mano tapaba parte de la ingle y la carne oscura y roja sobresalía entre los dedos. Iba defendiendo con el propio señalamiento la angustia de sentirse observado, para hacerse el bufón de sus propios defectos. Pero él conocía un único disimulo, el de encerrarse en la seguridad solitaria de perder las otras miradas. Por eso cierra las puertas de la sala, tupe las rendijas de las cortinas, vigila las presencias detrás de su espalda, y en un rincón entre el sofá y la pared relaja su vigilancia, seguro de que ha alcanzado una posición que le permitirá adelantarse a cualquier mirada.

—Dichosos los hombres de los faros. Miran sin que nadie los observe.

¿Y Dios? Esa mirada de Dios que se extendía sobre el mundo y llegaba a los más oscuros rincones, conforme el decir del catecismo. Mirando sin cansarse, sin

dormir, sin dejarse arrebatar por la oscuridad luminosa de un sueño, mirando sin tregua como en el orfanato, sin respetar los lugares íntimos, y él allí siempre observado, siempre medido, siempre menoscabado. El muchacho se encoge más y más apretándose, integrándose, sintiéndose una parte entera de sí mismo. Hecho un ovillo siente que gira y gira en la redondez del mundo. El cuarto se llena de una canción, tal vez un murmullo de consuelos o apenas un relamer la soledad contemplada.

Con un temblor de manos, esas mismas manos que temblaron ante cada página con vergüenza y miedo frente a las palabras, recoge ahora los papeles desordenados. No se atreve a levantar los ojos, teme dejar un escape a la ansiedad que lo abraza como un fuego y se extiende en preguntas inquisitivas de vida y muerte.

—¿Cómo se llama?

—Juan Manuel.

—¿Y el apellido?

Ahora tiembla. ¿Por qué tiene que temblar siempre? Está solo frente a su miedo de ser. Los otros han crecido, tienen un aire de jueces y buscan las palabras más certeras para acomodar los pensamientos que les han ido creciendo. También han medido su temblor, tan sólo por un apellido. Estará pensando cuál cabe con el nombre de Juan Manuel. Quizá diga Pérez, Castro o Montesdeoca, tan sonoro y sugerente. Balbucea y no salen las palabras. Los otros esperan la respuesta. Sé que están pensando en que el apellido implica padres y abuelos, primos y diferentes parientes, una colección de orígenes, rasgos y herencias.

—No sé. ¿Es necesario?

—Todo depende de las dimensiones.

Una frase apolillada y trivial, apenas acomodada a ese afán de hacer lógica y medible cualquier expresión, pero lo suficientemente certera para agudizar su desconcierto. Jorge ha encendido un cigarrillo, la organización de sus palabras se apoya en las cortinas de humo. Ernesto espera que alguien inicie un punto de contacto a las ideas que ya debe haber elaborado y desea colocar en una hilera de vanguardias concluyentes. Ahora Luis ha alzado los ojos y nos mira, ya su inquietud no aguanta los preámbulos y preguntará qué pensamos y creemos. En el fondo estamos divirtiéndonos todos, por días hemos preparado esta escena y ahora que se ha cumplido tenemos que verter las palabras necesarias, regarlas por la escena y luego clarificarlas a lo largo de los días, extrañados de la fidelidad memorística con que se grabaron en los oídos.

—Es innegable que está bien, pero pudo haber sido mejor. Es cuestión de detalles.

Jorge ha hablado desde un rincón de la ventana, lo ha hecho sin querer alterar el silencio, con los ojos depositados en un árbol lejano pensando quizás en la tranquilidad del campo. Luis se siente despierto y plenamente vital, y repregunta a la vez por los detalles, solicita que se concreten las observaciones, pues está frente a algo que se ha calificado de bien. Estamos entrando, lo sé, en ese mundo antojadizo y gelatinoso de los detalles. Jorge habla de que la acción es lenta, pero también es lenta la acción orgánica que se

desplaza incesante frente a nuestros ojos y estalla de pronto en sorpresas de hazañas. La lentitud de la acción es desentrañar muchos secretos... la cuestión queda puesta sobre un florero en que se colocan flores para ver el transcurso de su marchitez sin más acento que el de un adorno con la ilusión del énfasis. La acción cambia por el qué se quiere. Luis empieza a dibujar la cara de Juan Manuel; lo hace sobre la mesa con un ademán plano sobre el que lanza raya tras raya como si quisiera dividir infinitamente el espacio. Jorge replica con el fastidio de poseer la clave de las palabras sin tener oportunidad de definir las en la versión exacta de sus significados. Entonces el detalle, la acción y el tiempo se mezclan sobre la cara de Juan Manuel que aparece como un niño simple y sencillo tras la puerta, sin más anécdota que su soledad y el balbuceo de sus sensaciones primitivas y fecundas en la generación de su propio aliento. Lo veo tan débil que tengo miedo de quebrarlo con el más leve gesto.

—Un pequeño vagabundo como tantos.

Ernesto dice que siempre se ha confundido el querer con el hacer y ahí reside el conflicto de las intenciones y de las obras. Un pequeño vagabundo como tantos es una realidad definible, amarrada a la imagen que cada uno tiene, con la que se entra en la relatividad de las sensaciones y de la forma en que cada cual digiere sus propias afinidades con las de otros. El problema estriba en el encuentro de las afinidades universales, que a su vez se pueden presentar también como desafinidades o repulsiones. ¿Cuáles son? La pre-

gunta de Ernesto, sorpresiva como sus caminos de pensamiento, soporta el silencio que se enjaula en el cuarto creciendo con las paredes despintadas por parchones de ausentes colores. Podría contestar que está enredando sus afirmaciones para no decir nada, pero Luis mira con desconcierto que Juan Manuel está a punto de retirarse vencido por la retórica de discusiones sin sentido.

—Las necesidades humanas.

Lo ha dicho con la esperanza de que Juan Manuel se confíe entre el grupo, abra sus largas piernas y tome asiento al par que Ernesto. Pero las necesidades humanas y su larga enumeración le cierran el paso, porque las voces las han clasificado en gratas, vergonzosas, humillantes, indispensables, esclavizantes y consumidoras. El ejercicio del pensamiento pone gotas de sudor en las frentes. La de él brilla con cierto tono de tormento. La de Ernesto se rejuvenece como una lámina grasosa; la de Jorge se reclina en la frialdad del vidrio; la mía debe estar a punto de tornarse en gruñona. El recurso está en llamar a Juan Manuel y lo hago con una voz dulce. Recuerdo su sueño, lo levanto desde las hazañas de su muñeco, llego casi a acariciarlo, pero me aparto cuando encuentro la resistencia de mis amigos tan firme como el cansancio frente a una melodía que se alza y tonifica en la sonoridad de las cuerdas. Algo que se recuerda demasiado y llena los oídos sin lugar a resistencias y dificultades, empieza a consumir su propia miel hasta quedar desplomado en su sustancia aliñosa. El mismo Juan Ma-

nuel resiente la sonoridad de mis palabras. Me callo mientras Jorge apunta la necesidad de penetrar seriamente cada punto sin la vanidad de descubrir debilidades, bajo la teoría del análisis, pues quien puede soportar la desintegración de todas sus partes contiene en su fondo la raíz que dará la flor. Levantado cerca de la ventana, siento que las voces rehúyen la responsabilidad de los conceptos y se enredan en el sahumero de exhalaciones generales; por eso Juan Manuel ha vuelto a quedarse en una espera definitiva. Jorge vuelve a insistir en las partes del todo y detrás suyo, casi a su espalda, Luis quiere descubrir las imágenes que le han fallado. El tema está a un paso de partir hacia la atmósfera de las palabras colgantes de hilos inconcretos.

—La pasión del sentimiento tiene un trazo de curva, crece y desciende. No veo claro ese camino.

Luis empieza a replicar con lentitud y sin embargo atropellando las palabras, cambiándolas, desconfiando de su eficacia. Ahora lo veo tal como lo conocí desde un principio, basado en un silencio traicionero que contenía una sustancia oscura por donde él mismo se desconocía. Cada una de sus palabras era robada a aquel caudal escondido de imágenes, todo un mundo sinónimo al pasajero por donde transcurría acumulando las avaricias del vivir y del sentir. Su cara angulosa, consumida en el retruque de devolver cosas perdidas, insignificantes. Adelgazado en el afán de palpar en una entrega sincera, sin reservas, el típico Cristo de las calles y de las aceras que no encuentra discípulos,

ni sermones, ni pretextos para colgar de una cruz, perdida la posibilidad del proselitismo por ese afán de ambular en los caminos escondidos y esperar desde allí el día y la hora del descubrimiento sin vacilaciones, que habrá ya pensado con sorprendivas actitudes humildes destilando la vanidad de la posición alta y de la voz oída. Y lo quiero como a un niño caprichoso, como al mismo Juan Manuel. Una lealtad de asombros que ya no sorprende y estará quizá diluida en la costumbre de compañías y apoyos. Porque me asombran sus cosas como el primer día, aquel en que me enseñó entre sus notas de ciencias, en un cuaderno tan desordenado que no puedo olvidarlo, sus apuntes para un libro que sería un discurso largo, larguísimo para confortar al hombre en todas sus inquietudes, ante cualquier aspereza, debajo de los bombardeos y aun en el trance de la muerte. Los tales apuntes eran palabras sueltas como *coraje*, *empeño*, *valor*, *aguante* y *día*, y cada una necesitaba una explicación, pues eran casi de contenido sagrado con la riqueza de un nuevo lenguaje a punto de crearse en la trascendencia del libro. La amistad fue como una complicidad de consignas, aun cuando no le gustaba compartirlas porque sabía de su desgaste. Eso mismo que se siente detrás de Juan Manuel, consumido en su propia contemplación para saltar de un momento a otro hacia un punto de avance y distancia tan inconmensurable como imposible. Luego, aquel muestrario de extravagancias. Hoy no habla, mañana sólo lo hace de las estrellas y por un mes desfila en un conocimiento de órbitas y galaxias, para

concluir en que desea una serie de aparatos en que un telescopio es un instrumento obsoleto, y acabar definitivamente en la conclusión de que las circunstancias se endurecen para que él pueda descubrir un mundo diferente con sus largos espejismos y así derribar civilizaciones en un juego de químicas geometrías. Después los largos silencios interrumpidos por metáforas oscuras, elaboradas en la conjugación de un capricho de jugar a la creación de cosas extrañas, sin pies ni cabeza, rotas en el primer intento de explicación lógica. Y en el vaivén siempre cambiante, hoy para él la vida está enriquecida de amarguras que son los venenos tónicos de las sangres que tienden al reposo de los azúcares, pero mañana la vida puede ser una presencia de espejos infinitos en que nos vemos sin conocernos, y ayer la vida era un unguento de los más viejos jarabes y nos extendemos en un rito de señales eternas; y en un día indefinido la vida podrá ser la expresión más pobre de un dios decadente y así el empobrecimiento miserable que nos envuelve. Rodeado de seres que se derretían como cera en el paso de los días, moldeándose siempre en siluetas seguras y tranquilas, su figura se afirmaba aún más en mi asombro, convertido en solidaridad, compañía, conversación larga, interminable. Hubo un momento en que rodaron los cimientos, fue cuando comprendí que no bastaba para llenar la admiración que requería y surgieron Jorge y Ernesto; también al asombro lo había devorado un poco la costumbre. Pasada la prueba del compartir, la rivalidad del comienzo se convirtió

en una disputa de ideas, de obras y de hazañas, perseguidas siempre por la lealtad consagrada de su especialización en los disturbios de sus manías, siempre iguales en la tonalidad cambiante, hasta que llegó Juan Manuel y todos respetamos lo que se convirtió en su favorito pasatiempo. Cada uno lo entendió y lo quiso a su manera, sin perder la solidez de los afectos y sí abrir brechas de celos en los diferentes enfoques, pues parecía mediar una especie de refinamiento en el enlace espiritual con una criatura que aún conservaba la tartamudez de su iniciación expresiva. Hoy le he preguntado su nombre, sólo para deleitarme en hacerle notar que Juan Manuel sigue en su actitud de espera, siempre en la cuadratura de la puerta, cuando su presencia pesa entre nosotros con dibujos juveniles y la añoranza de años ídos enlaza concretas aspiraciones de conducción, exactamente igual al escolar mayor que asesora al iniciado con la voz de un prematuro envejecimiento de experiencias.

—¿Y esa persecución tan obvia de Dios?... parece increíble a esa edad...

¡Caramba! He perdido parte de la conversación. El tema debe haber surgido transparente de la dialéctica esgrimida por Ernesto, que baja la voz cuando se trata de las cosas divinas casi con la precaución de un masón en el centro conventual de las épocas beatas. El niño y Dios parecen envueltos en palabras mayores, y Luis las desenvuelve con una agilidad que sorprende, pues ha abandonado los temblores y la timidez de las presentaciones verbales de Juan Manuel. Antes

también lo he visto temblar cuando, dejando atrás el campo de las especulaciones y de los proyectos, nos ha enseñado parte de la cosecha de sus avaros silencios. Y así como ahora, he observado que de un momento a otro pierde los tembleteos del inicio y los balbuceos indicadores de la riqueza desordenada de sus pensamientos, para enfrentarse a la argumentación decisiva con gesto de enemigo dispuesto únicamente a la reconciliación de ideas que implique la aceptación de las propias. Oigo sus argumentos en que nace Dios como un instinto de la incompleta imagen humana, que busca por caminos ciegos el eslabón perdido y se conforma en la instancia de reconocer su impotencia en la intuición de algo perfecto y superior. Y por el goce mismo de este hallazgo, el hombre salido de un rebaño como las otras especies, busca el yugo esclavizante de la adoración y se agrupa de nuevo para cumplir el ritual al superior jerárquico de su creación. La embriaguez de la altura y de sus formas de alcance se transmitieron en misiones atávicas hasta confirmarse el instinto y nacer con los hombres nuevos, que de nuevos y niños sólo tienen el cuerpo pues nacen envejecidos de ideas, civilizaciones, historia y atuendos de títeres circulantes en una ronda de palabras eternamente iguales. El mismo lenguaje lo demuestra, ya que su esencia de significados es tan simple como al principio y sólo ha crecido por el oficio vicioso de explicaciones complejas que germinaron en la fecundidad de los sinónimos. Y entrando al campo de lo innecesario, que es explicar lo existente y lo real, Juan Manuel se

repliega en el rincón de su olvido como si en este momento alguien o su propio padre dudara de su existencia y él necesitara contribuir a su vida con el recogimiento de su cuerpo. Cuando Ernesto replica que con el nombre y la acción de Dios, irreal o todopoderoso, artificio y consuelo del hombre o ponente fecundo, empieza y acaba cualquier pretensión humana como el punto final de un libro, Jorge anota la desviación de la ruta y yo propongo pintar un retrato de Juan Manuel. Luis recobra el horizonte perdido y acepta con agradecimiento. Un nuevo temblor de sus manos recuerda la voz ronca de su lectura al finalizar la última página escrita.

—Juan Manuel tiene muchos gestos intelectuales...

Detengo el lápiz que he tomado para dibujar su rostro. Lo tengo frente a mí, con una cara seria que espera en su propio recogimiento unir sus rasgos para dar el reflejo de sí mismo y sin embargo conserva esa soltura grave con que se ha mirado ante un espejo.

—¿Intelectuales?

He aquí su pregunta nerviosa ante la conclusión de Jorge. Por eso he detenido el lápiz para medir los ángulos de su cara cortada en centros nerviosos que palpitan como si contuvieran círculos de agua vibrante. Lo quiero en estos momentos de concentrada esperanza más que cuando se embarca muy seguro de sí mismo con sus remos de tantas y tantas palabras. Hay algo filoso de animal en su mirada, pero el filo se mella contra la piedra pesada de su deseo de contundencias, igual la claridad se enturbia con el borbotón quejoso

de sus intentos aspirantes a la luz rotunda, así también el sentimiento se enfría en el alcance desordenado de trascendencias heridas desde un principio por la mezcla de lo cotidiano con las palabras y el tono sustantivos. Jorge señala la intelectualización de lo contemplado interiormente y la impotencia del lenguaje en su velocidad para responder a la ráfaga de cambios interiores, y cuando parece que va a destrozarse la torre de palabras con un gesto decisivo, Juan Manuel alza sus ojos por sus ojos. Allí está claro, tierno, respira como un niño jadeante. Entonces arrepiente sus conclusiones con suaves consejos para que crezca olímpico, olvida el toque intelectual con una aspiración de aire, viento, sol, luz para Juan Manuel. Jorge es un hombre bueno, sus pensamientos se confunden con sus intenciones y los manotazos de su ternura mueven un aire espeso de audacias balbuceantes. Luis lo mira con impaciencia, encontrando el punto para volver a la circunstancia intelectual, y ante el quiebre apolo-gético de la figura infantil, sólo se le ocurre decir: "Es que vive y la vida necesita libertad, si empezamos con protecciones estamos perdidos, protección es básicamente limitación". Juan Manuel dobla sus rodillas mientras se pierde en el paisaje que asoma puntas verdes y lejanas. Ernesto lo contempla con su incredulidad de siempre, mira mi lápiz que corre en rasgos rápidos y se inclina con el apoyo suave de las manos para dar profundidad a la textura de la piel. El silencio persigue los adelantos de mi esbozo y detrás siento los ojos fijos de Ernesto junto a su respiración ávida,

caída desde su soledad para apresar y retener lo que encuentra a su paso.

—¡Está muy bien!

Con sorbos agigantados aprecia el dibujo mientras me palmorea la espalda y me hace perder la línea recta de la firma. Jorge se asoma y me dice que el rostro es muy sugerente y coincide en algunos puntos con Juan Manuel, pero la expresión es demasiado triste y no debe ser tanto porque en la pureza de la alegría hay básicamente una confusión melancólica con la tristeza. No replico, me gusta que los demás sientan y confieso que mi gran ambición es llegar a encontrar a alguien que sin explicaciones me haga hermanarme en un intenso comunicado de corrientes afines. Con Jorge y con Ernesto eso es imposible. Lo he sabido desde siempre. No es porque llegaran después para interrumpir algo que se estaba haciendo costumbre y tenía todos los signos de la decadencia, más bien debía agradecerles las muestras de renacimiento que trajeron y en un principio no comprendí muy bien. Somos tan obcecados y primitivos en la articulación de lo propio y con suma facilidad invadimos subjetivamente la posesión de otros. Ahora están aquí, pero hay algo majadero dentro de mí que se obstina en considerarlos un poco extraños. No es sino en este momento que Luis se levanta para ver mi dibujo de Juan Manuel. Sé que no le gustará. Estoy invadiendo un tanto su propiedad y aunque disimule su egoísmo, el dejo de resentimiento pintará distancias concesivas y acercamientos disimulados.

—Podría decir que los rasgos están bien... es sin duda Juan Manuel; pero esa expresión... no sé, algo se ha escapado.

¿Qué diría Juan Manuel? Él se ha mirado ya en la complejidad de un espejo y no tiene interés en esa especie de huellas digitales que son los dibujos, que siempre tienen los ojos vacíos y miradas perdidas en el estremecimiento de no ver y de no encontrarse. Sin diplomacias ha salido del cuarto. En realidad a Juan Manuel sólo le gustan sus propios juegos de muñecos.

—Quizás es demasiado ilustrativo, fiel a sus propias líneas, pero no tiene pasión...

—La pasión sólo la puede tener uno mismo.

—¿Hasta dónde se puede pintar la vida?

—Hasta donde cada cual la quiera encontrar.

Me rodean con sus palabras y con sus curiosidades. Juan Manuel acaba de convertirse en algo contemplado, que depende de la buena voluntad de los contempladores, como el mundo y como la historia triste de las cosas simples.

—Oquendo, en tus manos estuvo hace un momento la cara de Juan Manuel, pero lo has mirado muy fríamente. Te falta creer en él.

Siempre mi frialdad deteniendo, convertida a veces en incrédulo gesto, señalada en el ademán más leve, aún increíble para mí en la transparencia de un silencio, mientras busco palabras o trato de adivinar las sensaciones de otros. Mi frialdad más rápida que mi voz, como la imagen consagrada de un sello abrepuestas, aunque en mi caso ni las abre ni las cierra, sólo me

anuncia en una especie de laberinto difícil, algo que se debe trasponer y es tan fiero desde el principio como una negativa constante. Luis sigue mirando mi dibujo pero ha surgido otro tema, el preferido de Ernesto: la tragedia de vivir es la de tener un tiempo y un espacio frente a una energía que alcanza para dimensiones mayores, el estar medido para una fuerza rebelde que siente el poder traspasar cualquier frontera, entonces se presenta el problema de si esa energía es real o sólo soñada. Ernesto aplasta una mano contra otra, enseñando ese caudal interior que lo persigue, se convierte en voces potentísimas dentro de su soledad, en gritos casi salvajes, para disminuirse envueltas en la circunstancia donde sólo es posible dosificarse. Pero aquí, entre nosotros, Ernesto hace gala de su energía sin términos y por eso se pregunta si este momento en que crece y se hace líder de pensamientos es real o lo está apenas soñando. Absorbe aire en una respiración precipitada. Luis lo escucha desde mi dibujo, escondido en un silencio donde va acumulando ideas.

—Cualquier energía acaba en un determinado espacio y tiempo.

Ha saltado Jorge desde el resorte de un alegato que puedo anunciar desde ahora débil para el pasionario tema de Ernesto, quien sonríe mientras comenta que cualquier energía es un término vago y un determinado espacio y tiempo también, pues se trata de la energía de la vida aparentemente inagotable en las infinitas manifestaciones contenidas en el mundo y

concentrada en el hombre, ser que con sus manos, sus ojos, se nutre como un fuego medido, de antemano medido, por un tiempo y un espacio que son las fronteras de su vida definible como tal. Jorge no se deja abatir con facilidad, vuelve a saltar con un argumento y luego toma el camino de los ejemplos, tantos, que se satura el ambiente con el derrotero de cosas y seres que se acaban porque la energía tiene un fin de consumo, es para desgastarse básicamente. Entonces Luis, que sufre, sé sufre el abandono de Juan Manuel, empieza con una voz lenta a delatar las coincidencias de la disputa, pues Ernesto ha afirmado un curso de tragedia y no ha dicho "la energía es eterna sino transformable". Resulta de su larga disertación, en que aplaca con las manos los deseos de intervenir de Jorge y Ernesto, que el punto señalado es el de que la vida humana tiene un acumulamiento de energías mayores que las dispuestas por el tiempo y el espacio previstos para el desenvolvimiento del hombre, y así el trayecto de la vida es corto, fundamentalmente corto, para su desarrollo. Ahí está la tragedia: la muerte surge ante cada cuerpo rebelde pues siente íntimamente la falta de espacio y tiempo para ser, no aprecia entonces el círculo completo, no se tiene a sí mismo como un personaje acabado y perfecto, es vitalmente un ausente de mucho, cae derribado, brutalmente muerto sin porvenir. Declara existente la tragedia señalada por Ernesto, pero llena de tanto misterio que hace posible pensar en cosas muy sugestivas, como la forma en que se desplaza la energía hacia los sueños y las

vidas que se viven en silencio y enmarañadas en vigili-
as que se han declarado insondables. Cerca de él
late Juan Manuel, lo siento, pero no sé por qué camino
vendrá. Apoya ahora sus palabras en metáforas, que
son como luces fugaces a punto de no alumbrar, pues
se semejan a juegos de voces en el umbral de un co-
rredor oscuro y si de pronto se encendieran sus luces
encontraríamos apenas murmullos, lejanos murmullos
sin sentido.

—Por favor, ¡déjeme terminar!

Se ha parado, las palabras crecen como él vertica-
les, suben y suben. No puede detenerse, ni siquiera
limpia la espuma que salpica sus labios. Está frente a
su oficio, a su verdadero oficio de hombre parlanchín.
Creo que ha olvidado a Juan Manuel, pero oigo sus
pasos cerca del jardín, lo sé escondido detrás de un ci-
prés y no sé por qué presiento que adquirirá de un
momento a otro un olor a muerto. Pero Luis está seña-
lando la vida con las dos manos, y bajo su voz surge a
veces impotente, desflorada, sin cosecha, aun cuando
a veces el tono sube y vibra con calor y hace pensar
en los edificios que un montón de manos asalariadas
levantan contra el viento o en el libro que se escribe
en la soledad de un cuarto o en el ritmo que deja al
andar una anciana no aplastada por los años que re-
monta su vejez con la naturalidad de cualquier flor
marchita exigente de su derecho a la contemplación.
De repente siento que hay demasiadas palabras en el
cuarto, que están en filas, que se pueden cortar con un
cuchillo, que de ellas no queda nada, son un humo

que se dispersa, y me extraño de que la ventana siga tan limpia, tan inmutable, todavía transparentando un día tranquilo.

—Sólo tenemos confirmación de la vida cuando la muerte se anuncia, y la confirmación va creciendo conforme la muerte se afianza. Sabemos que algo ha vivido porque ha muerto. Imaginemos que Juan Manuel ha muerto...

Ahora sé que lo conozco aun cuando no hablara. Lo conozco desde aquel pupitre en el colegio, vecino de cuadernos, de libros y de impaciencias. Atornillado a las esperas, siempre a la caza de un desenlace sorpresivo, valiente en la plenitud de la audacia, responsable de los atuendos con frases vacilantes en el ansia de definiciones nuevas, costaran lo que costaran. Ahora Juan Manuel está listo al sacrificio, a la prueba de su vida a través de la muerte.

—Nada haríamos con eso. Los ejemplos no contienen la universalidad de los comunes denominadores. Están preparados de antemano para presentar pruebas, que lamentablemente son el adagio cantáble de una premisa bien adobada.

Una frase fría para desbaratar los planes, pero no se atreven a calificarla como tal. Están sudorosos y cansados, mientras estoy listo a descargar otras frases y a poner en ellas los puñales invisibles que buscarán herir un piso común de susceptibilidades.

—El recurso de la muerte sólo se usa como un truco trivial en los escritos de algún pretendiente a las

parábolas, para hacer sentir la vida que no ha podido crear.

Un no redondo trata de hacerme desplomar de mi sitio. Luis afirma: la muerte nunca puede ser un truco y no hay parábola sin la presencia de la vida y de la muerte. Frente a mí, con la voz descolgada al borde de un abismo, me pregunta si al dibujar una cara no he hecho una cara y si al borrarla por algún gesto de capricho o de disgusto no he deshecho una imagen, para tener que responderle cuál de los dos movimientos era el que hizo en realidad la cara y concluir él mismo, anteponiéndose a mi respuesta, que el segundo dio la confirmación a mi primer acto. Me estremezco al pensar que Juan Manuel debe morir, pues sé que las inteligencias empezarán a trabajar su muerte y la posibilidad es innegable. Cuando se pregona la muerte de alguien ya se está alcanzando un poco. Todos hemos tenido algo de Lázaro, pues a través de un presentimiento, de un pronóstico, de un deseo, hemos muerto un poco. Y como si adivinara mis pensamientos, Luis agrega que el mito de Lázaro une a los hombres desde la historia del paraíso perdido, pues al expulsar Dios a Adán del edén cruzó su cara con el látigo de la muerte y en la alternativa lo dejó agonizar al antojo de sus propias fuerzas, y Adán nació otra vez como nacemos otras veces del deseo y de la muerte que nos llama, nos confunde y nos consume aun antes de las medidas previstas que son el agotamiento y la imposibilidad de sobrevivir en el acontecer cotidiano multiplicado por el azar y la brújula.

Entonces inicia una disertación sobre el azar y la brújula, en que los demás callamos porque Ernesto, estoy seguro, ansía de nuevo su libre soledad en que crecen sus propias palabras y necesita una tregua para asimilar la aventura verbosa de esta tarde tan larga, y Jorge está agotado de quedarse atrás en pensamientos y en ideas, pues debe todavía estar pensando argumentos para rebatir el concepto de tragedia expuesto por Ernesto y confirmado por Luis sobre el sobrante de energía que mutila y sacrifica la medición espacial y temporal. ¿Y yo? Yo me he quedado pintando las palabras en mi libreta y me asusto de que sean manchas enormes que no puede contener el papel.

—El azar es el factor disconforme que salta jugueteón y le pone sal a la vida, mientras que la brújula es la mirada directa que se derrite al tener cerca los puntos de anhelo...

La palabra azar la dibujo como una serie de puntos salpicados y la palabra brújula como una telaraña de la que baja una mano abierta con gesto pedigüeno. Alguien dirá que es tarde de un momento a otro...

—¡Caramba! ¡Qué tarde es!

de café y los cigarrillos que me han brindado son de lo peor. Ventaja no representa ninguna, ni siquiera una interesante conversación. Como espectáculo es de lo más malo, no ofrecen información, no tratan de conversar, y esos que deben haber llegado como yo estarán sufriendo lo mismo. Si me pudiera acercar y cambiar impresiones como ellos, nos podríamos unir y exigir una amplia explicación. Eso de traerlo a uno y sentarlo en una silla, no es ninguna ganga. Nos han sentado a cierta distancia, cuidadosamente para que no podamos hacer tertulia. ¿Si me levantara y preguntara por el baño, quizás a alguno se le ocurriría seguirme? Pero, ese recurso del baño lo tengo pensado para cuando quiera salir inadvertido y no me puedo ir sin sacar algo en claro, por lo menos quién es el muerto y de qué murió. Sólo sé que se trata de un niño, pero ni la cara le he podido ver porque está tapada con una sábana. Por cierto, es hora de que lo trasladaran a la caja de hielo, dentro de un rato y a pesar del frío de la noche se empezará a descomponer y el tufo será inaguantable. Cuando me he movido para acercarme a la cama, el tipo ese de ojos claros me preguntó si quería algo. Al responderle que no, me rogó con un gesto más o menos gentil que no me moviera pues no querían el menor ruido para que el amigo, señalando al vestido totalmente de negro, descansara un poco, ¡el pobre! suspiró, y sin darme lugar a más conversación volvió a su sitio, cerca de la cabecera del difunto. Por cierto, no debe ser muy niño porque mide aproximadamente toda la cama, que es

de café y los cigarrillos que me han brindado son de lo peor. Ventaja no representa ninguna, ni siquiera una interesante conversación. Como espectáculo es de lo más malo, no ofrecen información, no tratan de conversar, y esos que deben haber llegado como yo estarán sufriendo lo mismo. Si me pudiera acercar y cambiar impresiones como ellos, nos podríamos unir y exigir una amplia explicación. Eso de traerlo a uno y sentarlo en una silla, no es ninguna ganga. Nos han sentado a cierta distancia, cuidadosamente para que no podamos hacer tertulia. ¿Si me levantara y preguntara por el baño, quizás a alguno se le ocurriría seguirme? Pero, ese recurso del baño lo tengo pensado para cuando quiera salir inadvertido y no me puedo ir sin sacar algo en claro, por lo menos quién es el muerto y de qué murió. Sólo sé que se trata de un niño, pero ni la cara le he podido ver porque está tapada con una sábana. Por cierto, es hora de que lo trasladaran a la caja de hielo, dentro de un rato y a pesar del frío de la noche se empezará a descomponer y el tufo será inaguantable. Cuando me he movido para acercarme a la cama, el tipo ese de ojos claros me preguntó si quería algo. Al responderle que no, me rogó con un gesto más o menos gentil que no me moviera pues no querían el menor ruido para que el amigo, señalando al vestido totalmente de negro, descansara un poco, ¡el pobre! suspiró, y sin darme lugar a más conversación volvió a su sitio, cerca de la cabecera del difunto. Por cierto, no debe ser muy niño porque mide aproximadamente toda la cama, que es

de un tamaño regular. El pobre ya debía estar algo sazón. Tengo ganas de entristecerme pero el ambiente no ayuda. Yo a veces deseo estar triste, por eso me detengo a ver cuidadosamente los perros que atropellan los vehículos en la calle, los veo revolcarse, agitarse de un lado a otro, aullar desesperadamente, y nada. La gente dice con tanta facilidad: estoy tan triste, ¡puñal! Yo lo he dicho pero de mentirillas, porque triste, lo que se dice triste, nunca he estado en mi vida. Y eso que no he rehuido el dolor. El otro día en la oficina, cuando me avisaron que había muerto en un accidente el pobre Julio, dejé el final de la historia pendiente porque me desplazé velozmente a la morgue. Me costó verlo, estaba horrible a pesar de los remienditos que le habían hecho, amoratado, con los párpados hechos un pliego de arrugas pues de seguro había perdido los ojos o por lo menos se le habían hundido. No sentí tristeza y me hubiera gustado sentirla. Me fui a la casa, donde lloraba la viuda y los niños, verdaderamente desesperados, y tampoco nada. Claro que yo también he llorado, lágrimas y lágrimas, con dolor de cabeza, pero tristeza, tristeza de verdad no he sentido. Y esta noche tampoco, la pura realidad es que aquí no hay nadie triste. Tal vez un poco de melancolía y nada más. Yo he tenido melancolía y eso es cosa sin importancia. Es cuestión de soltar las manos y decir: eso que se vaya, qué voy a hacer yo. Al principio parece difícil aprender algo así, pero no lo es tanto. Es cosa de agarrarse bien y después dejarse flotar inconscientemente, sintiéndose rodeado de miles

de aperitivos que debe sólo coger cuando estén a su alcance, sin apegarse a ninguna propiedad. Los hombres aferrados son los primeros que sucumben. Cuando pierden algo son perfectos náufragos. A tiempo me salvé de esa angustia, creo que soy un poco irresponsable, pero eso no significa nada, no tiene importancia, de tenerla me daría lo mismo, las importancias son iguales a las propiedades, hay que dejarlas flotar al lado de uno y que se acerquen sin dejarse engañar por las anclas que esconden. Vivo al día, el ayer está atrás y lo que tuvo ya pasó y no se puede volver a tener. El mañana llegará quiéralo o no lo quiera, para qué preocuparme. Mi presente está lleno de mis posibilidades, las reales, las que toco y las que siento, sin más aspiraciones que vivir goteando cada hora. Yo no puedo negar que para vivir al día se necesita su arte. No es cualquiera el que lo puede hacer. Aquí, por ejemplo, estoy en presencia de una serie de seres inadaptados. Ese que tengo al frente no hace más que mirar el reloj. ¿Verá en realidad la hora? Tal vez. Las nueve y quince, ¿y qué dice eso? Quizá que debería estar en otra parte. Puede ser. ¿Y por qué no está? Es el caso típico del descontento. El que está aquí y desea estar en otra parte. La ciudad está plagada de esos rebeldes, los típicos indolentes que sólo conocen la acción de la queja, los aburridos, los pobrecitos se ahogan en cualquier parte porque están en el tránsito de ir a otro sitio, al que no llegan nunca por su propia inercia. Y si lo hicieran, y si se fueran, entonces se convierten en melancólicos, en nostálgicos y quieren

Quando el tipo ese salió y me dijo que entrara, se estaba velando a un niño y era una obra de caridad acompañarlos, pensé que sería algo importante y como no tenía nada que hacer pues entré y aquí estoy desde hace una hora en el velorio más triste que he visto en mi vida. El tipo que me invitó y sus amigos parecen de recursos, la casa tampoco anda mal de apariencia, pero en este cuarto hay un olor a pobreza y a muerte que no sabe nada bien. Me hubiera ido antes de encontrar cómo salir de este aprieto, pero algo me impide moverme. En la penumbra he logrado concretar cuáles son del grupo y cuáles no. Al principio creí que el invitante era el padre del niño y luego me di cuenta de que no era así, pues al que más contemplan debe ser el más afectado y ése es el que está en ese sillón fuma que fuma, hablando en voz baja y otras veces tratando de dormir. Cuando entré en el cuarto pregunté de qué había muerto. Me contestaron que había muerto y si eso no era suficiente. Claro, merezco esa respuesta y otra más cruda, ya que me he metido aquí sin ton ni son a velar a un desconocido y lo peor es que al entrar ofrecí el acompañamiento por toda la noche. No podré cumplir lo dicho, escasean las tazas

regresar, volver a su sitio de siempre o moverse hacia otro lado, son vagabundos, les da pereza acomodarse, al fin y al cabo es más fácil estar mudándose de una a otra parte. Desconfío del tipo que me dice "a las cuatro tengo que irme", es un mentiroso y se atreve a darse importancias anunciando que tiene un viaje listo o una cita inaplazable. El gusto de sentir el tiempo ocupado como si fuera una vara que requiere un ropaje de compromisos. ¿Alguien está llorando o es que me estoy imaginando cosas? El hombre del sillón está llorando. Los otros han acudido presurosos. Sacude los hombros en un temblor que asusta. ¿Será un ataque? Ese que se ha sentado en el respaldar lo acaricia como si fuera un tontito. Si no se tratara de un duelo, creería que me he metido en un nido de pájaros. Debe quizá ser el padre del niño. Pero, ¿dónde está la madre? Es extraña esta casa sin mujeres, en los cuartos que atravesé ni siquiera vi a una sirvienta. ¿Qué dicen? Hablan tan bajo. Sólo un nombre, Juan Manuel. Si me pusiera a rezar, tal vez se calme un poco. Eso que le traen debe ser un vaso de agua, le caería mejor un trago de brandy. Voy a levantarme.

—¿Desea usted algo?

—Quisiera enterarme de lo que pasa. Eso de estar de simple espectador ya me incomoda. ¿Quién se ha muerto? ¿Por qué esta vela tan triste?

—Le ruego comprender, nuestro amigo está en un difícil trance. Con un poco de comprensión usted puede contribuir a aliviar nuestra pena.

—A alguien se le podría ocurrir rezar un poco, he

estado en otras velas y ésa es una forma de calmar a los familiares.

—¿Rezar? ¿Sabe usted hacerlo?

—Pues para mí es un poco difícil... no soy muy diestro, salvo el padrenuestro y el avemaría no me acuerdo de otros rezos. Tal vez alguno de los presentes...

—Por favor, vuelva a su sitio, ya veremos cómo arreglamos un rezo.

He visto la cara del hombre del sillón, está muy pálido, las facciones se le caen en un extraño vacío, parece que le han quitado la fuerza y se estuviera muriendo. Nunca he visto a otra persona en tal grado de tristeza, se ha dejado abandonar como una casa desocupada. Entrar a una casa vacía es lo más desconsolador que he sentido en mi vida, la siente uno habitada por fantasmas y parece que tropieza con la misma soledad. Francamente es mejor que nunca me haya sentido así, debe ser horrible llegar a tal extremo de desolación. ¡Pobre hombre! Claro, perder a un hijo y a esa edad... unos catorce o quince años por el tamaño del cuerpo. ¿Qué sería? Un accidente... sí, es lo más probable. Los vehículos corren tanto y la combinación del licor como anuncian los avisos... tal vez una larga enfermedad, pero no hay olor a medicinas, los muertos que mueren muy enfermos apestan a remedios. Don José se murió después de meses de vivir a puras píldoras. Olía el pobre a un laboratorio químico a punto de descomponerse. Esta pasividad me aburre, cada vez que recorro con los ojos la habitación me

persiguen las miradas de los otros. Parece que el del sillón se ha calmado, sólo conserva un temblor en las manos que puede venir del frío. La nohecita está bien helada y por alguna ventana abierta en este cuarto o en el otro que sigue conectado por esa puerta, entra un chiflón que mueve las cortinas y lo toca a uno con unas manos frías que lo encogen. Debería haberlo pensado dos veces antes de entrar, pero el hombre aquel que ahora tiene las piernas recogidas y se pasa la mano por ellas en una especie de sobo reconfortante, habló del dolor en un tono tan convincente y soy tan fácil de convencer. "Ha muerto un niño cuando menos se pensaba, ayúdenos usted con su compañía." Eran palabras extrañas, nunca antes me había sucedido algo así. He estado en los circos y un hombre pregonaba la entrada haciendo malabarismos de curiosidades, también es corriente encontrarse en la calle con una serie de gritos y de palabras para atrapar la atención de uno, pero esto de venir tranquilamente para cualquier lado y de pronto recibir una invitación que a la vez era una solicitud de conmiseración, sólo pasa una vez en la vida. Y si el principio fue inusitado y tenía un anuncio de mucho interés, la continuación ha sido un fracaso porque desde que entré acabó la posible sorpresa en esta actitud de hacer hueco en la silla, un hueco incomunicado pues las pocas preguntas que he hecho acaban con todo inicio de diálogo y no es posible acercarse a los otros para comentar este sujeto extraño. Una vela no es así. Aquí faltan mujeres, faltan sollozos, faltan gritos y comenta-

rios. Hace unos días, pasando por una calle de los barrios del norte, encontré una escena típica. Una chiquilla había confundido un polvo para matar ratas con un puño de harina, que siempre escondía para condimentarlo con azúcar y hacer con agua una pasta de galletas que horneaba sobre unas hojas de plátano. Cuando la trajeron a la casa, después de luchar en el hospital por su vida, la escena fue de primera categoría desde el punto de vista de un simple mirón, no desde el de los familiares que en calidad de actores se perdían la impresión de sus propios gestos desesperados, de sus gritos, sollozos incontinentes que salpicaban parte de la historia de Margarita y de la fantasía de sus juegos. Las mujeres se movían de un lado a otro para caer en la orilla de la madre, a la que decían palabras al oído, y los hombres cerca de la única ventana de un cuartillo muy encerrado y oloroso al uniforme menú de la comida, frijoles cocinados con una cabeza de ajos y arroz blanco con dos o tres lonjas de cebolla morada, se arrinconaban para no dejarse emblandecer con el llanto de las mujeres. Y uno de ellos, con los ojos rojos y vidriosos, se sostenía entre los abrazos como si estuviera a punto de caer en una convulsión de lamentos. Allí nadie murmuraba, a grito pelado iba contando hasta el menor detalle de la vida y de la muerte de Margarita. Cuando quise saber lo que pasaba, más de un voluntario se ofreció a confiarme la historia completa, hasta que me aburrí de los relatos y de ver los ojos abiertos y espantados de los niños, que cumplían con el duelo corriendo de un lado hacia

otro con un desconcertado cansancio. Y luego los rezos, parecía que la voz del rezador quería alcanzar con su potencia el propio cielo, lo mismo pretendía el coro. Cuando me alejé, desde la esquina me perseguía el "Dios por todos los siglos de los siglos amén". Aquí hay algo raro o sólo que éstos sean de otra religión y de otra raza, aunque parecen igualitos, sólo mejor vestidos y más refinados en sus modales. Cuando en una casa hay un cuarto desocupado y los muebles tienen su sitio, es que se trata de gente igual a la otra en apariencia, porque la amplitud de comodidad hace a las personas diferentes: unos saben vivir sin adornos y los otros se adornan para vivir. ¡Qué cosas! Nadie ha gritado, nadie ha llorado a grandes gritos, nadie ha confiado una historia, no sé ni los detalles de este muerto. A lo mejor se trata de un perro. Estoy blasfemando, la figura es humana. Debía decir que no me extrañaría que fuera un perro.

—¿Quiere un poco de café?

—Prefiero conversar, si no le molesta. He estado pensando tantas cosas.

—Comprenda usted que no estamos para entablar conversaciones ahora.

—Sin embargo, sólo quisiera tener oportunidad de hacer unas preguntas.

—¿Podría usted venir conmigo? Quizás afuera sea más cómodo atenderlo.

El hombre me señala el camino con un gesto de persona bien educada. Mientras le hablaba, su voz parecía aflojarse con cierta condescendencia esquiva y

aislante, pero hubo un punto en que dudé de sus propias contestaciones. Le resulto un poco atrevido. Ahora sé que me sigue con una mirada fría, pero estoy dispuesto a poner todo en claro, no es cosa de que lo inviten a uno a entrar a una casa y luego jueguen al escondido y le enseñen una sábana donde ahora me ha dado por dudar si verdaderamente hay un muerto o se trata de una burla como en tantas películas y espectáculos de televisión. No señor, a mí las cosas claras y el chocolate en su punto. No tengo nada que perder, por algo vivo al día, sin dejar nada atrás ni ambicionar reservas para un futuro siempre incierto. A mí no me toman el pelo fácilmente. Cuando me detengo en el corredor, el hombre me señala otro, el que va cerca de la puerta de salida. ¿Pensaré echarme? Bueno, nada me pierdo. Se adelanta y me ofrece un asiento en la antesala.

—¿Decía usted?

—Pues, mire, no es que sea exactamente un curioso, pero todo me está pareciendo muy extraño.

—Le ruego puntualizar...

—Por un lado no hay mujeres, es extraño en el caso de un duelo porque siempre vienen todos los parientes y entre los parientes tiene que haber por lo menos una mujer. Además, es una vela en muchos aspectos rara. No se reza, no se charla, no se habla del muerto. A estas alturas, después de casi dos horas de estar sentado en una silla, no sé ni a quién están velando ni de qué ha muerto.

—Son muy interesantes sus observaciones.

—Más interesante todavía es lo que está pasando. Han sido muy amables en invitarme a acompañarlos, por eso me he atrevido a hablarle en estos términos porque ya me siento un poco compañero de ustedes.

—Puede hacer usted las preguntas concretas que desee, y marcharse si no le satisfacen mis respuestas.

—Agradezco su atención. Ahora me siento en una situación difícil, siempre que se abre una puerta uno no sabe con cuál paso entrar.

—En todos los casos el natural es el más aconsejable, aunque el natural se puede convertir en el más forzado y difícil. Soy todo oídos.

—Digamos como primera pregunta: ¿qué es usted del muerto?

El hombre da un paso hacia atrás. Me señala un cuadro. Es un niño en un campo de yerba alta, reclinada por el viento. No es muy claro, parte tiene la sombra de un atardecer, pero también podría tratarse del alba. El rostro está tenso, como si lo agitara el viento y hubiera tenido que detenerse para no girar él mismo. Después me enseña un álbum, que está recostado entre dos adornos de mármol. Corre las páginas, en una el niño es un rostro sin marco pues sus ojos abarcan la dimensión de la hoja, en otras está de cuerpo entero rodeado de pequeñas cosas, en las más tiene en las manos un extraño muñeco, en otras él mismo es un títere.

—Usted es su pintor...

—No, mis manos son demasiado torpes para ello. Comprendería si le dijera que lo conozco apenas a tra-

vés de este álbum de dibujos de un querido amigo.

—Entonces, es apenas conocido suyo.

—Más o menos. No crea que lo estoy llevando por un camino de adivinanzas, pero con usted se puede hablar con un lenguaje que no es el concreto de nombres y apellidos, referencias y referencias que no dicen nada. Pude haber respondido a su pregunta en esa forma. Sin embargo, respeto su imaginación.

Calla y sigue pasando las páginas. Me han conmovido sus respuestas, aunque no dejo de comprender que son un poco de atolillo con el dedo. Estoy en un mundo raro y debo acostumbrarme al lenguaje rebuscado que usan.

—Era un niño hermoso. Es una lástima que tan joven haya tenido que morir. Ahora comprendo un poco la pena de ustedes.

—Es un dolor indefinible. Me conmueve profundamente que usted lo comparta.

No quiero replicar que no lo comparto, la sinceridad en este ambiente de cuadros, flores, adornos, muebles de sostenes retorcidos y afelpados, está indiscutiblemente fuera de sitio. Esto lo comprendería hasta el más tonto y no lo soy tanto, tampoco quiero pasarme de listo, detesto meterme en enredos y hacer alardes fuera de mi tono normal, el de un hombre corriente que apenas sabe lo que tiene entre manos pues sólo he procurado vivir al día y ojear los periódicos para saber cómo andan los demás. Siempre los he encontrado peor que yo, no sé si será porque en los periódicos se agudizan los casos singulares o porque son un

muestrario de violencias. Sin embargo, soy lo suficiente astuto para simular por un rato el tono que adoptan los otros.

—¿Debe haber sido un accidente? Se ve tan sano y lleno de vida en estos dibujos.

—Así lo fue.

—¿Qué pasó?

Mi pregunta ha sido demasiado ágil para la lentitud de sus ademanes. Dudo si la ha captado. Sin embargo, se detiene en un dibujo. El niño aparece asomado a una ventana y detrás de su cuerpo una casa infinita y solitaria.

—Era huérfano y cuidaba casas ajenas mientras sus dueños estaban de vacaciones o simplemente quedaban por algún tiempo desocupadas.

—Resulta extraño ese oficio en un niño.

—No tanto, no todos tenemos una vida fácil. Él conoció desde muy temprano la dureza que templó y maduró con formalidad su niñez.

—No lo digo por él, sino por lo aventurado que es confiar tal oficio a un niño. Algo de experiencia tengo en ese campo. ¿Con quién trabajaba?

Sin contestar me muestra otro cuadro en que el niño mira hacia atrás, hacia un camino que parece no tener principio porque se pierde en un horizonte prolongado en curvas y alturas hasta el borde mismo de la página.

—Vino sin saber de dónde y ahora se ha marchado sin que le pueda a usted decir hacia dónde ha ido. ¿Qué importancia tiene lo demás? Hasta sus mismas

preguntas, disculpe usted, resultan disonantes en este momento en que todo se ha reducido a un pasado en que es imposible añadir una migaja de vida.

Se ha levantado y me invita a regresar. No puedo menos que sonreír, como siempre ha resultado más astuto mi interlocutor. Cuando discuto mentalmente ya me he acostumbrado a que me venzan y me pongan en ridículo, pero no me importa. En la vida sólo unos ganan y muchos pierden, en los sorteos hay dos o tres favorecidos y el resto tiene que conformarse. Mi único mérito ha consistido en darme cuenta siempre de mis limitaciones. Con las palabras no puedo llegar a mucho. Entiendo y soy hábil en las preguntas y respuestas directas, pero cuando hay que colocarlas dentro de un preámbulo y alistarles un marco, me enfrento a la derrota más vistosa y aun teniendo la razón me doy pronto por vencido. Sin embargo, debo apuntar que soy consciente de lo sucedido, pues no me parece que este señor se crea que ha obtenido una victoria redonda al dejar sin respuesta mis preguntas. Lo llamo antes de entrar al cuarto.

—¿Sabe una cosa? Estoy conforme con su hábil manera de volver a dejarme en ascuas. Debo agradecerle lo único que me enseñó. Los dibujos del niño. Ahora por lo menos puedo ver su cara pálida detrás de esa sábana.

—También debo agregar algo: es usted una persona muy inteligente y un excelente compañero en este duelo.

Su elogio me hace respirar hondo antes de entrar

al cuarto. ¡Ah, la vanidad! Otro mérito que tengo, descubrir a tiempo el azúcar de las cosas y no dejarme confundir por el aparente buen sabor. Sé que dentro de un rato se acercará a sus compañeros y comentará muy bajo el resultado de la conversación conmigo. Tal vez en esa ocasión no sea tan generoso, pero sin el azúcar el sabor se podrá determinar como auténtico, la sal es un punto más difícil y escueto, puede cortar en la garganta las palabras y doler como un cuchillo. Lo que digan acumulará un episodio distinto en esta vela. Ha quedado un sitio cerca de mi vecino más próximo y lo aprovecharé para tratar de entablar alguna conversación, antes de que logren separarme pues el hombre del sillón no está y otro del grupo ha salido. El de la cabecera sigue en su sitio y el que me acompañó se ha quedado en la puerta, no sé si como parte de las sombras o si ha regresado a localizar a los ausentes. Mi vecino es un hombre extraño, con la vestimenta adecuada podría pasar por un sacerdote. Tiene una forma de concentrarse que parece clavado dentro de sí mismo. No tengo mucho tiempo, empezaré por la pregunta trivial en demanda de un fósforo o afirmaré que lo conozco sin recordar los detalles.

—¿Usted es de la familia Rojas?

—No, señor, soy de los Castro.

Ni siquiera se ha vuelto a mirarme de frente, ha contestado automáticamente sin perder la fijeza de los ojos que sólo ven por dentro quién sabe qué extraña figura.

—¿Conoce usted algo del fallecido?

—Sí, pobrecito, un muchacho muy joven, esas cosas de la fatalidad.

Este tipo de conversador no tiene nada, su aparato fonético debe ser un adorno dentro de su organismo. Bueno, por lo menos ha cambiado el cruce de las piernas. Quizá se esté desconcentrando.

—¿Cómo fue el accidente?

—En la tarde, iba distraído y lo que pasa siempre, ¡zas!

Su ademán tan vivo y audaz, tan gráfico y palmo-teante, me ha hecho brincar del asiento. Este tipo se ha despertado; cualquiera que fuera su concentración terminó definitivamente con ella.

—¿Usted lo conocía?

—Claro que sí. Siempre estaba en la puerta de esta casa. Un jovencito muy bien parecido. ¡Qué lástima me da!

—Y... ¿conoce a todos los que están aquí?

—Son mis amigos y mis clientes. Todos muy buenas personas. Algunos los considerarán algo estirados, pero es que no los conocen a fondo.

—¿Cuál es el padre del muchacho?

—El que estuvo en ese sillón. ¿No vio usted lo apenado que estaba el pobre? Comprendo su desconuelo. Imagínese, usted, perder a un muchacho así, en la flor de la vida.

—¿Y la madre?

—La madre está de viaje, eso es lo peor de la tragedia. ¡Pobrecita, cuando regrese y se entere! Imagíne-

se, usted, el único hijo y perderlo de esta manera... No quisiera estar aquí cuando llegue. No sé cómo irá a consolarse.

—Usted, ¿no encuentra algo raro en este ambiente?

—¿Raro?

—Sí, esta frialdad, este silencio, la manera en que se hablan, ese cuerpo tapado, esta contemplación tan prolongada y la forma en que me llamaron a mí invitándome a entrar.

—No... así son los duelos en las casas de las personas cultas, silenciosos, sin gritos ni alardes de dolor. Ellos son distintos, ¿no lo sabía usted? ¿No ha visto los cuadros de la entrada y los adornos? A ningún pobre se le ocurriría meter esas cosas dentro de una casa.

—No se trata de eso. Es algo de misterio o de farsa que se huele en este cuarto.

—Pero, señor, si casas como éstas no huelen, quizás un poco a polvo y a humedad, y eso por los jardines que las rodean... usted tiene una imaginación que camina sola...

Y la cara de mi vecino, sin rasgos que rompan la monotonía de un rostro igual a todos, resume con un asombro tímido la hilera de preguntas que le he hecho. Sólo me queda disimular.

—Soy un poco desconfiado, ¿sabe?, en estos tiempos las frutas no maduran solas, los vivos las hacen madurar desde muy temprano y las ponen a la venta en el mercado con colores falsos. Si uno se distrae, como dice usted, se va a... la porra.

—No hay que llevar las cosas al extremo... descon-

fiar de una vela es el colmo. Se ve que a usted lo ha golpeado la vida.

Mientras lo dice su mano cae en mi hombro con un leve golpecito de consuelo. Sólo eso me faltaba, que me consuelen porque ésta es una vela de verdad. Cuando uno presiente algo y resulta al revés, eso del consuelo no deja de tener su fundamento pues por dentro la desconfianza se quiebra y surge cierto disgusto o más bien desazón. Sin embargo, me queda una reserva y no la puedo explicar con claridad. Es una especie de afirmación de que esto no puede ser, tiene un toque evidente de pantomima. Si diera con la pregunta clave... no puedo seguir gastando pólvora en frases que se diluyen y son contestadas con facilidad mientras las construyo con tantas dificultades. Ya no se trata de jugar al gato y al ratón como con el otro y saborear las trampas porque trampas se esperan; ahora es necesario jugar entre colegas, unidos para vencer juntos la emboscada que está en algún lugar. El del sillón se ha vuelto a colocar en su sitio, rodeado por sus dos compañeros. Uno de ellos, mi acompañante a la antesala, me mira con una sonrisa victoriosa que contesto con otra llena de malicia, pero quizás este intercambio sólo sea producto de mi imaginación, cuando la oscuridad se espesa no se sabe con certeza el movimiento de las facciones. He hecho una trincherera en la desconfianza y él lo comprende con un gesto benevolente, los atrincherados están en una jaula, pero tal vez se olvide de que se pueden le-

vantar en un descuido y apuntar al blanco. Mi vecino se ha alejado de nuevo, ¿en qué estará pensando?

—Oiga, ¿lo puedo llamar amigo?

—Un amigo nunca estorba.

Este tipo se las trae con sus respuestas, lo que me carga es ese acento oscuro con que dispara los finales de cada palabra.

—¿Cómo se llama el jovencito?

—¿Cuál?

Mira a su alrededor buscando al sujeto de mi pregunta.

—El muerto.

—¡Ah! Lo tengo en la punta de la lengua porque esperaba esa pregunta, pero esta memoria mía no es muy afinada que digamos. Cuando menos pienso, me olvido hasta de lo que he sabido siempre. Ahorita le respondo...

—¿No se llama Juan Carlos?

—No. Espere usted. Se llamaba Óscar, eso mismo, el mentado Óscar... Su madre, por las tardes, sobre todo cuando oscurecía temprano me esperaba para preguntarme: ¿ha visto usted a mi Óscar? La pobre se inquietaba con sus tardanzas. Yo le respondía: sí, señora, está jugando en la plaza, ahorita viene, no se preocupe, si desea lo llamo, estoy a sus órdenes, señora. Ella se contentaba con mis respuestas y seguíamos hablando en el jardín de las flores y las lluvias hasta que aparecía Osquitar con el pelo sudoroso y los pantalones con dos parches de suciedad en las rodillas. Entonces...

Hago esfuerzos por seguir su charla porque me he detenido en sus mentiras. ¡Qué fácil es ufanarse ante la curiosidad de otro! Éste me ha pasado de nariz por el cuarto persiguiendo un dato falso.

—... no lo regañaba, ella no era de esas madres. Entrelazaba su mano con la de él y recostaba su cuerpo en el del joven, recordando esos gestos tiernos y suaves que sólo las madres tienen para uno. Eran como dos chiquillos...

Se está divirtiendo de lo lindo y de sus historias no podré salirme con facilidad, son más pesadas y agobiantes que la atmósfera de este cuarto y de esas miradas graves con que nos enfocan esos cuatro. Me he enredado en mi propio hilo, la curiosidad tiene forma de miel y en ella caen las moscas en un suelo blando y pegajoso. Pero, he aprendido algo: cuidarme de los que no hablan y parecen estar concentrados en quién sabe qué cosa, de tenderles el anzuelo no se pescará una palabra sino una catarata de voces.

—Perdone, usted, pero es la hora de irme. Gracias y buenas noches.

La silla chilla con un lamento largo sobre la madera que conservará el rayón como el recuerdo de mis bruscas actitudes. Mi vecino se para y me extiende la mano.

—Comprendo, lo he cansado con mi charla, pero con esto de recordar al muerto se habrá sentido mejor en la vela. Es parte de lo que usted extrañaba...

Ahora resulta que mi vecino se había dispuesto a complacerme para que me sintiera cómodo en este am-

biente... Los días verdaderamente están llenos de detalles increíbles. Nadie me podría creer algo semejante. A lo mejor me ha tomado por un niño que no quiere tomarse la sopa si no se le prepara en forma adecuada la escena. Esto es como el cuento del peleador con su sombra que murió víctima de sus propios golpes. Bueno, soy un exagerado, mi compensación de vivir al día: exagerar todo un poco.

—¿Se va usted?

—Sí, tengo que irme, me esperan en la casa, ya deben estar extrañados de mi tardanza. Perdome mis molestias y le ruego presentar mis condolencias a sus amigos.

—Así lo haré, aunque es una lástima que se vaya usted cuando habíamos dispuesto lo necesario para preparar el rezo.

—Otro día será, digo... bueno...

Un paso se me confunde en el borde de una alfombra y parece que mi interlocutor sabe guardar con el mismo disimulo, silencio e imperturbabilidad, los enredos de mi lengua. El frío que penetra por la puerta me sacude afirmando la confianza perdida unos momentos antes.

—Sigo pensando que en esta vela hay algo extraño. Se lo debo decir como una confesión que usted merece por su caballerosidad.

—Es usted un hombre observador y tal como ahora habrá encontrado y encontrará en muchas oportunidades cosas raras en los actos y actitudes de los hombres.

—Pero, nada como esto, me será difícil olvidarlo.

—No lo olvide, ésa es la única esperanza de Juan Manuel y de mis compañeros. ¡Buenas noches!

Algún día hablaré con un lenguaje así, es una especie de idioma extranjero con las mismas palabras aprendidas desde la niñez. Lo podré lograr si me lo propongo, un poco de misterio y una vaguedad cortada en unos puntos suspensivos que ordenan captar sugerencias sin saber uno que se ha pedido eso. Soy demasiado concreto para ese tipo de esgrima invisible, tendría que empezar por no vivir al día, imaginarme el futuro como una escalera en que se sube un pie con el apoyo del otro y así hasta el infinito. No hay nada más detestable que ver el propio movimiento como el de un gusano eterno que no va a ninguna parte, un engranaje de cadenas y cadenas y nada atrás y nada adelante. ¡Horrible! Como yo, pobre yo, en la calle agarrado a un día que vendrá con ese ruido de cadenas, sin sentir tristeza por ese muerto y por esos pelagatos que algo raro se traían entre ellos. ¡Y zas! Así se acaba todo.

Un domingo tiene señales de domingo en todas las ciudades. Un modificado bullicio sin agitación camina por las calles, en una lenta combinación de movimientos que alteraría los nervios en el compás asalariado de la semana. Un repique de campanas desde muy temprano mueve prisas sin congojas que atraviesa las plazas que anteceden las iglesias. Un cuadro de padres con niños de la mano se dispersa en parques, frente a ventanas, por calles donde juguetea el viento con las basuras de alguna parranda sabatina. Al amanecer se puede encontrar un borracho con los ojos irritados por una noche que se hizo corta dentro de un sueño encendido a ratos en el humor de un licor, después se volvió un hervidero de dolores agudos que lo tendieron despierto en la frontera de su propio ocaso junto a la pesadilla insolente de una voz que al alejarse señala sus manos vacías. La mañana rompe pronto el silencio con pregones de periódicos, pero la guerra a punto de estallar, el accidente con un muerto y varios heridos graves, la crisis de la moneda, el aumento de impuestos, parecen menos personales que entre semana. El domingo es un día individual dentro de cada quien, por eso se oye el yo con un acento afirmativo

como si necesitara su lugar y su espacio. Hay algo de determinación y de voluntad perezosa regado por las calles y por las casas. Una inercia de poderes triviales que se dilata en proyectos y en ganas, quizás un poco indefinidos y con un sabor de delicioso antojo casi siempre insatisfecho, con su ciclo de resurrección cada domingo y su signo de muerte al finalizar el día. En todo caso hasta un desmemoriado es capaz de reconocer la fecha, en cualquier ciudad o poblado. Y si alguien se agita en arbitrario gesto de actividades mecánicas y acentúa excitaciones por no haber podido vaciarse del trajín semanal, no falta quien señale: "es domingo, ¿lo ha olvidado usted?" El domingo es domingo con su jornada de misas y de ropas más livianas y personales, con sus sesiones de baños largos o no aseos para conservarse más uno, con su tiempo de solitarios ajetreos en que a veces se levanta sombrío el porvenir o se le arrincona como un objeto de desván para otro tiempo en que no haya más remedio que afrontar el mañana. El domingo es una tregua, unos la emplean en levantar y aspaventar sus sueños, otros en esconderse dentro de su pasividad perezosa porque las horas lentas tienen un ritmo imperioso de no hacer y porque al estirarse libre de rutinas la libertad no encuentra un oficio visible en que emplear la fuerza del descanso. Pero cuando la pereza empieza a remodelar sus gestos, alguien apunta un quehacer, una necesidad, un paseo, una función... Entonces se rompe la respiración acompasada y los nervios se anudan como siempre. "Detesto que me apuren", un dicho para detener

la actividad, luego el "ya voy... ya voy...", que es un lamento, casi un sollozo de la pereza sin frutos, alejada bruscamente, con vergüenza disimuladora en descansos interrumpidos por algo que espera, un quehacer atento al quiebre de la pausa. Y los niños descubren el domingo y su carácter cambia y su impaciencia y su deseo de sorpresas y de mimos. Están despiertos temprano, ya saben de sus vestidos, atisban los planes, los convierten en promesas, exigen y piden, no atienden los mandatos de silencio, revolucionan los espacios y esperan con la voz alta, con el chillido y caen en agudos resuellos al menor anuncio de desilusión. Allá va por el domingo un padre con sus hijos de la mano. El parque... es tan pequeño... tan siempre el mismo... hace calor... si tuviera dinero cambiaría el paseo por un cine, pero son tantos. Ve con envidia a un buen señor que cumple su jornada de paseos en un vehículo rojo y reluciente, pero no sabe del infierno transitorio de ruidos y de brincoteos que lleva adentro. Ignora que al pasar por el parque, los niños querían quedarse y al negarse a compartir un placer de pobre gente tuvo que reaccionar con amenazas, y luego ante las caras tristes o encaprichadas, llorosas o dueñas de alaridos, agotó el recurso de promesas: helados, aviones, ruedas de chicago, cine, cualquier cosa mientras se callan. Y el silencio fue un tránsito hasta la esquina, pues en el asiento de atrás empezó una lucha por el puesto de la ventana que habíase convenido entre el de 8 y el de 9 años turnarse cada cinco cuadras. ¡Es domingo! Suspiran los quinceañeros, esos que ya no

quieren paseos con los padres ni las tutelas de chaperones, tienen sus itinerarios de espectáculos, miradas y excitaciones, sufren vergüenzas de modas y acaban el día doblando en las almohadas una frase atormentada de inseguridad o de crecimiento, o la vista de su infructuosa búsqueda en las avenidas y calles que arrastraron su cansancio en espera de algo o de alguien, siempre la precocidad de la pareja, consolada en la niñez bajo el signo del amigo preferido. Y los padres de adolescentes se encuentran solos, sin objeto, un poco abandonados, casi huérfanos, con las palabras perdidas en su soledad imprevista, para surgir la solución de un juego de naipes, de unas copas, de una reunión de amigos y tras la siesta larga el recurso de un programa de televisión o de un cine, una jornada de silencio con gotas de monosílabos o tal vez una historia ya contada con alteraciones de mayor o menor detalle que ahora aclaran o mistifican los comentarios de otra época, conservados en la memoria con garfios movedizos para obtener perfiles al antojo de humores o simpatías. Domingos de bostezos y de qué hora es para nada, o quizás estar ahí igual sin moverse o sintonizar un programa radial o televisado, responder una llamada y decir que hoy ha sido un día maravilloso, precisamente tibio, tal como le gusta, pero no lo ha sabido más que de oídas pues no se ha atrevido a descorrer las persianas. Y los viejos se eternizan en rencores los domingos, días de los recuerdos, de las recompensas y de las esperanzas. Esperas de parientes alivian de polvo las antesalas, y los regalos de hoy,

ayer, hace dos años se exhiben en virtud de agradecimientos demostrativos, pero llega el hijo con su esposa y los niños por unos instantes en que se extienden saludos y noticias planas, sin tiempo para observar la cara ajada y las esperanzas consumiendo el domingo entero por un rato largo en que se gasten las galletas adquiridas con economías de la semana y se pueda contar la conversación con el pariente Miguel, ¡qué viejo está el pobrel, sobre recuerdos de infancia y de la casona cuando aquella parte de la ciudad era puro campo. Los viejos miden su soledad y su vejez los domingos, pues hacen una pauta en que detienen los años y esperan sorpresas como los niños. Ese día su reunión en la ventana es como una llamada a la tertulia placentera, al viaje por las palabras, al encuentro de un ademán cariñoso y comprensivo... pero el domingo es tan largo para los viejos con su carga de esperanzas, que acaba como un juego solitario en que se mira lento un reloj con señales. La visita se cumple sin llegar a la antesala y sin probar las galletas, no hay tiempo, algo incómodo recuerda un quehacer, una obligación. Lo pendiente en algún sitio inexistente.

Un domingo igual, con tantas cosas parecidas, la prisa regulada por la pereza, la fábula con muñequitos en movimiento, el grueso periódico esparcido por la casa, los cines con anuncios llamativos vendiendo sus funciones (una pistola, un puñal, un vestido a punto de deslizarse en el pecho, un beso, un grito, un llanto, un gesto violento, una mano crispada, una alco-

ba en desorden, unos ojos desorbitados, un guiño, una seña maliciosa, un laberinto, una caricia lasciva), los niños con su ronda de impacencias, los adolescentes despertando sueños en los espejos, los solterones con un aire de turistas en las calles, los viejos con sus marcos de ventana y sus contabilidades de reclamo dispuestas a borrarse por una sonrisa sin horario o un acomodo en la antesala con olvido de tanto compromiso previo, y los hombres y las mujeres, ríos con vertientes por donde caer, levantarse, irse, ahora con el cauce perdido en la planicie lenta donde hay que precipitarse sin el apremio y la recompensa, ir para ser en el espectáculo íntimo, sin saber siquiera mirarse en el remanso, seguir sin desbordarse o desbordándose en la fecundidad de sí mismo, encontrar un oficio de ocio en la profundidad de las raíces ignorantes de retoños y ramajes, naufragar en el no hacer con las manos levantadas y aplastar finalmente el día en cualquier almanaque con una cruz repintada de rabia.

Por un domingo así, igual en parecido a otro domingo, con la amenaza de un lunes delgado y filoso, camina Juan Manuel con la calma abotonada a sus botines de un negro limpio y brillante. En el orfelinato algunos domingos se organizaban con programas que siempre empezaban más tarde de lo previsto, otros se iban frente a la plaza mientras de cuclillas oía parte de conversaciones o contemplaba persecuciones de bolas y disputas interminables sobre la validez de una jugada, los más los gastaba en caminatas hasta el río, allí donde los grandes medían el valor en planes de

fuga y él se sentaba a esperar de las aguas algo nuevo y se quedaba hasta creer que se había agotado su frescura cerca del mediodía. Los domingos en la ciudad se hicieron iguales en esperas y miradas, después de que rebalsó su curiosidad escudriñando los lugares visitados por los caminantes: museos, zoológicos, parques de diversión, jardines, nuevas urbanizaciones, centros de deportes, arboledas y pueblecillos aledaños al término de un viaje en autobús pagado con fracciones de monedas, algo de lo poco que se podía obtener con unos cuantos centavos. Y en esos sitios, en cualquiera de ellos, un paseo tranquilo de observación que encontraba el trillo gastado de repetidas cosas, comentarios y gentes. El domingo tenía una plataforma de igualdades en las actitudes y en las voces. Sólo en un sitio, que visitaba en las mañanas, parecía no haberse acabado la semana. El mercado con su trajín de compraventa, con sus precios y regateos, con sus pregones y ofertas. "¿Qué quiere el doncito?" Ese sabor del lenguaje lisonjero, ese prodigio de frutas extendidas, casi a punto de podrirse, esa organización de cajones y tableros, ese muestrario de un arroz blanco justipreciado en tanto y a la par de otro casi el mismo en menos, y esa búsqueda de calidad y precios tras los ojos indagadores de un adquirente mundo femenino atisbando detrás de lo bueno, lo fresco, al punto, económico, suave, sabroso, seguro, sin engaños, y los mostradores garantizando sus productos más caros, sin menospreciar los baratos, las oportunas gangas que hacen las veces de cebos y atraen un clien-

te tras otro. Así se acaba con lo caro en medidas mezcladoras de productos buenos, malos, regulares, mientras las romanas balancean pesos y ganancias. Pero el mercado cierra sus puertas al cabo del mediodía, que los vendedores descubren sin mirar los relojes al menguar los clientes, notar el peso de la marchitez de sus viandas, oír el rechinar de portones o confirmar la redondez exigente de sus apetitos. El reloj del hambre que guía a los trabajadores, igual que cualquier otro día en la semana. Juan Manuel ha caminado, como siempre, temprano entre las ventas de frutas, adquirió una naranja valenciana, más tarde una mandarina y luego un pedazo de sandía. Después, recorrió las ventas de queso y tortilla, para hacer una empanada que sostuvo caliente en una hoja de plátano hasta la refresquería en que pidió para acompañar lo sólido una horchata. Su domingo empieza igual que los otros días, en que estira las piernas visitando el mercado, donde con ojo listo encuentra todas las expresiones de la vida, la oferta y la venta, la malicia y la rapiña, el gesto alerta a los descuidos, la cacería con sus ángulos de atisbo, la paciencia enredada en la lentitud de las palabras, los nudos de pereza convertidos en oficio mientras se redoblan actividades del voy y del vengo, la inocencia del cuánto vale y el conteo mental de las posibilidades, el juego placentero de medir y tajadear y ofrecer ferias con galante coquetería de reconocimiento al mérito de ser cliente y comprador, la jerarquía siempre distinguiendo el poder de las monedas, y ese movimiento de gentes que adquieren su impor-

tancia en el trato, en el breve diálogo y en la envoltura de las viandas. Juan Manuel entra y sale del mercado, oye los pregones, las conversaciones transitivas de la búsqueda y el encuentro, la simpleza de la vida que se rellena hasta el tope. En su juego de acontecimientos una gran tienda crece frente a sus ojos, donde se regalan confites a esos niños que se arrastran por las veredas del mercado. Carlitos sí sabe vender, y lo hace con la generosidad propia de un gran señor, que no se detiene en los centavos y cierra las cifras en provecho del comprador. Casi a punto del mediodía, cuando se agita el acomodo de las ventas y crecen los tarros de basura adornados con hojas secas y otras húmedas y babosas, Juan Manuel siente la presencia de Antonia y la encuentra al final de un pasillo, empujando a un niño flaco que se detiene caprichoso en cada puesto y tiene antojos de manosear lo que está al alcance de su mano. Antonia con su vestido de domingo, que a punto de tropezar con él todavía no lo conoce, pero en el instante de cruzarse le sonríe con una mueca vieja que señala sus encías moradas. No se atreve a detenerse, ni a tomar la iniciativa de un saludo. Simplemente devuelve su sonrisa y piensa en los domingos de Antonia, que también tienen su parte distribuida en el mercado. Cuando está más lejos se arriesga a volverse para mirarla alejándose entre los tramos de ajos y cebollas, pero los ojos nublados esfuman la figura como si la niebla se hubiera introducido en las callejuelas del mercado en un día luminoso y de pleno verano. Afuera la atmósfera pesada del me-

diodía balancea en las caras un lustror de cansancio al doblarse la tarde con sus horas nuevas, que atraen ademanes a punto de quedarse semidormidos en frases inconclusas. Juan Manuel coge una calle larga pensando en una conversación que oyó hace mucho tiempo y ahora recobra para él un significado extraño. Alguien le dijo: en un domingo lleno de sol, sin una nube en el cielo azul, cuando la brisa parece detenida en un lugar lejano y la modorra regula el vaivén monótono de lo que va y viene sin prisa, en un día así las sorpresas de las últimas miradas se agarran a las paredes, se arrastran por los pisos y después no hay nada, nada... ¿Por qué recordaba eso? Lo peor es que esos recuerdos lo hacían sentirse medido, como si lo asfixiaran o estuviera pendiente de un hilo que después desaparecería para lanzarlo en un vacío en el que nunca dejaba de caer agobiado por la sensación de estar navegando en su último momento. Se detiene bruscamente como si en ese instante se estuviera preguntando de dónde diablos nacen los miedos y por qué debe tenerlos si la vida que le han dado la están viviendo los otros y él apenas tiene derecho a la redondez de sus miradas. Pero, Juan Manuel, no puede pensar estas cosas, él apenas siente sin comprender y apreciar las sensaciones que lo embargan. Intuye que está cerca de algo, pero desconoce el fin de la ruta. Es un muchacho cualquiera, dueño de un muñeco, con el que se sumerge en todos los mundos cuyo contacto le abre caminos por donde va renaciendo en vagabundos incursivos que apenas si agotan su deseo de ser.

La calle larga lo cansa, cruza y vuelve a cruzar, observa lo que alcanza pero sin detenerse a seguir el movimiento de su curso como en otras ocasiones. A veces había seguido el paso de un viejo y se había complacido en mirar a cierta distancia la forma en que hurgaba por los rincones, esa manera de revisarse palpan-do hacia abajo de la cintura como si tuviera necesidad de comprobar que no había alguna abertura o que su sexo estaba acomodado en la forma debida. Ese mismo ademán de tantos, que él había incorporado entre sus costumbres. También le gustaba seguir a hombres y niños, especialmente los domingos. Algunas veces hasta se había confundido con ellos y les había llegado a hablar, pero se tenía que apartar bruscamente cuando descubría la mirada inquisitiva de qué hace éste aquí. Establecer una conversación era el paso más difícil para él. Únicamente lo había logrado cuando fue el primero en descubrir algo. Un día en el caso de un accidente; como había persistido en indagar todos los detalles, la gente que llegaba le consultaba sobre lo sucedido. En la vida era importante saber algo y saberlo bien, pues de esa forma los otros se acercaban con las preguntas en la boca y sólo había necesidad de confiar los conocimientos que los otros absorbían con avidez para repetirlos después. Pero conversar como conversan dos señoras en un parque, eso sí era una verdadera hazaña; parecían sumergirse en un movimiento interminable y ni siquiera se daban cuenta de lo que sucedía a su alrededor. A veces creía que con la conversación se acababan los otros signos del

mundo y las palabras que desfilaban lo traían todo, miradas, olfatos, paladares. Conversar era como sumergirse en lo fundamentalmente propio, crear las cosas con las dimensiones que tienen en la realidad, aún más perfectas pues contenían las impresiones y se les daba una forma antojadiza según el tono del relato y la disposición del oyente, que debía ser cautivado para seguir en su voluntario deseo de oír y oír. Ahora no se sentía dispuesto a observar, el sopor del mediodía y el presentimiento de algo desconocido lo hacían moverse de un lugar a otro. Además, debía resolver el asunto de la casa que cuidaría esa noche. Estaría lista a la seis de la tarde, hora en que comenzaría su tarea. La dirección la llevaba en el bolsillo, junto a Carlitos. Casa número 2314, con señas inconfundibles, donde cabría la llave que llevaba en el bolso del pantalón, junto a las monedas que le daba el patrono para su alimentación porque él se encargaba de lo demás, o sea de la ropa, por cierto siempre usada y últimamente apenas justa a sus medidas, pues en un tono recriminante le decía que estaba creciendo mucho y a punto de convertirse en un problema de vestuario. "Ya es hora de detenerse, muchacho." Sería tan alto como Carlitos, y no le asustaba el ademán del patrono despreciativo y acusador. "Después dicen que los huérfanos son desnutridos." Crecería más y más, aunque sólo fuera para que le tuviera que comprar ropa especial. Y no era que odiara a aquel señor que tuvo el buen gesto de darle un empleo y sacarlo del orfelinato, no, lo que pasaba... ¿Qué pasaba? Algo no

andaba bien con él, eso es todo. Quizá la forma en que le ordenaba las cosas últimamente, la desconfianza demostrada con la repetición de las instrucciones y aquellos largos consejos sobre la vida y la gente. "No abra nunca la puerta a nadie, hay cada pillo." Y nunca le habían tocado una puerta, a veces anhelaba la visita de alguien. Después sus preguntas. "¿Qué hizo anoche?" Y aquel recibo de las respuestas como si en las palabras hubiera un punto de encuentro con alguna mentira, con algo escondido. Lo peor eran sus preguntas más personales. "¿Cómo le va? ¿Está contento?" Esperaba que repitiera sus expresiones de agradecimiento por la oportunidad del trabajo y la facilidad con que se ganaba el dinero. Quizá sí era demasiado fácil, pero aquellas tediosas esperas y ese tiempo libre extendido frente a él, sin siquiera saber cómo rellenarlo. Claro, estaba Carlitos, pero las hazañas de Carlitos habían agotado todos los cuentos del orfanato, los de magos y bandidos, los de héroes y monstruos, los de recuerdos de otros y las mentiras de algunos. En las calles y en las casas vacías había poco que aprender, las personas sólo hablaban con sus conocidos y las conversaciones eran de partes interrumpidas pues siempre comenzaban por alguna relación de otra plática anterior, y no hacían sino informarse del estado actual de personas o sucesos cuyo relato se había iniciado en una oportunidad previa. Cuando encontraba revistas olvidadas o abandonadas en las casas vacías, era como una especie de fiesta para Juan Manuel. No le gustaba leer los relatos largos, pero algu-

nas veces los cuadros y las fotografías eran una historia completa. Además, proveían a Carlitos de trajes que podía cortar conforme al anuncio de las modas que allí mismo se exponían. Últimamente los acontecimientos escaseaban y le había dado como en el orfanato, en las épocas de crisis cuando se sentía seco por dentro, por repetir los mismos que antes habían concentrado su atención y ahora apenas si lograban distraerlo. Aquellas horas vacías, terminado el trabajo de juntar basura y revisar los patios, asegurar las puertas y espantar los gatos vecinos, esos animalillos molestos que le rondaban por las piernas en espera de alguna dádiva y cuando averiguaban que no había otra cosa que una caricia se apresuraban a aumentar su soledad.

—¿La hora, por favor?

—Las mismas de ayer.

Ya estaba acostumbrado a aquellas respuestas, que no dejaban de tener algún síntoma de buen humor o eran la demostración del desprecio con que los mayores ven a los muchachos. La pregunta se había convertido en una forma introductoria que buscaba el pie de una conversación y siempre finalizaba en el dato escueto, dicho sin importancia, o en la frase devuelta capturando la malicia de la indagación. El preguntado era un hombre bien vestido, sereno y joven, que en ese momento abría la puerta de su automóvil. Juan Manuel siguió caminando, con deseos de responder con gracias a la gentileza demostrada. "Las mismas de ayer", sin duda tenía razón y ayer era como hoy y

hoy será como mañana. Algo en su cara transfiguró la tristeza cuando tenía nuevamente al hombre frente a sí, que muy gentil le dijo que eran las doce y media en punto.

—¿Vas hacia algún sitio?

Paró su vehículo y una ancha sonrisa lo estaba invitando a conversar. No era posible, seguramente se trataba de alguna pregunta que se respondía con inocencia para convertirse en chiste como en el orfanato, en que los chicos mataban el aburrimiento con juegos de frases necias que buscaban un pie de burlas y alguien cayendo de tonto.

—No. Sólo camino.

—Pensé que te esperaban en algún sitio y te pensaba llevar. Al preguntar la hora creí que tenías alguna urgencia.

Si se atreviera... y se atrevió. Aquella sonrisa tan clara era como un aperitivo. El hombre se parecía a Carlitos. Seguro de sí mismo, con ánimo hacia los desvalidos, dispuesto a ayudar, un héroe, aquella historia del santo que sabía y comprendía las necesidades de los demás.

—¿Sabe usted conversar?

—¿Cómo?

—Digo si usted sabe conversar como las señoras que se sientan en el parque... y me puede contar algo que yo pueda entender.

Juan Manuel había encontrado la redondez del domingo que todos buscan con uñas largas sin saber que es un ovillo con la suavidad de muchos hilos tejidos.

Traer a Juan Manuel a este sitio es el colmo. Hubiera podido disfrutar del paisaje, de esos pinos tan simétricos, de este olor a yerba húmeda, de esta lluvia refrescante, de esta fogata con figuras de retorcidas maderas doliéndose de su intimidad cenicienta. Pude haber pensado tantas cosas viendo esta mañana fría, crecer con el verde de los cipreses, oliendo a musgos vehementes de suavidad, pero está aquí como el centro de una lámpara que nos embriagará por horas y horas circulando a su alrededor.

—Así empezó la historia. Claro que uno sólo pone lo que otros no se imaginan. Detesto los relatos de cosas relatadas. El misterio debe mantenerse como el menú de un banquete, en que se ignora si terminará con un postre de manzanas azucaradas o con un flan de caramelo.

—Pero se sabe que siempre habrá un postre. El final está relatado desde que se anuncia la primera frase.

—No, hay que confiar en la habilidad del relator. No se va a un banquete para encontrar al final un postre.

—Pero sabemos que al final vendrá en un plato



para cada uno o lo distribuirá la dueña de la casa con su habilidad de cortadora de piezas equitativas.

—Al final siempre hay un punto que corta y disuelve la realidad. Ése puede ser el postre.

Postre o no postre, la típica discusión entre Jorge y Luis, esté o no esté Juan Manuel entre ellos, pues se placen en perderse en los ingredientes. Dependen de la forma como de la leche en su infancia. El aderezo es la ciencia de los seres y de las cosas, no les importa la sustancia sino el sabor y la presentación de ese sabor. No sé por qué no me independizo y me voy a caminar por ahí. Quizás esté muy húmedo el suelo y aunque un nuevo catarro en este país de resfriados no sería una novedad, sí me preocupa en lo personal. Me gustaría caminar hasta ese pequeño bosque de árboles sin nombre, sin nombre por lo menos para mí y tal vez sin poder clasificarse como bosque, y sí como un nido de arbustos. Caminar entre los grandes pinos, con años y años en sus raíces, cargados de silencio y de cielo. Así veo mi soledad cuando estoy con ellos, pero ya encerrado días y días seguidos empiezo a sentir el deseo de buscarlos. Vengo por unas cuantas palabras y apenas si tengo oportunidad de conversar. Juan Manuel absorbe todos los comentarios y me carga el niño con sus contradicciones, empezando por la clasificación de niño cuando ya es un muchacho y debería ser un hombre, por lo menos siente como tal.

—¿Qué te pasa? Estás muy callado hoy.

—¿Qué sé yo? Este ambiente de árboles y yerba me inhibe un poco.

—El típico hombre de ciudad que reverencia el campo, se deslumbra con su pureza y exige actitudes diferentes frente a la naturaleza.

—Quizá tengan razón, para mí el campo es un templo, el único digno de respetarse.

Oquendo dibuja a Juan Manuel, como siempre. Ahora corre entre los yerbajos, buscando un riachuelo que se mira en el fondo. La fantasía de las figuras. Un riachuelo que no existe y un día de verano, el adobo necesario para la cara fresca y poética del chico.

—Eso de estar solo no se describe con las palabras soledad, solitario, único, aislado, con deseos de conversar sin saber cómo hacerlo. Se pinta sin usar las palabras, dándose apenas la sensación con filazos de situaciones que cubran el ambiente.

—Como en la literatura clásica. “Ella se pasea con la compañía de su sombra, no se oye un ruido, sólo el del viento que golpea la calle larga y vacía.”

—La cita no es la clásica. Sería mejor el ejemplo si ella estuviera donde había estado antes, escarbando en sus recuerdos, para encontrarse que los años lavaron cimientos de cosas perdidas y lo nuevo es el remedio más absoluto de la no existencia. El viejo que descubre la pérdida rotunda de sus propios recuerdos, cuando ya no son más que parte de su memoria, falsa además en la ilustración rebuscada de lo que fueron sus tiempos.

Oquendo pinta a Juan Manuel como un joven príncipe romántico, tal como aparecen disfrazados los pupilos en las asambleas escolares, perdido entre edifi-

cios modernos con ventanales que reflejan un movimiento burlón de sus atavíos antiguos. Luis no resiste la caricatura. ¿Qué resiste Luis? Lo defino como un pobre drogadito en la fuerza de su imaginación, que se desploma como la arquitectura de la arena húmeda tan pronto como empieza a resecarse con la verticalidad del sol. Habla y habla sin lograr dar las impresiones que tiene dentro de él mismo, es un pobre tesoro de inexpresables imágenes. Cuando empieza a describir, se le caen las palabras secas y resquebrajadas por su recargo de pintura. No puede dominar la creación. Es un caso de agobiantes abortos. La posibilidad lo estruja hasta no ser y no dar nada, excepto frases y frases repetidas de las que no logra salir. El típico laberinto de los énfasis, unos por sequedad del espíritu y otros por fecundidad de ramajes. Y no sé a cuál clase pertenece, se pierde al dar el primer paso en busca del segundo y del tercero, pero se queda en el primer intento sin poder nunca averiguar por dónde se sale. El pobre Juan Manuel está aquí aburriéndonos a todos. No basta querer encontrarlo, es imposible siquiera averiguar el color de sus ojos.

—Claros, son claros los ojos de Juan Manuel, ¿no se los había dicho antes?

—¡Qué extraño! Estaba pensando en su color.

—No hay coincidencia de pensamientos, sino el problema planteado con el dibujo de Oquendo. Decía yo que algo andaba mal y ya he encontrado el qué. El color de los ojos. Aquí parecen oscuros. No son así, son claros y brillantes.

—Claros están bien, pero ¿de qué color? Los ojos negros pueden ser claros.

—Diría que a veces azules, pero también tienden a tornarse grises. No sé si han observado que en algunas personas cambia el color de los ojos, y también ciertas facciones. En ocasiones se suavizan, y en otras se crispan, se endurecen.

—Por supuesto, eso es parte de la gesticulación.

—No, sin necesidad de gestos, es más bien una transparencia temperamental, cosa de estados de ánimo, producidos por explosiones del mismo carácter. ¿Me entienden?

Es mejor decir que sí y callarse. Otro día hablaría y hablaría en busca de argumentos, dispuesto a combatir cualquier idea sólo por el placer de conversar, pero los ojos de Juan Manuel y sus gestos me tienen hasta la coronilla. ¡Lástima de paseo! Raras veces se les ocurre venir al campo. ¡Y esta tarde tan íntima, lluviosa y perfumada a tierra! Pero, está dicho, nunca se puede hacer lo que se le antoja a uno.

—¿Qué es lo que capta una atención y cautiva?

—Alguna afinidad.

—¿Por qué no una cosa tan sorprendente que uno jamás haya tenido oportunidad de hacer? Algo así como un crimen, para poner un ejemplo.

—Eso cautiva hasta el momento en que se da la solución. Has dado el ejemplo preciso del relato relatado. El crimen sucedió, ha tenido un tiempo, un lugar y una víctima. El relato está hecho, sólo falta la solución. En el momento en que se expone, el juego de

inteligencia tiene la forma de un escenario con puertas accesibles a lo relatado. No hay más vuelta que darle. La captura de la atención se logra por un momento, tal como en la ocasión en que se pone a alguien en antecedentes de lo sucedido. Relatar es crear otro tipo de hechos, sin cadenas y andamios, sin arrastres. Juan Manuel...

Otra vez Juan Manuel y yo que creí se iba a exponer algo interesante. Ahora Oquendo dibuja al niño concentrado en sí mismo, como si se estuviera mirando. Trata de complacer a Luis y borrar la molestia que le dejó la caricatura anterior. Este Oquendo tiene cada cosa servil que lo deja a uno fuera de base. Eso de recurrir a sus dibujitos como si se tratara de una historieta cómica. Y luego esa forma de apoyar sus argumentos, de considerarlo un genio, de reverenciar sus opiniones. Esas amistades convulsivas en agradecimiento, no sé qué me dan. La amistad es otra cosa, es dialogar principalmente y llegar a un acuerdo de violentos desacuerdos en que supere la inteligencia reconocida de alguno. Aquí, entre esta gente, no hay oportunidad de eso. El intercambio de ideas se resume en un discurso larguísimo de Luis, cantinflesco siempre. Después de oírlo un rato, perder la atención por largos momentos y acabar por no entender lo que se quiso decir, no tiene uno más réplica que buscar la más corta despedida. "Otro día discutiremos... esas ideas no me convencen... se ha hablado mucho, pero se ha dicho poco... con tanta palabrería se enredan los pensamientos... mañana pondremos en claro ciertas

afirmaciones..." Y esos epílogos, para qué. Siempre es lo mismo, con el apoyo de Oquendo que debilita los argumentos con sus dibujitos y cuando se empieza por no ver, por no conocer, por no sentir a Juan Manuel, esboza su perfil sentado entre nosotros con una cara hambrienta. No hay derecho.

—... así, reuniendo las palabras que describen sus estados de ánimo, su primitivismo en un mundo de valencias y símbolos más poderosos que toda la realidad y requiere urgentemente volverse hacia las cosas simples, sin juegos de ajedrez que superen los límites de las inteligencias productivas, este niño vive sin hogar, sin ciudad, con la compañía de un muñeco, en un mundo...

Lo del mundo lo repite como acostumbra a repetir las cosas, siempre el énfasis que amontona las palabras y no dice nada. Por cierto, eso de decir mundo, como decir ambiente, como decir soledad, de por sí y ante sí, pretende dar las situaciones hechas. ¡Y cuánta distancia hay entre la palabra y el acontecimiento! Pero, son los resúmenes de la impotencia expresiva... he caído en la misma inquietud de Jorge, que conozco muy bien a pesar de su extremosa diplomacia. Es una forma decente de decir no sirve, no vale, nadie lo va a creer, no tiene el alma necesaria para adquirir un sitio. No se atreve a decir esas cosas, aunque sé que las piensa. Tampoco yo lo hago. ¿Por qué? Mi razón es diferente, bien diferente. No se trata de consideraciones, no las tengo ni para conmigo mismo, por eso no he hecho nada, ni nunca haré el menor esfuerzo

por hacer algo. Me sé inválido como lo es tanta gente y lo son mis vecinos y lo es Luis con su vitalidad pensante día y noche y su engrimiento de positivas y complejas ideas, cuya única fuerza reside en su lastimosa impotencia de expresarlas. Lo que pasa conmigo es diferente. Yo dudo. Dudo de la veracidad de Juan Manuel. No soy un sentimental que se deja arrebatar por la belleza de una frase bien construida, aunque eso puede ser discutido por un gramático, uno de esos exigentes que desconocen la palabra perfecto, miden la colocación simétrica y casi secreta de las expresiones, ponen en fila las voces y las van fusilando en nombre de un idioma que sólo ellos conocen. No, no me dejo llevar por esos extremos. La belleza está en las cosas en sí, no en su pintura. La flor nunca podrá ser superada en su estado natural, aun marchita y seca. Juan Manuel puede ser cualquiera y en ese hecho se inicia mi duda. Yo, inválido y mal construido, tengo un sitio, ¿por qué no ha de tenerlo él? Respeto a Juan Manuel y todos los Juan Manueles que se levantan y corren al mercado, tienen juegos vergonzantes de muñecos y cuidan las casas vacías. Sin embargo, este Juan Manuel agobiante entre nosotros, hoy triste y mañana más triste, hoy solo y mañana en la misma soledad, me carga, me aburre, me obstina. Me siento un poco estrujado por él. Ya lo veo cuando como y me pregunto cómo comerá, si despacio o aprisa, si después usará un mondadientes o hará regueros como los niños mal educados. Ahora sólo falta que Luis haga un discurso sobre sus maneras ante la comida y la for-

ma en que recoge sus propias migajas. Pero no, está hablando Oquendo de la falsedad de los paisajes y como de costumbre Luis dice que tal afirmación es relativa porque el marco del ojo es tan amplio como la respuesta que se puede dar a un cómo y a un cuánto. Oquendo responde sobre sus experiencias como pintor y cita el caso de un paisaje que copió con la avidez de reproducir su menor detalle, y a los días, visitando de nuevo el lugar, encontró una diferencia irreconocible entre su dibujo y la realidad.

—La naturaleza crece a una velocidad inimaginable. Lo mismo pasaría si se dibuja a una persona y ésta se deja crecer el pelo y la barba salvajemente, sin arte de acomodo. Al tiempo el pintor no la reconocería a pesar de haber estudiado todos sus rasgos.

Jorge es el hombre de los recursos más sentimentales que he conocido en mi vida. Es una enciclopedia de citas y de imágenes. Se le ocurren los ejemplos más diabólicamente polémicos que persona alguna pueda imaginar, argumentos tan disparatados que echan al traste sus propios argumentos. Oquendo replica con su calma de siempre, que no se trata de crecimientos veloces, ni de recubrimientos de figuras, sino simplemente de cambios sustanciales en el enfoque y en el estado de ánimo del pintor, un acercamiento leve o una mínima distancia, la más tenue diferencia y todo es distinto. El paisaje es un momento arbitrario de captación de bultos, que responden lejanos a una realidad libre y escurridiza. Me gusta su frase. Oquendo a veces está iluminado en sus definiciones, lástima que

sea tan servil con Luis, una personalidad timorata que se vence fácilmente, un pobre cirineo. Tiene la suficiente vitalidad para ser por sí mismo, es más, si fuera un poco más individualista podría mejorar sustancialmente su personalidad. No se atreve. A mí en lo personal no me guarda la menor simpatía, pero me soporta por Luis y es que por él y en función de él vive su vida. No en vano la gente murmura... ¡Caramba! Ya es demasiado que yo también me ponga a atender murmuraciones. ¡A mí qué me importa la intimidad de los otros! Hoy me debería bastar con ver este cielo gris, sentir esta tierra perfumada a humedad, pensar en esta tranquilidad que se extiende con el viento a lo largo de la llanura...

—No hay nada más falso que la cita de un diálogo oído mucho tiempo atrás. Es imposible memorizar las palabras exactas, las expresiones utilizadas y menos aún conservar eso que se diluye en el mismo instante: el tono. La gente cuenta sus historias citando lo que él dijo y ella agregó.

—¿Se puede saber qué valor puede tener la veracidad de un relato?

—El mismo que tiene la vida en sus fundamentos.

—Vivimos para ser nuestros propios historiadores. Es perfectamente válido que se nos permita mentir un poco.

El tema se está poniendo interesante, podría participar si pudiera conseguir un poco de concentración. Algo me lo impide. Quizás esta forma de ver. Veo sin ver. Un árbol, un poco de yerba, los juegos del verde

con sus infinitas variaciones, esa nube gris y aquélla casi blanca. Las manos de Oquendo, que no pueden quedarse un instante quietas y necesitan gastar su fuego en innumerables actividades. O juguetea con el lápiz o las estira y encoge o las acaricia y masajea.

—¿Te pasa algo? ¿Dolor de cabeza?

—No, nada.

—Es extraño tu silencio.

—Algún día habría de producirse.

Cuando Luis me pregunta, los demás me observan con cierta incertidumbre molesta. Hoy les estorbo más que de costumbre. Debo buscar otro grupo o meterme de una vez por todas dentro de mi soledad con un voto ferviente de no salir más de ella. Por lo menos, hasta que pase el furor de Juan Manuel, si es que algún día logran superar ese empalagoso camote. Al principio, creí que era la fiebre pasajera de un entusiasmo, mi predicción ha resultado un fracaso. Días y días tras un rasgo, tras el más pequeño movimiento, tras sus palabras, sus pensamientos, su originalidad. El disparate más absurdo que he oído en los últimos días es que se trata de un pequeño poeta, un niño genio, un prodigio de la naturaleza. Los calificativos más absurdos se pueden poner en cualquier persona y echarla a caminar con ellos, lo difícil, lo imposible es que pueda responder vitalmente a tales atributos. No se dice con virtud creativa: serás bello, serás inteligente, serás único. Hay que serlo en realidad. Quizás estoy diciendo barbaridades y me ciegue la fobia que he cogido a Juan Manuel, el pobre Juan Manuel. La

verdad es que de tanto cantar los poetas a las rosas y ser símbolo de la belleza a través de los siglos... la rosa es bella, modelo de beldad. Ya nadie se atrevería a decir lo contrario. Lo mismo hace la propaganda, repetir, repetir y repetir hasta que el hecho se fundamenta. Juan Manuel es un niño poeta, sólo un poeta puede jugar a los acontecimientos, sólo un poeta puede apreciar los cambios del cielo y tener nuevas palabras para nuevos sucesos, aun cuando no haya nada nuevo y todo sea tan antiguo como la tierra. Sí, exactamente igual a esta tierra húmeda que estoy viendo ahora, hace años debió estar cubierta de agua, después tal vez fue un desierto, luego una maleza salvaje y hoy un remedo de bosque enclenque.

—Juan Manuel es un poeta.

¿Qué he dicho? Ya está, lo he dicho. Me miran sorprendidos. Hasta el mismo Oquendo dejó caer el lápiz de sus manos, que ahora también me miran quietas. Las manos de Oquendo quietas tiemblan. Luis ha dejado entre sus labios el cigarrillo, Jorge no sabe dónde poner su taza de café. ¿Por qué diablos me he metido en esto? Los solitarios nos desangramos en palabras.

—Sí, durante todo este tiempo, en silencio, lo he estado pensando. No cabe duda alguna. Juan Manuel es un poeta.

En los ojos de Luis brilla el entusiasmo. Oquendo me mira absorto con un fondo de rabia; le he robado con la espontaneidad necesaria el punto que ha estado

buscando toda la tarde para que se nos contagie el fuego de esos troncos.

—Sólo un poeta entra al mundo y permanece en él con sus ojos vírgenes. Traspasa con lentitud, casi en silencio, iluminando con cierta humedad de lluvia, que es esencialmente un brillo, las cosas que encuentra a su alrededor. Un poeta es aquel que tropieza con una sandía y no se atreve a hacer metáforas, goza con el rojo vivo y fresco que germina en su interior con una fuerza pura y violenta. La rodea, la vive y tal vez calle durante toda su vida la impresión que le ha causado la fruta...

—Vamos despacio.

Realmente no he dicho más que tonterías, siempre el afán de originalidad araña con brutalidad mis buenas intenciones. No puedo ser un sentimental, cuando trato de hacerlo un sentido de burla se entremezcla involuntario con lo que quería decir. Por poco digo que un poeta se limita a comerse la sandía. Quizás es cierto, pero qué ridículo suena. Y aun cuando he hecho cierta calistenia para evadir lo que pensaba, a pesar de eso, he dejado con claridad en los otros la imagen del poeta comiéndose la sandía. Jorge se ha sonreído con cierto disimulo, ese disimulo de Jorge tan detestable, pues siempre es una evidencia concesiva. Un animalito que levanta polvo para esconderse.

—Vamos despacio. Estoy de acuerdo en que Juan Manuel es un poeta. Eso lo ha captado muy bien Oquendo en sus dibujos. Fíjense: no se sabe si es un Byron joven o un Goethe a los quince años. Esa sua-

vidad detrás de sus rasgos... Recuerden sus gestos, cada uno de ellos...

—Sí, es cierto.

Jorge es el tipo más sugestionable que he conocido en mi vida. Es capaz de afirmar que ahora brilla el sol y el día está caluroso, si todos con entusiasmo nos levantamos a sostener tal cosa y a elogiar las maravillas de la luz, de la brisa veraniega, de los resplandores en la yerba y en las plantas. Oquendo, en cambio, me mira fríamente, parece acusarme de estar tomándoles el pelo. Hay un poco de eso, pero no ha sido adrede. No pude seguir callado, eso es todo, y tal vez Juan Manuel me ha convencido un poco. Además, en las grandes verdades lo único cierto es la aceptación unánime. La humanidad ha sido sugestionable y los grandes convencedores eternamente los hombres privilegiados.

—Juan Manuel es un niño, un simple niño, hay poesía en él, es evidente por su misma simplicidad, pero de ahí a que sea poeta hay una gran distancia. El poeta es un elaborador...

¡Ah!, conque Oquendo se atreve a contradecirme. Eso me estimula. Hoy, esta tarde, lo voy a aplastar. Me convertiré en el hombre del largo discurso.

—No creo en teorías. Quizá la única que he aceptado es que la vida es una simple complejidad, tan intensamente simple como intensamente compleja. El caso de la línea recta...

—Bueno, lo que has dicho es muy discutible.

Ya me han interrumpido. Está de Dios que no en-

cuentro acierto en la forma de expresarme. Ahora tendré que discutir algo que era una simple introducción, un adorno apenas de mi exposición. Luis dice que estoy generalizando sobre dos conceptos opuestos como son la simplicidad y la complejidad con una ligereza tal que recorro al extremo fácil de combinarlos para que coadyuven a formar una frase atractiva pero sin fundamento alguno. Me acusa, pobre de mí, de jugar inconsciente con las altas significaciones de los predicados, pues si bien simple es lo esencialmente puro, sin partes, complejo es lo impuro, lo múltiplo, ¿cómo entonces ligar dos cosas, aceite y agua, que no suman, que no pueden sumar?

—En la misma forma que se adiciona el uno y el dos para hacer tres. En este caso tres es la vida, o sea la misma línea recta, cuya partición nadie la niega aun cuando fundamentalmente sea una sola línea. Lo mismo se tiene con...

He hablado con el peso de la lógica, interrumpido como siempre porque Jorge no puede permitir a otra persona que se exprese en forma completa. Ahí está citando un ejemplo. ¡Y qué ejemplo! Mejor me hubiera quedado en silencio. A este cretino se le ha ocurrido decir que mis ideas se parecen al cuento del hombre que iba hacia adelante y empezó a caminar para atrás, no vio un hueco y llegó sin quererlo a la profundidad, pero como no había luz ni había un título que anunciara el sitio en que se encontraba creyó estar soñando. Los demás lo dejaban hablar para ganar tiempo y preparar mejor sus ideas.

—Con franqueza, no entiendo qué relación tiene el ejemplo de Jorge con el punto discutido.

—La relación es muy simple. Quien no cree en teorías, camina hacia adelante, pero va para atrás, llega a la oscuridad, o sea a la suma absurda y cómoda de dos ideas opuestas, y entonces hace una canción de cuna para arrullarse.

—En pocas palabras: me has dicho tonto, absurdo, ciego y cantante de lugares comunes.

—Lo has interpretado bien mal. Algo raro te pasa hoy.

La técnica: dispersar el toque personal que ha tomado el asunto. Lamentablemente se me ha traspasado la cara con una tensión de nervios, que sé me corta el rostro en tajadas. Siento las miradas de todos viéndolas. Jorge está preocupado, lo demuestra su insistencia en mi mala interpretación de su ejemplo y en mi rara susceptibilidad. Luis está molesto. Sólo Oquendo parece tranquilo, le gusta tomar esas poses de indiferencia para luego esgrimir sus habilidades diplomáticas. Él será quien nos saque de este bache.

—No veo motivo para tanta discusión. El ejemplo puesto por Jorge tiene muchos sentidos y aun cuando es inteligente e ilustrativo, no ha sido explicado con el mismo acierto de su oportuna cita.

Ahora resulta que Jorge quiso decir algo sobre mi aguda penetración con cierto matiz acerca de mi agnosticismo, pues estando camino hacia la verdad y dentro de la verdad misma en vez de escudriñar con igual desconfianza lo que tenía al frente me había

conformado con unir los factores con signos oníricos. Y el sugestionable Jorge afirma que Oquendo lo ha interpretado en su justo pensamiento.

—Bueno, en todo caso esto no tiene importancia. El punto discutido es si Juan Manuel es poeta o no es poeta.

—He aquí el origen de la confusión. Oquendo habla de poeta escueto y nadie ha usado tal expresión. Se ha calificado el hecho de ser poeta. Por eso se ha hablado de niño poeta o de poeta niño. Poeta como creador, todos estaremos de acuerdo en que es un estilista del lenguaje. Poeta niño es un sentidor sin palabras, sin que el hecho de creación trascienda a elaborar un determinado poema.

Hemos caído en el más profundo vacío, pues nos hemos puesto de acuerdo. Dudo que alguien sea capaz de reanimarnos después de una conciliación tan cargada de hipocresías. Rara vez en el acuerdo hay comunión de ideas, verdadera armonía. Es más frecuente el temor a herirse, el discreto afán de evadir un asunto por un evidente reconocimiento de desigualdades. Aquí componemos un grupo desigual: Luis es capaz, pero frío, la pasión que lo consume sólo prende fuego en él mismo, no puede transmitir y siente la necesidad de hacerlo, acabará ahogado como yo. Nos parecemos y no nos parecemos. Una tenue pero intensa diferencia. Oquendo es tibio, espantosamente tibio, los hombres de temperatura normal me asquean. Se acercan a los incendiados sin deseo de contagiarse, nada más para absorber un poco de calor, pero conservando su calma.

Quieren lo que otros quieren porque los otros lo quieren. Y nada más. Un fondo de espejo navega en sus almas. Jorge es un neutro, por eso puede incendiarse a ratos y en otros permanecer cómodamente sin necesidad del fuego. Le gusta encender chispas y apagarlas de pronto, y le da lo mismo hacerlo o no hacerlo. Se llama a sí mismo emocional, como tanto veleta que necesita un calificativo para escudarse de antemano. "Mis nervios... eso no lo puedo soportar... estoy tan conmovido." Pero dentro ni siquiera un pelo de gato, y bien acomodada la frase pretexto, la que cae bien, y devuelve un gesto de reconocimiento. "Lo comprendo, su emotividad." Morirá senil, agarrándose a la vida, apegado a ella como una hiedra a la pared húmeda, se conformará con un año más, con un mes más, con una hora más, con un instante más, aun cuando sólo le importe la última tregua para citar un ejemplo o contar una historia. Es extraño, lo estimo, no puedo negar que es una buena persona, pero cada vez que lo pienso siento un enorme desprecio, casi lo odio. Tal vez sea mejor no profundizarlo. ¿En qué están ahora? Están muy entretenidos con Juan Manuel, el instinto de paternidad de cada uno de ellos juega con él. Ha empezado a llover. La lluvia es una cortina fraternal cuando se mira a través de una ventana. Afuera el frío debe estimular los nervios. Echaré otros troncos en la chimenea. Es acogedor este rinconcito de montaña.

—¿Qué te parece un cambio en la parte en que Juan Manuel se encuentra un fantasma en una casa vacía? Resultaría más original que el fantasma fuera

una mujer. La fantasma. El género femenino tiene derecho a contar con un fantasma.

—Me parece muy bien, sobre todo original.

Una frase queda bien, cuántas de ellas necesito para subsistir sin problemas. Es tan fácil decir acertado, inteligente, discreto, adelante, usted promete. Desde pequeño me hice propósitos de rebeldía. A veces pienso y llego a comprender que siempre he sido un propósito de venganza, que olvidó el porqué y se perfeccionó en el cómo. Vengarme de no tener hermanos, de no poder hacer amigos, de mis padres tan comunes y tan triviales, de mi oficio insípido y sin halago alguno, de la forma en que mis ahorros se han reproducido, hasta de mi buena suerte. Vengarme de nacer con energía suficiente para varias vidas y tener una sola, con su tiempo medido. Vengarme ahora de Luis a través de Juan Manuel, ya lo veo claro. Eso precisamente. Dejar que se mezcle con fantasmas, en especial con una mujer fantasma, combinar lo real con lo irreal, dejarlo que penda del vacío, negarle la sustancia, y así alentar cada vez más lo absurdo, lo idiota. Es tan fácil. Está a punto de creer en la perfección del niño, exactamente igual a un padre tonto. Pues dejarlo a que juegue a ser el genio. Entonces decir a todo: genial, sublime, perfecto. Cuantos más defectos note, mejor apuntaré los aciertos. Juan Manuel es un aborto, pero que no se den cuenta. Aceptar lo más arbitrario para él, lo más estúpido. Seguiré la corriente impulsándome en ella. La perfecta venganza. Decir sí, asentir siempre, influir dentro de la embriaguez de lo genial. Ni

siquiera debo hacer un esfuerzo. Se trata sólo de alentar, de confirmar, de aceptar. ¡Qué deleite! Oquendo me mira frente al fuego, siento su mirada a mi espalda. Ése es capaz de adivinar mis propósitos. Ese infeliz es listo, perspicaz, astuto, su habilidad para dibujar profundiza nuestro interior. No importa, también lo engañaré. Realmente es fácil engañar. Debo seguir un poco de su técnica, no ahogarme en las palabras, esperar una buena oportunidad siempre afirmativa. Si Juan Manuel sueña que es un rey, ¡maravilloso!, una demostración del inconsciente. Que no sueña, sencillamente sublime. Que se quiebra un pie, muy apropiado. Que decide suicidarse, fantástico, tan inesperado como la naturalidad de la imaginación. ¿Hay algo más móvil, más sutil, más insondable que la imaginación? No hay nada igual. Pues dejemos la imaginación libre. Juan Manuel puede ser todo, porque es un simple niño. Puede acabar en presidente de la república, en rey de Babilonia, en un nuevo Jesucristo. A lo mejor se vuelve un bribón. Nadie puede prever el porvenir de un niño. Si se aspira a más, muy hondo caerá. El que se eleva, derecho va al suelo. Ésa es la ley de la gravedad.

—Ernesto, te he sentido extraño hoy. ¿Te pasa algo?

—Nada, viejo, tal vez un poco cansado.

Esta solicitud, su brazo sobre mi hombro. Ahora me habla con calma, con sencillez, me cuenta de su angustia, Juan Manuel se le ha convertido en una responsabilidad, es más: en un desafío. Lo oigo y no puedo creerlo. Tal gesto humilde es casi increíble. ¿Él?

Siempre tan todopoderoso, seguro de sí mismo, demasiado seguro, imperativamente seguro. ¿Estoy oyendo bien? Me habla en un tono de consulta y lo hace en voz baja para que los demás no lo oigan en sus confidencias.

—... el niño ya no es un juego, se ha convertido en mi pasión, sacarlo adelante, hacerlo vivir realmente. ¿Cómo? Necesito tanto tu consejo.

Aun cuando no me da tiempo para contestar, su tono es sincero. Veo a Oquendo inquieto. No le gusta que tengamos intimidad con Luis, con su Luis.

—... quiero compartir a Juan Manuel con ustedes, mis amigos. Quiero que sea de todos...

No hay derecho de que lo desarmen a uno de esta manera. Y yo pensando en vengarme. ¿De qué estoy hecho? Basura, una basura asquerosa, siempre dispuesta a descomponerse en el sitio más exquisito, aquí entre los árboles, en plena montaña, bajo la lluvia, sin poder dignificarme con este aire húmedo, con esta pura presencia de la tierra... basura, miserable basura. Ayudaré a construir a Juan Manuel, no faltaba más, será también algo mío.

—... confío en tu habilidad, en tu sentido común y —por qué no— en tu inteligencia. Los demás, no sé, a veces me confunden un poco. Son más que todo sentimentales. De esos sentimentales que no pueden sentir porque las lágrimas a flor de piel les enturbian desde el comienzo la vista. En cambio...

No deja de tener razón. Puede contar conmigo. Soy el único que puede ayudarle. Debo reconocerlo sin

humildad alguna. Nadie como yo sabe ser amigo en los casos necesarios. Amigo sin limitación alguna, a todo dar, con el dedo levantado para señalar errores, con el apoyo valiente para fortalecer en la lucha. Amigo, ¡qué bien suena! Amigo completo, para el bien y para el mal, sin límite, en la vida y en la muerte. ¿Por qué la amistad no se sellará con un compromiso grandilocuente como los matrimonios? La amistad también tiene sus deberes.

—... muchas cosas me preocupan, Juan Manuel debe tener un sentido claro para todos, una especie de misión...

Claro que sí, aun cuando no me da oportunidad de expresarlo. El primer sentido que tiene Juan Manuel es la amistad que ha creado entre nosotros. ¿Qué otro sentido igual puede tener quien crea una cosa tan maravillosa como la amistad? Juan Manuel es un misionero, un apóstol. Si me diera oportunidad de hablar.

—... no es cosa de hacer consignas. Se trata de que viva y dentro de la libertad de su propia vida tenga un sentido. No sé si me hago comprender. Está bien que la idea ha sido mía, pero quiero que lo olviden, para compartir...

Ha empezado a hablar en plural. Está involucrando a los otros. Entonces, ¿en qué sitio quedo yo? No creo en las cosas compartidas. Acaban de no ser de nadie. Ahora comprendo, Luis quiere algo, está a punto de pedirme. Pero, ¿a mí? ¿Qué le puedo dar yo? Esto es extraño.

—... no sé si has podido sentir a Juan Manuel, lo

llevo tan aquí dentro que es difícil enseñarlo en todas las proporciones que tiene. Su dulzura...

¿Es que quiere convencerme? Los drogados buscan sus adictos. ¿Eso era todo? Ha sentido que Juan Manuel no me llega, no me interesa y quiere comunicarme con él a través de su propia labia. La comprensión se solicita cuando ya no hay nada convincente que la haga surgir espontáneamente. "Quiero que me comprendan", gritan siempre los falsos, los insinceros, los mentirosos. Comprensión, comprensión es la telaraña que atrapa a las moscas. El "nadie me comprende", pide con alta voz la excepción, la busca. Es como decir: "usted sí será capaz de comprenderme". Ya decía yo que esto no era espontáneo.

—... he vivido días y días con él, se mete en mis propios sueños, a veces he llegado a creer que soy Juan Manuel...

Ahora llega al exorcismo, a la endiablada histeria del solitario. Ahora me quiere hacer creer y sentir, igual a la mujer que se desnuda en un escenario para exaltar la lascivia y el deseo. Estoy asqueado.

—... pero esta obsesión, esta enfermedad, esta sombra constante, enloquecedora, sólo un amigo sincero, fuerte, me la puede quitar. Por eso te hablo en estos términos...

Lo sabía desde el principio, necesita mi ayuda. Ahora requiero mi mejor frase, la más sabia, la acertada. Reúno todas las fuerzas en el cerebro, debo decir algo, ha hecho una pausa, me está esperando.

—¡Vamos! Juan Manuel nos necesita.

Ya sólo yo y los otros, los señores. Debe ser cerca de medianoche. Afuera el frío será insoportable; aquí dentro ya no se aguanta. Sin embargo, estoy dispuesto a pasar toda la noche con ellos. Una oportunidad así no se desprecia. Ésta es casa de ricos y algo sacaré de esta noche. ¿A quién se le habrá ocurrido abrir esa ventana? Ellos no se preocupan del frío, se han puesto unas mantas. Yo no les importo. ¿Por qué habría de importarle? Eso pasa siempre. Al principio ofrecieron café, cigarros, coñac. Así hasta las diez. Después, las dádivas han empezado a escasear. Ahora, serán negadas. Lo de siempre. Acogen a un pobre, lo alojan, le brindan un acomodo... hasta que empieza a molestar, entonces regatean, después niegan, para acabar por rechazar. Espero que de un momento a otro me pidan que me retire. Voy a hacerles una escena. Afuera hace mucho frío. Ellos son ellos, pero tengo mis derechos, por algo soy del pueblo y hablo en nombre del pueblo. A veces me digo que no soy nadie, un pobre diablo, pero la verdad es que todos somos iguales, la igualdad me respalda, aunque la igualdad no sea nada. ¿Qué saco yo con tener dos ojos iguales que los otros seres humanos, si mis pobres ojos son tan iguales que

nadie los ve? ¿Qué saco con tener unas manos exactas a las de los otros hombres? A veces es preferible ser un animal. Estaría en un lugar determinado, quizás en un zoológico, con comida segura. Infeliz yo, tan igual a los otros, tan igual que no me veo. Pero, soy el pueblo, cuando dicen pueblo se me ensancha el pecho, siento que hablan de mí, que me mencionan, me toman en cuenta. Entro cómodo en el ustedes, los del pueblo. Ahí estoy sin verme, sin sentirme, sin tocarme, perdido entre los iguales. Si me individualizan, ya no soy nadie. A veces pienso que mi tragedia reside en ser un digno pobre diablo, que únicamente a solas se reconoce. Si fuera un indigente, sería por lo menos una preocupación para los demás. Un pobre hombre digno, que se preocupa por rendir su único traje, por conservarlo en buena forma, no pide, se conforma con comer una vez a la semana, se aviene a cualquier trabajo, lo acepta siempre que se lo ofrezcan, no se lamenta en las calles de estar cada día más viejo y más solo, humildemente se amolda a las condiciones de su vida, ni siquiera solloza. En silencio su tristeza, en silencio como si no pensara, como si no sintiera, como si no tuviera hambre y necesidades. Un pobre hombre que no molesta, se conforma en mezclarse con la única identificación que tiene: pueblo. Estos señores no podrían comprender mis pensamientos, menos aún si con ellos no reclamo y son una expresión auténtica de conformismo. Pobre y conforme, viejo y conforme, arruinado y conforme, inútil y conforme, como el pueblo. ¿Qué le vamos a hacer? Así nacimos y así mori-

mos. Los hijos se fueron, la vieja se murió, las ilusiones se perdieron si es que alguna vez las tuve. Conforme desde el primer llanto, porque debí nacer llorando de conformidad. Y ellos tan campantes, envueltos en sus mantas, mirándome con impaciencia, pensando que de un momento a otro me voy a levantar y decirles buenas noches. Se equivocan, tendrán que esperar toda la noche. De aquí no me muevo, afuera el frío debe ser pavoroso. Ignoran que el pueblo se mantiene firme día tras día, se muere uno y se reemplaza con miles, inalterable, reproductivo en su camino de miseria, soportando, siempre soportando. Soy de los que incomodan, pero difícilmente me incomodan. ¿El frío? Bueno, no es muy grato, aunque se soporta. ¿El hambre? También se aguanta. ¿La soledad? Es buena compañera. ¿La pobreza? Tiene pocas novedades y enseña mucho. Lo primero es aguantar. Quien sabe aguantar un día de pobreza, puede soportar dos, tres y así hasta el infinito. Los ricos son unos flojos. Ésos han abierto la ventana, pero han corrido a cobijarse. El frío los desconcierta, la pobreza los haría polvo. ¿Qué pasaría en estos momentos, si de pronto se desplomara la casa? Correrían como conejos asustados. La desolación los aplastaría. Muñecos son estos pobres hombres, con sus uñas limadas, con sus manos sin callos, con su espantoso miedo al menor contratiempo, con su boca llena de órdenes, sin saber siquiera servirse por sí mismos. ¡Unos infelices! El mundo algún día cambiará su ritmo. Lo sé. Empezará a temblar por todas partes, se caerán los edificios, se romperán las ca-

lles, se quemarán las casas, los ríos llegarán a las ciudades con avenidas de piedra y lodo. Terremotos, inundaciones. Toda esa gente apegada al tengo, al soy, al nombre, correrán como ratas cobardes, dando gritos espantosos y morirán víctimas de su propio miedo. Sobrevivirá el pueblo, sobreviviré yo, no tendré miedo, podré ver las caras aterrorizadas de los que perderán dinero, de los que gritarán "Santo Dios, Santo Dios", de los que se arrepentirán de sus pecados. Podré ver a los acumuladores, a los todo para mí, desangrados, pálidos, convulsivos, llenos de terror. Y yo en mi alta ventana, tranquilo, contemplando lo que siempre he sabido: el pueblo está en su sitio, listo siempre a las malas cosas, dispuesto a aguantar, anuente a hacer fiesta de lo peor, con las manos atentas a la imploración de la tarea, del sufrimiento, sin tenerse lástima y luego vivir con la misma carga a la espalda, con la conciencia horizontal del que sabe arrastrarse con la frente muy en alto. Estos cuatro señores ignoran esas cosas, no pueden concebir un mundo que no sea tranquilo, les molestan los ruidos, detestan las moscas, la suciedad les da náuseas, los irrita cualquier gesto brusco, viven en el círculo de lo elegante y vomitan por la más leve herida a su susceptibilidad. Y, ¿el sufrimiento? Apenas soportable como un adorno discreto, sin mucho marco. Esta noche lo han demostrado. Un dolor con pausas, con elegancia, decorativo. El hombrecito que tenía a la par no pudo vencer su asombro. Hasta llegó a dudar que se tratara de una vela. Hice lo posible por ambientarlo, pero no dio pie

con bola. Ése no conoce el mundo de los ricos y tampoco el de los pobres. Ése flota, por eso necesitaba el cuento, la historia, la ambientación. Confunde la sombra con el cuerpo. Lo que les pasa a todos los que se les sube el salario por las narices, huelen el dinero y empiezan a adquirir sus cositas. Así flotan y flotan sin saber nadar. Serán arrastrados en la inundación, serán derribados por los temblores, no podrán llegar nunca. Y lo peor es que estorban las conversaciones entre los dos mundos: el de los ricos y el de los pobres. Cuando el pueblo, yo y los demás que sabemos del desastre que se avecina con pasos agigantados, empezamos a decir, a proponer una especie de mezcla, los flotantes no aguantan siquiera nuestra humilde voz, se estremecen, se electrizan, colocan alambradas, sacan pistolas y nos matan. "¿Lo podría llamar amigo?" Esa voz acaramelada, dadivosa, concesiva. Pretendía extenderme un honor. ¡Para honores estoy yo, con los zapatos rotos! "Un amigo no estorba." Fui hipócrita, los del pueblo a veces lo somos, nos hacemos que no sentimos, que no nos pasa nada, que no vemos, que casi no somos humanos. Una caravana de gente sin sentido, que no sabe a dónde va. Eso se creen. Un rebaño, no saben ni lo que quieren, si lo supieran serían peligrosos, pero van al ruido de los cocos, un buen pastor que les dé palmaditas en los hombros, eso es lo que necesitan, un poco de codeo. ¡Qué idiotas! Esta fuerza de aguante convulsionará al mundo. Lo único que heredé es fuerza de aguante para el hambre, para la soledad, para el sufrimiento, y eso habré dejado en mis hijos. Por al-

gún lugar andarán con este vigor escondido en la más profunda debilidad. Aquí están esos cuatro hombres, con su pequeño dolor, sin saber dónde ponerlo. Ese pobre niño tenía que morirse, mejor que se murió antes de la catástrofe. Los niños crecen y se van, da lo mismo que se mueran. ¿De mis ocho muchachos, qué ha quedado? Nada. Ya ni los reconocería. Es como si se hubieran muerto. No me quejo, la vida es así y debe ser así. Se nace para vivir por ahí, en cualquier sitio, con dignidad. No estoy triste por su abandono, tampoco hice esfuerzo alguno por retenerlos. Desde muy temprano aprendieron a ganarse el pan de cada día, sin pedir, sin bajar la cabeza. Por algún lado andarán, arrastrándose tal vez, pero con la cabeza alta. A lo mejor se han muerto y no tuvieron una vela como ésta ni de ninguna clase. Estos señores de pelo casi largo y cuidadosamente recortado se verían muy incómodos dentro del cuarto de un pobre diablo como yo. No calzamos, pero nos entendemos en el fondo. Ellos saben que deben dar, yo que debo pedir, aún no hemos encontrado el modo. Puede ser a la fuerza, eso es lo más probable, pero se puede dar un entendimiento, ¿por qué no? Aquí estoy con ellos, en esta vela, haciendo un solo grupo, aunque no comparta sus murmullos ni sus atenciones. He empezado a molestar, desde hace rato vengo notándolo. Eso no es ninguna novedad. Siempre sucede lo mismo. Pasamos casi con gentileza por un minuto, pero si el minuto se hace largo, ya nos convertimos en insoportables. Si nos atrevemos a instalarnos cerca de sus residencias, empiezan

los problemas. Dicen que desvalorizamos las cosas. Puede ser cierto, la pobreza tiene un gesto de debilidad que debilita. Si frecuentamos un mismo sitio, ya nos apuntan con el dedo, pero siempre son muy condescendientes, acaban por dejarlo, abandonarlo antes de que se desmerezcan. Marchitamos las cosas con sólo tenerlas entre las manos y ellos se apresuran a cambiar las modas, a ponerlas más altas, más difíciles. Creen en la igualdad, rezan por la igualdad, piensan en la igualdad, proclaman la igualdad, le hacen banderas a la igualdad... siempre que se reconozca la diferencia, la distinción, la clase, los derechos, el justo precio de la propiedad. ¿Cómo es que dicen? Revuelto. Eso es: revuelto. La igualdad no admite lo revuelto. ¿Por qué me habrán admitido aquí? Un duelo es un reconocimiento de igualdades. La vaca sagrada lo afirma: polvo y ceniza, por no decir gusano y mierda, cosas de expresión. Este niño debe ser ilegítimo, un hijo natural de alguno de ellos. No es la vela de un hijo de ricos. Es una vela vergonzosa, escondida, oculta. El flotante en algo tenía razón. Lo adiviné al primer instante, no más apenas entré. No me importó. ¿Por qué iba a importarme? Este mundo es un conflicto de vergüenzas. El flotante era un vergonzoso, con su buen escondite para que no se notara, un dejo descarado de yo soy yo, tengo derecho, quiero ver y saber. En el fondo la vergüenza de no ser todo, de no tener todo, de no ver y no saber todo. Flotan para atrapar con comodidad y cuando algo se les niega, lloran con alaridos de niño caprichoso. La vergüenza de estos

otros es distinta, se avergüenzan de lo que tienen cuando por ahí algo se les cuele sin marca. ¿Un hijo natural? ¡Exactamente! No pueden querer a un perro corriente, necesita ser de raza pura. ¡Pobre muchacho! Me imagino su vida escondida, con el mejor regalo entre las manos, pero sin tener con quien jugar. Está bien ahí, ya sin sentir el frío. Tengo ganas de levantarme y cerrar la ventana. La han abierto para molestarme, para hacerme ir sin palabras, en una forma elegante. Pero no, me gusta incomodar. A veces me quedo en silencio, para que mi silencio moleste. Y no hay nada más incómodo que una persona callada mientras las demás hablan y hablan. Acaba por convertirse en un crítico sangriento. Sólo se debe esperar a que el silencio se note, y cuando toma presencia los demás se sienten observados, pierden toda la naturalidad, empiezan a pesar sus propias expresiones y no es raro que acaben por marcharse o quedarse también en silencio. Tiemblo del frío. ¿No tendrán consideración? Estos señores no saben tenerla. ¿Por qué se van a detener en mi frío, si ni siquiera tienen consideración a ese pobre niño, escondido siempre hasta en la hora de su muerte? Son unos elegantes canallas. No se les puede acusar de crueldad. Se limitan a regular sus sentimientos, y cuando alguien les apunta algún defecto exclaman con la mayor naturalidad que son libres de hacer lo que se les antoja. Un hijo natural entre ellos es una gracia, mientras esté bien escondido, y como siempre andan a la caza de diversiones, cualquier cosa es buena para reírse un rato. Más adelante, se reirán

de esta vela cuando se presente la oportunidad. Quizás ahora ya se estén riendo, porque muy tristes no están, más bien parecen cavilar un poco. El que debe ser el padre, lleva un buen rato muy tranquilo. Al principio de la noche estaba un poco nervioso, hubo un momento en que creí oírlo llorar. No sé si lo hizo, el viento se cuele en esta casa con extraños sonidos. En todo caso, a mí qué me importa. Si sufren o no sufren, es cosa de ellos. Me viene flojo lo que sienten. Ésa es la forma en que devuelvo la poca importancia que dan a mis cosas, pues no les importo, no les puedo importar, ni siquiera podrían distinguirme. Cruzaré las calles junto a ellos y no me reconocerán, tal vez se coloquen a mi lado en un cine y aunque me observen detenidamente no podrán recordar dónde me conocieron. El pueblo es así, una sola cara que no se distingue, un solo cuerpo que se empuja y se maja. Ya veremos ese día, ¡quién sobrevive! Uno de ellos se va a acercar. Pretenderé no verlo y me sorprenderé con sus palabras.

—Hemos estado pensando que está usted muy incómodo aquí. La ventana la abrimos para espantar los olores. No creemos en los cuerpos embalsamados. La muerte se debe vivir... digo realizarse naturalmente. ¿No cree que estaría más cómodo en la antesala?

—Sí, señor, me parece muy bien, son ustedes muy amables.

Ahora estoy en la antesala. Me transportaron como una cosa vieja, inservible; sin embargo, con el buen tino de tomarla del brazo, de manejarla con cuidado,

demostrando así alguna consideración, fruto sin duda de la buena educación. Desde muy pequeños deben haber aprendido que lo viejo se trata con cuidado, no vaya a ser que se desintegre en el camino. A este mismo sitio deben haber traído antes al flotante, cuando le dio por hacer preguntas y se creyó detective. Dos de ellos me trajeron, ahora los tengo sentados frente a mí. Me están acompañando o cuidando que no me dé la tentación de llevarme algo de este cuarto. No cogería nada. ¿Para qué querría un pobre esas mujeres desnudas de piedra o yeso? No se puede negar que son lindas, demasiado para estarlas viendo, nada más que viendo. Las prefiero más feas, hasta viejas, pero bien dispuestas a pasar con uno un rato en la cama. ¿Y esos cuadros con paisajes o con siluetas extrañas? Esto en mi cuarto me crearía una atmósfera de desaliento, de tortura. Me basta con los dibujos que forman las goteras y la suciedad. Además, tanto libro. Estantes llenos. Deben saber mucho estos señores. Con razón tienen un acento cansado y a pesar de ser jóvenes parecen unos viejos. Eso de saber tanto, envejece. Es como tragarse años que no se han vivido y estar todo el día pensando en cosas que ya no importan, muertas y viejas. ¿Para qué sirve hablar en muchos idiomas, si de por sí es tan difícil hacerse entender en el propio? Porque nadie entiende a nadie, yo ni siquiera trato. ¡Allá cada uno con sus cosas! Sé desde muy pequeño que somos muy grandes por dentro, más que por fuera. ¿Saber uno lo que estarán pensando esos dos? Tal vez un poco en mí, pero quién

sabe. Arriba murmuraban entre ellos, con esas voces apagadas que siempre suenan a misterio y no podría alcanzar con mis oídos cada día más torpes. Los viejos vamos perdiendo los ruidos de afuera mientras crecen los de dentro. Me he sorprendido hablando solo en media calle. Esa maldita costumbre de conversarme sobre lo que veo y medio adivino. Aquí no sé en qué sitio poner los ojos. En otras ocasiones me ha pasado lo mismo. Por eso los bajo y los refugio en esta alfombra. Si me pusiera a ver las cosas que me rodean, podrían pensar que soy demasiado curioso. Me gustaría que me dejaran solo por un rato. Así podría detenerme en los adornos, en los libros, hasta podría aprender algo. También me agradaría conocer bien sus caras. No me atrevo, me parece que tengo una mirada insolente, demasiado exploradora, la curiosidad guardada se dilata, se agranda cuando puedo ver de frente. Tal vez he sido siempre un investigador ignorante de lo que me rodea, con un poco de miedo a que me descubran, pues me apasiono al mirar y me siento a punto de desdoblar las cosas, desnudarlas, encontrar todos sus secretos. Mis acompañantes son silenciosos, a lo mejor no encuentran un tema de interés para mí. Les debo parecer tan despreciable, estúpido y desprovisto de la menor inteligencia. Para ellos sólo los instruidos sienten y piensan, viven y saben por qué viven, los demás estamos siempre en la penumbra, no tenemos derecho a un lugar, menos a cierto grado de comprensión. No soy una lumbrera, pero algo he aprendido a lo largo de los años, por lo menos a conversar en si-

lencio y a explicarme tantas cosas que me han pasado y he visto que les suceden a otros. Claro que no he podido expresarme y comunicarme con una persona extraña, y fuera de mí todos los demás me son extraños, tan extraños como yo mismo. He pensado que la facultad de hablar nos la pusieron para decir lo mínimo, lo instantáneo, plantear las necesidades básicas. Pero no hay nada peor que dar una facultad y luego limitarla. Al crecer por otros lugares no visibles, se deforma y se enreda con un verdadero caudal de escondites. Las ramificaciones de mis voces no sé hasta dónde llegan, pero son sitios muy profundos. Me pregunto en dónde he aprendido a penetrar hasta tal punto en mi silencio. No sé las respuestas, pero a veces mis conversaciones superan a los mismos pensamientos y cuando no encuentran las palabras las inventan. Esos dos deben hablar mucho entre sí, aunque ahora están callados. Pero me equívoco, oigo que uno de ellos se está limpiando la garganta con una tosecita discreta. Algo me va a decir.

—Estaba pensando en algún tema de interés para conversar. Debe estar aburrido de tanto silencio.

El otro, el de los ojos claros, se sonríe con un gesto acogedor. Tiene un cuaderno entre las manos y una hoja de papel. Si fuera malicioso, pensaría que me ha estado dibujando. Me atrevo a verlos con miradas rápidas, que recojan las impresiones necesarias en un segundo. Mañana podré revivir esta escena y las de arriba con toda calma.

—Nunca me aburro, los viejos tenemos esa cualidad, lo malo es que aburrimos a los demás.

—Siempre he creído que las personas mayores se atribuyen más defectos de los que tienen. Lo hacen en una especie de coquetería, buscando la comprensión de los demás. Al calificarse tan duramente, los otros señalan sus virtudes. Es una forma de hacer visible lo que se niega, el ejemplo típico de la modestia, que desea relucir...

Este hombre habla como un maestro. Tiene una facilidad de palabra asombrosa. He levantado mis ojos hacia su cara y siento que no lo molesto al contemplarlo tan fijamente. Es delgado y joven, a pesar de sus modales lentos y envejecidos, y esa forma de decir las palabras como si toda la seguridad del mundo pesara sobre ellas. ¡Qué forma de hacer un discurso! Sigue hablando y he perdido el hilo. Bueno, le responderé cualquier cosa, o me quedaré callado con la boca abierta en señal de asombro. Estos jóvenes de ahora son increíbles, por una parte suenan poderosos, seguros, desplazadores, y sin embargo parecen asustados, ese carraspeo detrás de sus palabras, esa forma de encoger la nariz, esa manera de mover las manos. La piel de su cara parece atormentada, con una palidez corrosiva y sucia. Sus facciones son finas, pero duras, los ojos tienen algo de cuchillo. Ahora calla, seguro espera mi comentario.

—¿Usted cree eso?

—Lo mío son puros pensamientos, observaciones

que he hecho. Usted es quien puede afirmar si hay algo de cierto en ello.

—¿Yo? Soy un pobre viejo, ignorante, con una vida difícil. A mis años todo se hace duro.

—¿En qué trabaja?

Me ha preguntado el del lápiz. Ahora puedo ver sus ojos claros de frente. Unos ojos expresivos que se sorprenden un poco al encontrar mi mirada. Me siento como si hubiera descubierto algo en mí.

—Hago todo lo que es posible hacer a mi edad. Arreglo jardines, cuido casas, trabajo de guarda. Últimamente no he podido encontrar un empleo fijo. Mi única credencial es la honradez y no me dan oportunidad de probarla.

—¿Cuida casas vacías?

Cambian entre ellos una mirada. No sé por qué ahora recuerdo un día en que me golpearon con una pelota y estuve a punto de perder el sentido. Venía yo pasando tranquilamente por una plaza, cuando un grupo de muchachos, esos sin escrúpulos, apuntó al blanco de mi cabeza una bola de cuero. Como golpe fue el más duro que he recibido en mi vida. Todavía tengo miedo a pasar por algo semejante. Cuando dos se ven entre ellos para luego mirarme, espero un golpe.

—¿Qué se siente al vivir en una casa vacía?

Por lo menos no ha sido un golpe, sino una simple pregunta. Podría contestar que para mí el mundo entero es una casa vacía, pero estos señores pensarían en que igual a los otros viejos estoy disfrazándome para solicitar un poco de lástima.

—Se sienten muchas cosas, claro esto depende del tipo de casa. Las casas grandes, por ejemplo, nunca parecen del todo vacías. Las casas pequeñas resultan acogedoras al principio, pero luego lo llenan a uno de inquietudes incómodas, para recordarle que no es su sitio, es sólo un extraño entre las paredes.

He hablado mucho. Ése es el problema de los silenciosos. Se les pide una opinión y se exceden. Sin embargo, veo en sus caras una cordialidad que no había antes, los gestos de estos dos señores se han suavizado.

—Es usted un verdadero pensador.

—Más bien diría, un hombre sensible y bueno.

—Son ustedes dos muy amables. Los años enseñan mucho, también la pobreza.

El del lápiz se extiende en su asiento como si pronto se hubiera sentido muy cómodo. Estoy asombrado. No dejo de encontrarme bien y sin embargo tengo miedo de que las cosas cambien. Debo tener cuidado con mis palabras. Si me excedo o digo alguna tontería, se acabarán las atenciones. Ya tengo experiencia. Canso. Canso siempre. Hemos vuelto a quedar en silencio, pero ahora siento que el silencio de ellos me acompaña.

—¿Qué le parece este dibujo?

Me imagino que soy yo. Sentado en esta silla, con la cabeza hundida y buscando con la mirada el suelo. ¡Qué viejo estoy! Uno habla de la vejez y de los muchos años, pero se da cuenta de lo que son en realidad

cuando se encuentra con los jóvenes y ellos hacen un retrato de uno. Recuerdo que una vez me vi en una fotografía, cosa muy diferente a mirarse en un espejo. Uno hace envejecer el espejo y se acostumbra a la vejez que enseña. En una fotografía se graban las arrugas en una forma fija, hacen surcos definitivos, que no cambian ni se esconden, que no tienen un solo gesto complaciente. Ahora aquí, este señor joven me ha pintado con todos mis años a cuestas. Le tengo que decir algo, pero qué.

—El dibujo vale, lo que no vale es el modelo. No sé cómo me he podido convertir en su modelo. Soy insignificante...

Me he puesto en ridículo, coqueteando para que me digan una lisonja, como todos los viejos, como lo ha dicho ese señor. Ya di mi primer paso en falso.

—Sin duda usted ha pensado en muchas cosas, pero no se conoce a sí mismo. Es una de las personas más sugerentes que he conocido. Y vaya que lo vengo viendo desde hace rato. Allá, arriba, en el cuarto. Tiene usted una dignidad que asombra, y que representa una desventaja, pues es una especie de barrera de respeto.

No he perdido una palabra. Este joven señor es simpático, tanto como hábil en su dibujo. Sin embargo, algo se ha alterado. Arriba hay una discusión. No entiendo lo que dicen, pero las palabras suenan fuertes. El otro se ha levantado, luego de mirar con cierto entendimiento al de los ojos claros. ¿Qué puede haber pasado? ¿Un pleito? No lo creo. Me llegan frases com-

pletas. "Esto es idiota." Un manotazo afirma "Una escena, nos hemos convertido en actores baratos para un público de vagabundos". Mezclan palabras en un idioma extranjero. El tono es violento. Podría decir que se gritan. Ya ha llegado el otro. Impone silencio. "Cállense, lo van a estropear todo por una idiotez." Ahora no se oye nada. Pero el silencio dura poco, oigo que alguien se levanta y se pasea por el cuarto. El de los ojos claros me mira como si quisiera borrarle lo que he oído. Si supiera que sé la verdad. Cosas de la vergüenza, comprendo. Uno se ha atrevido a reclamar y el otro se ha encrepado. Lo que pasa siempre y en las mejores familias.

—¿Sabe usted? Estamos un poco nerviosos. Esta muerte tan violenta y dolorosa nos ha alterado mucho.

—Por mí no debe preocuparse. Puedo imaginarme perfectamente lo que son estas cosas.

Tiene una forma de mirar como si quisiera adivinar los pensamientos, sin embargo es gentil, no se atreve a preguntar directamente lo que pienso. ¡Si pudiera insinuar que lo sé todo!

—Me gustaría confiarme en usted y explicarle pormenorizadamente lo conmovidos que estamos, a la vez cansados, extenuados con este imprevisto dolor.

Alguien baja las escaleras. No me atrevo a volver la vista, podría molestar mi curiosidad. Siento los pasos que se acercan por mi espalda. Lo debo tener ya detrás de mi asiento. El de los ojos claros lo mira casi con horror y también con una mezcla de reverencia.

—¡Este Ernesto es insoportable! Preferiría que se marchara ahora mismo.

—Luis, ¡por favor, un poco de calma!

Se ha levantado y comprendo que ahora debe estar tomándole una mano o llevando la suya hasta el hombro del otro en un gesto cariñoso.

—Aquí tenemos al señor... Le he hecho este dibujo. Es un hombre muy interesante.

Disimulo. Un suave pedido de disimulo. Sus palabras deben haber estado cargadas de señales. Ahora tengo a los dos frente a mí y reconozco al padre del niño. Es un hombre pálido, con una melancolía sobre su rostro que dibuja sus facciones con un toque femenino, casi molesto.

—Gracias, buen hombre, por acompañarnos esta noche. Durante estas horas he estado pensando cómo agradecer su gesto. Quizá con...

Rebusca en su bolsillo, me va a dar dinero. Mi dignidad se rebela. Me está prácticamente despidiendo con un gesto agradecido, como lo hacen las personas gentiles cuando algo les incomoda y quieren poner el final necesario a un asunto. Ahora más que nunca necesito un gesto digno y sorpresivo, aunque me pese mañana no haber aceptado esos billetes. No... no puedo rehusarlos. Me arrepentiría el resto de mi vida. Son tantas mis necesidades. Una camisa, esta tarde la he pasado pensando cómo podría adquirir una nueva camisa blanca. Ya ésta que traigo puesta es un puro remiendo. A este hombre le tiemblan las manos, pero quizá no es un temblor, está escogiendo en su mone-

dero un billete adecuado para mí. Eso es inaceptable. Me está midiendo, valorando, consolando con un regateo. No aceptaré. Ahora dobla el billete escogido y lo va a poner en mi bolsillo. Todo para que no sepa de momento cuánto es y con cuánto me ha valorado. ¡Esa terrible mezquindad de los ricos!

—No, señor, no puedo aceptar. He estado aquí, esta noche, por mi gusto y por mi deseo de acompañarlos. No tiene usted por qué pagarme.

Le devuelvo el billete sin verlo, sin adivinar su valor. Podría tener alguna tentación de saber su monto. Es preferible pensar el resto de mis días que era pequeño, tan pequeño que no alcanzaba para la camisa blanca. Se lo devuelvo colocándolo en su bolsillo, gesto por gesto, y alzo ahora los ojos para medir su reacción. Está más pálido y verdaderamente triste.

—Le ruego comprenda que no he querido recompensar su compañía de esta noche, sino expresarle mi estimación...

Ahí lo tengo humillado, porque lo estoy obligando a guardarle agradecimiento a un pobre. El de los ojos claros me escudriña como si quisiera encontrar en la distancia que nos separa un ademán amable para romper esa casi imperceptible molestia que se ha creado.

—¿Me permite usted obsequiarle este dibujo?

Este señor se las trae, cuatro rayas que enseñan mi pobreza y mis años, un doloroso homenaje... y yo que pensaba en otras cosas, en un trabajo, o quizás en un poco de dinero dado en otra forma, aparecido dentro de la ropa como una sorpresa agradable...

—Sabe usted interpretar los deseos, es lo único que quería, pero no me hubiera atrevido a pedírselo. Acepto agradecido.

Hago un cuidadoso rollo del dibujo. Ni siquiera tengo a quien decirle que este viejo encorvado soy yo. ¿Para qué me va a servir? Tal vez para recordarme que por la boca muere el pez. ¿Quién habrá inventado esa expresión? Un pescador mientras saca el anzuelo y descubre la voracidad de su presa. Quizá, pero los pescadores no saben más que de las mañas de su cacería. Los que están cerca de los hechos, envueltos en ellos, no piensan. Esa frase debe ser de un pescador aficionado o de un contemplador del mar o de un pobre tonto como yo.

—Ahora nos conviene a todos descansar un poco. ¿Si usted me lo permite, lo puedo dejar en su casa? Afuera está mi automóvil...

Con esa fuerza de simpatía humana, tan suave y convincente, me arrastra hacia su vehículo, me abre la puerta de delante y se sienta a mi lado. Mientras maneja los aparatos para ponerlo en marcha, admiro la agilidad de sus manos y de sus rasgos. Cualquiera creería que ha olvidado lo sucedido allí dentro y ahora lleva a su anciano padre a dar un paseo.

—Conozco muy bien el barrio en que vive. De niño solía jugar por ahí.

Es casi una manía en él ser gentil. Si encontrara una palabra agradable, se la diría. Siempre me pasa lo mismo, cuando estoy frente a lo grato me hago más

torpe, más viejo, más duro. Sin embargo, tengo unas ganas infinitas de charlar y veo con espanto que se acortan las distancias pues estamos ya a cortas cuadras...

—Esta noche he podido observar muchas cosas... no crea usted que soy uno de esos tipos curiosos, que se mueren por saber hasta los últimos detalles... soy respetuoso de la vida ajena... allá cada uno con sus cosas...

Con habilidad casi ha detenido la marcha de su automóvil. Mis palabras captan su atención, pero permanece inmovible, sin sorprenderse demasiado.

—Ustedes... yo comprendo... están escondiendo al niño... quizás usted no... usted tiene otros sentimientos...

Ahora me mira, pero estamos en una esquina y puede estar vigilando si otro vehículo circula por esos caminos.

—¿Voy bien?

—Sí, es recto. Dos cuadras más.

No le ha interesado mi conversación. ¿Por qué se iba a interesar? ¿Qué le puede importar lo que piense un viejo como yo? Mira hacia adelante y ya estamos frente al sitio donde debo quedarme, para luego caminar por esos callejones en busca de mi cuarto. Ese cuarto helado, lo único que me espera.

—¿Decía usted hace unos instantes que estábamos escondiendo al niño? Quizá no lo he entendido bien, o tal vez usted quiso decir...

Se calla y su rostro se refleja casi perfecto en el vidrio del vehículo. Es apenas un muchacho. La juventud sobresale por esos rasgos llenos de seriedad. Un muchacho bien parecido, que me conmueve y no sé por qué. Esos ojos, azules, o tal vez verdes, bondadosos, suaves y sin embargo capaces de captar las cosas que están a su alrededor.

—¿Quiso usted decir...?

El pobre no encuentra cómo preguntarme directamente, ha perdido un poco de su serenidad característica.

—Es tal vez un poco tonto de mi parte, pero pensé que su amigo, el padre del muchacho. Perdón, ahora se me ocurre decirle algo que quizá lo mortificará...

—Diga usted, ¡por favor!

—Me gustaría que usted fuera mi hijo.

Ahora me mira de frente y se abre con una sonrisa. No. No es de burla. Es una corriente humana, de simpatía, de pura simpatía.

—Es el mejor elogio que he oído en mi vida. Gracias. Pero, ¿decía usted que el padre del niño?

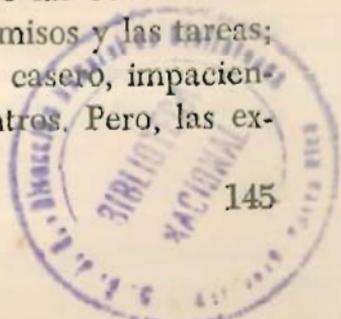
—Ah... sí... un hijo natural, una vela escondida.

El joven se reclina hacia el vidrio, como si se acercara a su propio retrato, se retuerce y se ríe con una risa violenta, descarada, molesta. Me hiere con su risa, me sacude, me lastima. Le pregunto qué pasa y no me contesta, no puede contestarme, sigue riéndose con una risa libre, que no se detiene y que se contagia. Me empiezo a reír con él. También me sacudo de risa. ¡Qué bueno es reírse de vez en cuando! ¡Hace tanto

que no río así! ¡Qué buen tipo es este joven! Pero, cuando estoy en lo mejor de mi risa, él se calla y me mira sorprendido. Una carcajada se me corta en los labios. Ya no reímos. Empiezo a dudar si nos hemos reído.

—Buenas noches.

Una lluvia repentina humedece las calles, con un brillo sucio que no refleja los edificios, los objetos y las luces. El aire se ha hecho puro y suave, molesta con un vigor frío al aspirarlo. Como un dedo helado el viento resulta un visitante impertinente, estremece, encoge, escalofría. Un plano de intimidación cruza las aceras. Los desconocidos se franquean con el tiempo y salen de sus pensamientos en busca de un consolador asentimiento. "¡Qué frío!" "Y esta lluvia inesperada." "¡Qué tiempesito!" "En esta época estos días son sorprendentes." Los recuerdos de otros tiempos perdidos en la memoria, y esta hora señalada por el viento y por la lluvia. Hoy los mendigos quisieran un día de vacaciones, y allí están más estremecidos que nunca bajo un alero. El frío los perturba de tal manera que se les olvida extender la mano, pero la fortuna les sonríe. Una persona que va, retorna algunos pasos y deja caer una moneda. Otra hace lo mismo. Y no sólo dan, sin esperar el "Dios se lo pague" están comunicativas. El "qué frío" contagia de nerviosismo las conversaciones. Caen malhayas sobre los compromisos y las tareas; la cama, el cuarto cerrado, un rincón casero, impacientan las jornadas, las citas, los encuentros. Pero, las ex-



clamaciones se convierten en un sonsonete que vence la lluvia fría, cuyo desconsuelo se levanta como un himno que se debe atender de pie y con un porte altivo. Una mezcla de contornos asustados agranda las distancias, después de haber alargado las horas pues desaparecen las diferencias entre las ocho y las nueve, entre la luz y la sombra, entre el antes y el después. Un momento largo lleno de preámbulos, pausas y nuevos preámbulos de qué frío y de qué día, se estira sin un punto de apoyo y se desploma en comentarios que intensifican vivencias y abren los sentidos en un juego inarmónico, a pesar de la unanimidad derrotista que recrudece el color sin hacer pintura. Un sol tímido se cuele en una masa ambulante de nubes grises, esas nubes cerradas de invierno que pierden tan fácilmente su plasticidad para convertirse en un torbellino masificado de corrientes amenazadoras. No logra un brillo directo, un rayo que traspase el fondo oscuro, apenas un reflejo iluminando desteñido los últimos velos grises que se abren y se tupen como si algo más arriba empujara y el viento abajo se encargara de dispersar, de romper las filas. En estos días el cielo se contrae en oscuridades y el sol parece haber perdido su camino de siempre.

—¡Juan Manuel!

Alguien lo llama y él no puede esconder la cara entre las manos, como le gustaría hacerlo, pues ha amanecido tan gris y tan frío como el día. No quiere pensar, rechazó a Carlitos, el muñeco se ha ido empequeñeciendo. Ahora acostumbra observarlo por horas

y horas sin encontrar un tema para conversar o un acontecimiento para traspasar las paredes, las calles, enfrentarse a la gente, cumplir hazañas. Es pequeño, es inútil, la fantasía se dobla con él y se calla, ya no le dice nada, el esfuerzo por topar con el sueño cada vez se le hace más difícil. Se siente vacío, inútil, desplazado. Carlitos ya no aparece como aquel su amigo. Las manos le duelen cuando lo mueve. La voz se le detiene en busca de palabras. Todo es una tontería, absurdo como dijo aquel hombre, un muñeco es lo que tiene frente a él y la sed de vivir se extiende como un secante en que los deseos se aspiran con tanta rapidez como si no los hubiera tenido nunca. Alza el cuello de su camisa, el viento juega con su pelo negro y adorna con él su frente como si fuera una niña. Aquel hombre y su conversación y su carro y sus amigos... mejor estaba solo, encerrado en sí mismo, con el poder de su fantasía y Carlitos, esperando sin saber lo que esperaba. Esa forma de hablar, esa manera de tener las respuestas en la boca, esa fuerza de saber, esa seguridad de poseer las cosas y conocer los nombres. Hasta su figura había sido traspasada, y el menor detalle de su cuerpo se convirtió en el signo que un lápiz descubría con la rapidez de su propia naturalidad. ¡Qué triste era todo aquello! Tan triste como el día, tan desolador como el frío.

—¡Juan Manuel!

Su nombre atrás, alguien lo dice, alguien lo exclama, alguien que lo sigue, lo mira y lo exprime. Apreura el paso con la impaciencia del que ha sentido

sobre sus ojos el signo roto de su propia soledad, y después descubre que él mismo lo ha ido rompiendo como una cáscara que guardaba un fruto vacío. Las voces del coro en el orfanato, se oían igual cuando él cantaba o cuando él no lo hacía. ¿Era eso la verdadera soledad? Pero alguien atrás viene diciendo su nombre, su propio nombre y lo llama a él. Cruza la calle y pequeñas gotas humedecen con un brillo grato su brazo desnudo.

—¡Juan Manuel!

Cada vez más cerca. Es a él a quien llaman, no hay duda. Quiere ser llamado, bienvenido, y teme que el momento sea un simple remedo de lo que no sabe si desea o rechaza. En el umbral es fácil todavía tener la libertad suficiente, para dar un toque de perfección al acto siguiente. Pero si vuelve la cara y se encuentra con quien lo llama, ya no podrá cambiar al personaje, ya no tendrá derecho a variar sus frases iniciales, ya no será más Juan Manuel el que camina en una mañana lluviosa.

—¡Juan Manuel!

La voz está a su espalda, a un segundo de distancia. Una mano por detrás se alza y detiene su hombro. No puede hacer nada por evitar ese encuentro, ni siquiera huir y huir desea. La lluvia es tan libre y tan triste. Nadie la puede cambiar, ni detener, menos aún variar al antojo de una circunstancia. Es siempre la plena lluvia, la lluvia igual, la lluvia sin dueño. Una mano toma la forma de su hombro y el último paso está dado. ¡No hay remedio!

—¡Caramba! He pensado si estás sordo.

Un rostro casi desconocido tiene al frente. Pero sabe su nombre y su historia, lo reconoce en la localización de los recuerdos que surgen con un orden sugere. Una ventana y la cara detrás de ella contando los árboles, las nubes, las casas lejanas, cualquier punto cerca o distante; unos zapatos rotos, una camisa que falta y sus ojos enrojecidos. Una conversación en la noche sobre un futuro que salta de punto a punto con una velocidad de tormenta. Un adiós precipitado. Su nariz abierta, que permitía ver el tono rojizo de las pequeñas venas. Su pelo melcochoso y la pobreza de sus dedos achatados, con las uñas comidas. Y los recuerdos agolpan un nombre: Sotillo. Sí, Sotillo, el de las mentiras y bravuconadas, el que hacía barcos de papel y hablaba de un padre que regresaría un día cargado de juguetes, porque no era igual a todos y sabía imaginar y sostener situaciones que seguramente no había vivido. Sí, Sotillo, el pícaro de Sotillo que se las ingeniaba para obtener el sitio más cómodo, la mejor comida y sabía librarse de exámenes y castigos.

—¡Sotillo!

Y Sotillo en un instante le enseña su camisa nueva, sus pantalones a la moda, su reloj de pulsera, su calza de oro, dos billetes y un puñado de monedas, pero también el rostro endurecido, los ojos avizores, sin piedad, las manos cansadas, unos músculos saltados, con fuerza de hombre que envejecen su cuerpo. Le dice que tiene un trabajo y se las rebusca bien, que conoce la vida y ya nadie lo engaña, que la ciudad es

grande pero él se sabe sus mañas y sus oportunidades, que la gente es igual a la del orfelinato pero con menos disimulos, que no le tiene miedo a nada.

—¿Y?

La y es el recuerdo de que debe hacer su propio inventario. ¿Cuántas mentiras habrá en el relato de Sotillo? ¿Cuántas penalidades, cuántas cosas ocultas? Contesta que ahí va, pasándola, tiene trabajo por supuesto, pero no concreta, las casas vacías deben ser una tentación para tipos como él. Sotillo se envalentona, mide la admiración que deja en Juan Manuel, entonces habla de sus proyectos, estudiará, llegará a ser alguien, a tener muchas cosas, la vida no es fácil pero él ha encontrado que todo depende del lado por donde uno se meta. Y como si sintiera la disminución de Juan Manuel, le dice que el progreso está en la ciencia, así, con el énfasis de un locutor al leer un anuncio. Luego, descubriéndose en los mismos aires le asegura que será piloto, es cosa de tiempo y voluntad, está dispuesto a sacrificarse por ser alguien. En realidad usa la misma técnica que en el orfelinato, allí deslumbraban los que se atrevían y soñaban, el hago y el seré.

—Ya verás, y entonces te podré ayudar. Un amigo no olvida a otro

Todo aprendido, todo puesto en escena, como cuando se pide alguna cosa con la promesa de acordarse siempre de la dádiva. La lluvia se mezcla entre ellos, en una forma discreta pero constante.

—Te invito a tomar algo.

Con la seguridad de sus palabras lo guía al primer

café, y resulta el cotidiano de Juan Manuel. Antonia lo mira sin atenderlos, esperando a que se acomoden y acaben alguna frase, luego se acerca y les pregunta con su pereza de siempre qué desean. La encuentra sucia y nota que su encanto ha desaparecido, ha pasado lo mismo con Carlitos. Su viejo mundo se está acabando. Trata de recordar su última sensación, quiere apegarse a sus viejos deseos de observarla detenidamente, de meterla dentro de sus sueños, de acostarse con ella, después de desvestirla con lentitud y de ir gozando con la presencia de su cuerpo desnudo. Ahora la encuentra como una pobre mujer, madre de un pobre chiquillo flaco, mal vestido y mal lavado, con la suciedad presente en los contornos de las uñas, en la nuca, costras detrás de las orejas. Ella parece sin bañarse, desagradable con ese suéter debajo del uniforme, con la boca sucia, maloliente.

—Dos cafés y dos tacos.

Sotillo ni siquiera la mira, pero le ha llamado la atención sobre dos hermosas muchachas que pasan en un vehículo cerrado, donde es sólo posible ver sus hermosos cabellos rubios, limpios y sueltos moviéndose cadenciosamente. Dice que con una así se casará, pues llegará muy alto y conocerá gente elegante, bien vestida y será feliz porque quiere ser feliz. No, Antonia no merece su atención, si la viera la encontraría horrible y vieja, no se fijaría en esos gestos que antes lo encantaron. "Todo debe haber sido un sueño, no es posible que haya sentido gusto viendo a esta mujer",

se dice esto y se aferra a las palabras de Sotillo que no ha oído completas.

—... tenían mucha razón los padres al decir “quienes quieren llegan”. Hoy comprendo la verdad de sus consejos y lo mal que aproveché las lecciones. Nunca es tarde cuando se sabe lo que se quiere. Ahora lo sé. Un hombre de provecho...

Y Sotillo fuma. Con la calma de un viejo contempló primero el cigarrillo, luego lo meció entre las palmas de su mano para golpearlo contra la mesa como si necesitara hacerle una figura. Una forma de prepararse para un rito misterioso. Juan Manuel lo observa con admiración, sin querer transparentar sus emociones, pues sabe que mucho de falso, de contemplado hay en la escena. Antonia se acerca con el servicio y su algo más se desatiende con descortesía, pero Juan Manuel está listo a capturar la imagen de sus dientes feos y de su boca pintada con unas espantosas grietas moradas. Y como si la fealdad fuera una cosa que se extiende, examina la cara de Sotillo encontrando manchas y granos, la nariz gruesa y abierta, los ojos desorbitados, las orejas saltonas, los rasgos bruscos, empedrados, con esa línea de ser otra cosa y de repente torcerse con cortes de filos ásperos.

—... pues ahora todo es diferente, aprovecho hasta el último instante, claro que estoy impaciente, pero no me va mal, el dinero no me falta ni me sobra. Pensé que era más difícil ganarse la vida...

Es feo. Antonia también es fea. Ahora se recuesta con un gesto grosero sobre un estante, esa forma de

reclinarse como si no pudiera con su propio peso. Igual de feo era aquel niño que arrastraba como si fuera una carga. Sería también feo el padre de su hijo. Era feo el establecimiento, la mesa, el cuarto en que dormiría Antonia con los ojos duros de sueño sin importarle el llanto del niño. Las tazas y el café le parecían feos.

—... estoy tan seguro de mis cosas y del futuro, que las puedo ver cerca de mí. No en balde decían los padres que se debe creer para ser y también aquello de que con un mazo dando y a Dios rogando...

Corta el humo con cada palabra y como si deseara que se grabaran habla despacio separando las sílabas. Juan Manuel escucha, atiende los ademanes, pero nota la falsedad del énfasis, la hipocresía que esconde cada frase, sobre todo el recuerdo reverente a los padres del orfelinato y sus consejos, objeto de burlas de parte de la muchachada. A fuerza de oírlos y oírlos se desgastaron, se lavaron, se hicieron babosos como las piedras de un río, no decían nada a nadie, a los propios padres les parecían necedades, por lo menos eso sentía Juan Manuel. Ahora Sotillo los alaba, los engrandece, los llena de conclusiones, para sentir su porvenir, para verse creciendo, en la misma forma en que se traga los sorbos de café y masca velozmente los pedazos de tortilla. O quizá, por qué no, ha encontrado el tema ideal de cada persona para conversar con ella, así como en las casas se extiende un mantel especial según el tipo de invitado. Juan Manuel no piensa estas cosas con claridad, las intuye apenas, dentro de la confusión

de sus sensaciones que se aglomeran con lo que respira, ve, palpa.

—... tal vez nos podríamos ver en algunas ocasiones, está bien que en aquella época no éramos muy amigos. Te confieso que llegué a creer que tenías algo raro de nacimiento, tu silencio, tu forma de ver las cosas, qué sé yo. En esos días me aburrías...

Y ahora también, pues sólo ha tenido oportunidad de oír, pero quizás únicamente quiere que lo oigan, así, con una atención distraída que se fija en las moscas encerradas dentro del mostrador, en la pareja de la otra mesa, en la fealdad de Antonia tan sorprendente pero que no acaba... el delantal tiene unas manchas de herrumbre... ahora trae los vasos de agua, derramados, sucios, unos asquerosos vasos de agua... los sirve y se fija si han acabado. Juan Manuel deja enfriar su café y no ha tocado la tortilla. Hoy tiene algo en la garganta que no le permite tragar.

—... mi primer trabajo no fue muy bueno, pero aprendí el trato con los patronos. No hay que dejarse, pero tampoco ser muy impertinente. Una mezcla al punto... ahora sí tengo algo bueno, dos cincuenta la hora... por cierto, no te importaría que hiciera una encomienda aquí no más, dos casas después...

Y ya Sotillo no está y no sabe si ha soñado con él o verdaderamente estuvo conversando inagotable, sin tregua. Ahora come solo y piensa qué pensarán aquel hombre y sus amigos de Sotillo. Lo encontrarían vulgar y feo, los asustaría un poco. Era de esos tipos que se les da la mano y se cogen el codo. Los prés-

tamos a Sotillo eran para siempre, y cuando uno se negaba a caer en la voracidad de sus deseos, entonces se volvía como un perro rabioso, alegaba derechos y hasta había que temer venganzas. No era buen sujeto, todas aquellas palabras eran falsas, no se podía cambiar tanto... y sin embargo, el crecimiento, esa forma de alargarse todos los días, de dejar algunas cosas. Allí, en la bolsa de su camisa estaba Carlitos, un muñeco, pero tenía sus ademanes humanos, nunca le había gustado Sotillo, nunca...

—¿Acabó usted?

Antonia lo mira con un gesto duro, impertinente. Ésa es su tarea, la mesa limpia y otro servicio. El sí se escurre de los labios de Juan Manuel como si llevara un escalofrío de despedida. "Debo esperar por mi amigo, hoy soy su invitado", la confianza le hace temblar por dentro igual que si la lluvia de afuera se hubiera introducido en su garganta.

—Ése... le amarró el perro... es usted un niño y esas juntas no le convienen...

¿Antonia ha dicho eso o él sólo lo imaginó? En su desconcierto cuenta las monedas, falta una pequeña para completar la cuenta. Mide una especie de ternura en ese rostro que lo mira con afecto. ¿A él? Apenas ayer eso le hubiera hecho dar vueltas y vueltas, girar hasta embriagarse. Ahora esa tibieza le es tan molesta como una burla o como un ademán indiferente.

—Así está bien, no se preocupe tanto.

Dadivosa, gentil, buena, con una corriente de afecto recoge las monedas y sin contarlas se retira respi-

rando aliviada la tensión que se desprende de él. Juan Manuel no sabe dar las gracias, ha dicho tantas en su vida. Prefiere huir, encontrarse de nuevo con la lluvia, que ahora le parece irónica y burlona. Sabe que nunca volverá a poner un pie en ese sitio y que jamás verá de nuevo a Antonia, su Antonia. Y como si ese gesto definitivo fuera también absoluto dentro de su vida, coloca con suavidad la caja donde duerme Carlitos y la deja ahí, donde el agua la suavizará poco a poco, donde alguien o muchos la pisarán, donde se irá escurriendo hacia el centro de la calle, donde la recogerá una mano anónima como un poco de basura, donde nunca más la podrá ver. ¿Por qué ha cambiado tanto? Se lo pregunta al dar un paso y encontrarse con sus pantalones cada vez más cortos. El encuentro con ese hombre, aquella conversación y la discusión con los otros. Ese mundo de palabras como un fermento que se destapa para embriagar primero y luego aturdir y después asquear. Siente una especie de mareo, como si el recuerdo lo absorbiera en un mundo diferente y ahora se tuviera que enfrentar a una pesadilla en que la gente empuja, corre, apura, habla, mira indiferente y se va convirtiendo en una barrera cerrada que no deja ver, que tapa el destino, que impacienta las esperas, que exaspera, que marea, que cansa, entonces comprende que no puede más, que nunca ha podido, que muchos gestos de su voluntad se han muerto. Apenas un niño y ya tan agobiado. ¿Cómo será después? Está a punto de cruzar una calle. La lluvia sigue insistente y ha logrado dar un brillo lustroso y reflejante al

pavimento y a los edificios que se proyectan sobre él. Por su pensamiento pasa la cara de Sotillo y su tardada encomienda, sabe que espera decirle algún día: "¿Por qué te marchaste tan pronto? Cuando regresé ya te habías ido. ¡Qué clase de amigo!" También la cara de Antonia con una ternura brusca, afeada por sus rasgos inarmónicos. El corredor helado de las mentiras. La recomendación de su patrono. El crecimiento de sus piernas y sus pantalones cortos. Pero de pronto piensa en el frío y en la lluvia. Se detiene a mirar el frío en los rostros amoratados, luego levanta la cara y pequeñas gotas la bañan como un reguero de lágrimas desordenadas.

Desde que se mencionó la muerte de Juan Manuel no soporto nada. No quiero aparecer como un sentimental idiota, pero a veces no logro conciliar el sueño. No han vuelto a hablar del asunto, sin embargo todos piensan en eso. ¿Cómo será la muerte? A lo mejor se le llevará a un sitio especial, frente al mar, y ahí estará el accidente. Una ola enorme arrebatará su cuerpo, lo consumirá, lo golpeará sin piedad contra la arena, luego lo arrastrará hacia lo profundo y con un brutal ensañamiento lo llevará de nuevo camino a las rocas. Ahí, como un inclemente asesino lo tirará una y otra vez, para despedazarlo, para hacerlo parte de la arena, pero unas aguas piadosas, entre la alta y la baja marea robarán el cuerpo y lo colocarán en una roca esbelta, llena de venas blancas y saltonas, como las del brazo de un trabajador. Y el martirio no ha terminado, no puede terminar, una hilera de mendigos, en forma de hormigas, de camarones, de zopilotes, se llevarán primero los ojos y empezará el saqueo del cuerpo, parte por parte, hasta que se asomen los huesos mundos, más blancos aún por el baño de sal y por la mecánica de las aguas subiendo y bajando. Esas aguas que se acercan con un gesto piadoso a la playa, arrastrándose

inofensivamente, y vienen a robar, a llevarse lo que pueden, aunque lo hacen con la gracia de un silencio después del estruendo de la ola, de esa mano alzada del agua, amenazante, rabiosa. Pero, no, sería demasiado trivial, hay tantos ahogados, sorprendidos en la inercia tranquila del agua, volcada sobre el monstruo de su misterio, de su profundidad, de sus anchos solares. Esos accidentes imprevistos son los que suenan más a literatura barata, a desenlace ficticio, a asesinato pleno. Y, ¿qué tal un asesino? Así, bárbaro, con la mirada fiera, con el puñal en la mano, como aparecen en las revistas, untados de sangre, manchados, con el brazo en alto, dispuestos a todo, buscadores del instante, del sitio blando, del golpe definitivo. Un robo, la casa vacía, los gritos de Juan Manuel se pierden irónicamente como un martilleo que no conmueve los muebles, ni altera los espejos, ni desvela la vigilancia inerte de las cortinas. Un suceso de página roja, esas en donde se escriben las historias que devoramos diariamente, sin siquiera conmovernos, sin que se asome una lágrima, ahí donde el robo se combina con la estafa y la estafa con un choque de vehículos y el choque con un atropello y el atropello con la historia de un hombre desconocido que cayó muerto en la calle y el muerto con el asesinato y el asesinato con el desfalco y el desfalco con el truco. Una muerte igual a las que diariamente exponen con todos sus detalles, bajo el fondo musical de violines atemorizados, los programas de televisión o los cines del vecindario. Veo la cara del ladrón, veo el cuerpo de Juan Manuel doblándose,

veo la lámpara en el suelo, la cortina rasgada, un radio que sigue sonando, la ventana abierta con un cristal roto y después el silencio de la muerte paseándose por el cuarto, sin que se note. Es demasiado teatral, demasiado sangriento. Luis no lo podría concebir. Oquendo lo encontraría violentamente decorativo. Ernesto diría que se trata de morir y punto, no de hacer un espectáculo y crear una expectación, pues eso sería anticuado, casi ridículo y busca como fin una labor detectivesca. Ayer no más objetaban el tiempo usado, ese presente que se prolonga y prolonga para crear una situación ficticia, y como de costumbre no me atendieron cuando afirmé que el presente es el único tiempo que existe porque es la esencia misma del relato, pero que los escritores han creado el pasado para darle más crédito a sus narraciones, sólo así logran dar veracidad a sus palabras. Si alguien dice en 1834, la fecha misma tiene algo de realidad y el toque se logra con un detalle de la época, en igual forma el prestigio que adquiere un mueble sólo por el hecho de los años y del uso y de su perennidad como objeto. Pero mi ejemplo no fue atendido, nunca logró comunicar mis imágenes en su justo sitio, por eso nadie ve el esfuerzo imaginativo que contienen, la gracia fresca de su creación. Prefieren las cosas en el abstracto, flotando sin poder concretarse, vacías y estériles, hurañas y huecas, puros sonidos. Adivino la fuerza del presente de Juan Manuel como una cadena cuyos eslabones tienen el poder del momento. Por lo menos nos une, ¿porque de este presente qué podemos extraer?

Nada. Si pensáramos ahora, en este instante, que esta silla en que estoy sentado contemplando mis propios pensamientos, podría pasar a un museo, nos pondríamos a reír neciamente. ¿Qué tiene de digno, de estético, de representativo? No encontraríamos calificativos de valor y crédito para hacerla trascender a un salón. Hecha en masa, en un taller cualquiera, sin que represente siquiera un oficio creador. Una silla universal, esquemática, sin más adorno que la búsqueda de su funcionalidad escueta. Los muebles de hoy no pueden aspirar a los museos, no pueden resistir el desfile de las miradas, su pobreza es redonda, completa. Y sin embargo, todas las épocas han dejado sus muebles en los museos, y no sólo los de las gentes de clase alta; también han ocupado su sitio los taburetes, las mesillas de campesinos y obreros. Una simple banca de la Edad Media tiene su lugar de honor en cualquier recinto. La trascendencia de esta silla no puede llegar más que a una reparación o a su transformación en desecho. Sin embargo, vamos como todos los siglos hacia un nuevo siglo, nos comerán los años igual que a los demás, seremos también viejos en historia. Alguna de estas sillas irá a un museo. Uno de estos relojes, comprados en un gran almacén en cuya bodega se guardan miles del mismo modelo, se colocará en una vitrina. Tal vez los años les den un toque de humanidad y alguien diga fueron hombres que quisieron cosas iguales, baratas, para romperlas y volver a adquirir las mismas, o afirmará que nos llegamos a abastecer a tal punto que perdimos el gusto y nos daban lo

mismo los objetos, por eso se exhibirán en vitrinas como cosas sin sentido, tan absurdas como los hombres que las usaban y adquirirían. Pero si algunos de nosotros pensáramos en que nuestras pertenencias irán a colocarse un día futuro a un museo, refinaríamos los objetos, dejaríamos de perseguir la finalidad de su uso para pensar en el perfeccionamiento de sus líneas y el modernismo estrambótico de sus funciones. Es mejor no pensar en eso y seguir abasteciéndonos en las bodegas de las mercaderías en tránsito. El presente es la continuación de una cadena, no hay duda, sin conciencia del primer eslabón, sin contemplación del último. Luis intuye eso, pero no lo comprende del todo. En los últimos días lo he visto cansado, el llevar la muerte de Juan Manuel a cuestras no es cosa fácil, a mí por lo menos me perturba y me angustia. Se ha rehuido el tema, a Oquendo no se le ha ocurrido dibujarlo muerto. ¡Qué extraño! La temática de la muerte es constante en los cuentos, versos, novelas, también en la música, pero en la pintura y en la escultura se rehúye, salvo —y mi memoria valga— los casos de El Greco, Goya y Breughel el joven. La muerte en sí es tan definitiva que no tiene color, el punto final como una ventana abierta para que el viento barra, sacuda, desordene y por algún rincón se asome la nueva vida. Además, los pintores y los escultores han hecho su oficio a través de la muerte, o sea de los que quedan vivos y encargan retratos de los parientes o algún angelito para la sepultura. Por cierto, que a lo mejor a Luis se le ocurre la necesidad de una tumba para

Juan Manuel y entonces Oquendo, con esa costumbre que tiene de repetir y alargar sus ocurrencias, diseñará una tumba muy original y nos veremos los cuatro conversando con el administrador para comprar la fosa de un muerto sin cuerpo, o a lo mejor también lo tenemos porque a Oquendo se le puede ocurrir hacer una escultura, y no es necesaria tanta cosa, porque perfectamente se puede simular un entierro sin cadáver. Al fin y al cabo eso es cosa de contrato y de negocio. Al empresario de funerarias no le importa que haya o no haya muerto, con tal de que alguien pague el servicio. Esta silla en un museo, ¡qué ocurrencial! En el de Nueva York, con un juego de luces sobre ella. Un salón pequeño y en el centro de una plataforma circular la silla, con un rótulo "se usaba en 1968". Se podría agregar que en ella se sentaban los vagabundos que buscaban ejemplos en un pajar de palabras sin sentido, cuando no se entretenían en jugar con muñecos contruidos con las esperanzas de creación en un mundo que no se cansaba de producir series y series de objetos y la población era tanta y tan bulliosa que la soledad parecía un ruido por donde desfilaban retratos de las mismas cosas danzando en la punta de los dedos. Pero Juan Manuel morirá, ya eso se ha dicho, se ha proclamado, se ha convertido en una necesidad. Ahora pienso que ningún animal prepara su propia sepultura, al contrario la abandona, como los caracoles vacíos que arrastran las corrientes y cunden las playas. Los hombres son más ordenados, organizan un cementerio para dejar sus esqueletos. Se

me ocurre que Ernesto calificaría esa planificada hilera de sepulturas, como uno de los actos más vanos de los hombres, le gustaría amontonar los huesos por generaciones en una gran pira y luego prenderles fuego, después de un gran discurso sobre la tragedia de la energía y el tiempo, el corto vuelo con unas grandes alas. Es capaz de quemar con los huesos, los muebles, los vestidos, los relojes de esos hombres, y decir que se acaben los museos, las bibliotecas, las historias, para darle oportunidad a los años futuros de tener algo nuevo, algo sano para alguien sano y nuevo. Sueña con un mundo en que no se nazca viejo, con olor fenicio, etrusco, griego, con la mente volcada hacia un oriente misterioso, una Europa culta, una Norteamérica potente y la mano lista para calcar poses. Y en esto de muebles, pienso que ahora todos los elegantes, los de buen gusto, los de posibilidades económicas, recurren a los antiguos para adornar sus casas y sus oficinas, y si no logran los legítimos pues a las copias fáciles, que nuestra época es una gran copista. Ernesto tiene razón, estamos enfermos de vejez y por eso recurrimos a buscar en los siglos pasados las originalidades de éste. ¿Qué más antiguo que el afán de propiedad? Rapiña y coloniaje en el plano internacional, ya sea con el mote de cultura o con la bandera de desarrollo económico; en lo personal, con el nombre de registro y de colección, patente de invención con sus mil títulos. Cuando pienso en estas cosas, comprendo más claro que Juan Manuel es intrascendente, no tiene raíz social, no está acorde con el movimiento del mundo, con el plan-

teamiento de los problemas que se debaten, con la realidad de este hombre que nace y muere como una cifra que se borra en una contabilidad invisible donde no se suma ni se resta, menos se afirma la multiplicidad de lo humano. No se puede vivir de esa manera en el momento actual, hay que definirse, pensar en el pueblo y hacer algo por él. Claro que a sus años es exigirle demasiado, pero puede vivir un poco más y emprender una labor socialista o comunista, por lo menos decir lo que piensa y actuar en alguna forma. Eso de vivir concretamente ya no tiene sentido, y lo que es peor carece de utilidad. Juan Manuel no puede pasar mirando cómo crecen sus uñas o jugando su vida con un muñeco. La época es crucial y necesita hombres definidos, apóstoles con nuevos caminos, personas con palabras originales, y especialmente conciencia de esta sociedad que tropieza con el montón de cosas que tenemos encima: muebles, cuadros, libros, floreros, cartas, papel, paredes, edificios, muros, calles y casas cerradas, y personas que son peores que los objetos, más mudas, más insensibles, encerradas en lo propio y lo propio un aro extendido por el egoísmo. Juan Manuel no sirve, no puede servir, se ha convertido en un objeto que debe romperse para que se acabe, como un adorno. ¿Qué significado puede tener en esta época? Ni siquiera alcanzará un lugar en un museo, representa más esta silla, tiene más contenido, es más humana porque sirve a los humanos, tiene un fin y una utilidad. Pero, un muchacho que anda por las calles sin otro motivo que andar y andar, como si estuviera

hostigado por un deseo de encontrarse porque no es y no puede ser, es algo tan vacío y simplón como una hormiga sin hormiguero o una paloma sin pareja o lo que es peor una escultura de ciervo en un campo por donde corre libremente el animal. La humanidad es por esencia silenciosa, tanto que ya a doce metros de altura no se siente la bulla, salvo las violentas que producen las detestables máquinas. Cuando se dice una palabra debe tener un fin obvio, y es el de contrastar el silencio. Los hombres nos especializamos en los contrastes. Como no adquirimos sentido en la vida, porque eso es básicamente un mito, necesitamos que los dé papel, los de fantasía, lo tengan y así den un mensaje. Los contrastes dominan la humanidad. A nadie se le ocurre poner sobre una sepultura un esqueleto, y eso es lo más representativo de la muerte. El esqueleto queda adentro, bien guardado, arriba colocamos un ángel lleno de vida, una corona de flores, una mano, un niño en actitud de plegaria. Juan Manuel no puede caminar así al azar, necesitar pensar en algo nuevo que conmueva a los hombres, tener un sentido, lograr una acción, si no quedará como un simple papel sin un gesto en que valga la pena detenerse, gastar los ojos y volver a mirarlo. Pasa como tanta gente por una calle, por una esquina, sin poseer el secreto que despierta curiosidades y pasión, sin que pueda detener a otro y lograr que lo siga, sin que irradie, un simple ser desteñido. ¿Para qué entonces pensar en su muerte si no ha merecido siquiera vivir? ¡Si pudiera convencerlos! Algo así como un suicidio. Ésa es por

lo menos una muerte digna. Quizás el mismo Juan Manuel no la quiera y alegue que no tiene fundamento para suicidarse. Por supuesto que tendría razón, no ha vivido por voluntad propia. Pero, ¿es qué alguien vive por su propia voluntad? ¿El acto de nacer no es de por sí lo más arbitrario que existe en el mundo? En determinada casa, con determinados padres, por determinadas influencias, bajo determinadas herencias. El suicidio tendría muchas ventajas, por ejemplo el hecho de que a su edad tomara esa decisión y la conciencia social de que no quiere vivir en este tiempo y en esta sociedad, pues reconoce como base fundamental un destino que no lo llena ni le dará nada con un final tan conocido como cierto. Es cuestión de adelantar el tiempo como sólo un joven lo podría hacer. ¡Si los pudiera convencer! Luis se resistiría porque a él no se le ha ocurrido y su negativa traería un discurso sobre la imposibilidad de alterar la naturalidad de la vida, que diría es una simple ida a la nada, violentada a veces por el exorcismo de la muerte. Oquendo me miraría despacio, como si yo fuera un dibujo arbitrario y no tuviera ninguna lógica, pero tal vez encuentre alguna razón en mis ideas y entonces su silencio envuelva la negativa del desprecio. Siento que me desprecia más cuando encuentra algo bueno en mí. No tengo la culpa de que Luis me prefiera algunas veces, sobre todo cuando tiene algún problema o una nueva idea. Y, ¿Ernesto? Ése no admitirá la posibilidad, se reirá diciendo que es el final caótico de un ser sin pies ni cabeza, que no puede adquirir de un día para

otro la conciencia plena de la vida, con que se muera basta y sobra, y lo dirá como quien dobla una página sin leerla, por el placer de acabar con ella, de ocultarla, de restarla a la fuerza del libro. Francamente no me atrevería a proponerlo, a lo mejor no tiene el toque necesario de veracidad, habría que cambiarlo todo y desde el principio impulsar el dolor de la vida, la conciencia de la miseria propia y ajena. Por cierto, si se adquiere esa conciencia es con la vida ajena, porque casi nadie acepta ser miserable, no podría darse una existencia con ese peso encima, estallaría el corazón. ¡Soy un miserable! ¡qué terrible confesión! Me estremezco, me escalofrió. Dicha a sabiduría, no a pretexto, resulta el más patético vómito. Es el reconocimiento de estar muerto en vida. Nadie llega a esos extremos, salvo en la literatura. Juan Manuel lo podría hacer, pero necesita otro creador, con más fuerza, con más patetismo, uno casi diabólico que supiera sacrificar la vida, distorsionarla, convertirla en algo monstruoso, todo con un aire convincente, como el del que se atreve a abrir un cuerpo sin ser médico, una especie de asesino escribiente. Estoy pensando demasiado en esta silla, quizás algún día tenga su lugar en un museo y sea más digna que yo. Ya lo es, ¿por qué no? Ha sido hecha con un propósito deliberado y cumple su función. En cambio yo, no sé ni lo que soy ni lo que quiero y acabaré en un cementerio con un ángel arriba mientras la silla peregrinará en su propia esencia, sin tener jamás noticia de las angustias de su primer dueño. ¡Basta de tonterías! Debo hacer algo hoy,

no está bien que pase el día como si fuera únicamente la señal de un almanaque que con facilidad se tacha. No señor, basta de vagabundeos con el alma de Juan Manuel y que se muera como le dé la gana a Luis. Y, ¿por qué no una enfermedad? La tortura de los síntomas, el temor a los hospitales, el vía crucis de los tratamientos, la pérdida lenta de las fuerzas, la presencia de la muerte, la meditación que vendría de la vida... y tal vez ahí la conciencia solidaria con la humanidad, por lo menos el grito lastimoso ante tanta desgracia y la protesta por la mala distribución de los bienes. Despacio, muy despacio, casi como un síntoma, el crecimiento espiritual. Sé que dirán: la muerte por enfermedad es muy poco dramática, no hay más remedio que aceptarla sin la menor protesta, tiene un signo de destino, de cosa rotunda. No dejan de tener razón, ¿qué se puede hacer ante un corazón enfermo o ante un cáncer? Dejarse morir y punto. Tantas muertes iguales lavan la conciencia de la muerte. Querrán algo más conmovedor, por supuesto. Además, Luis está apurado de tiempo, quiere acabar, Juan Manuel le pesa y aunque lo inflama ya lo tiene frente al callejón oscuro de la muerte. No lo puede llevar a otro paso, ni siquiera al mismo con un compás lento. Debe ser ya, rápido. La fuerza se le acaba... Ayer en la tarde vi algo raro en su cara, una especie de cansancio que me perturbó. Ahí en su frente estaba la muerte, lo sé, también el cómo y el cuándo, el momento preciso. Estuvo silencioso al doblar sus páginas, como si el cansancio también se hubiera tragado sus palabras.

También se puede pensar que tiene muy cerca el cuerpo entero de Juan Manuel y conoce la impotencia de sus músculos y de sus palabras, todas las imperfecciones que contiene y la trascendencia chata de sus aspiraciones. Derrotado, eso es, casi lastimosamente derrotado. Claro, sin dar su brazo a torcer, sin admitir vacilaciones, dispuesto a defender el más simple adjetivo como una fiera. Sin embargo, si me hubiera animado a tocar su pulso lo sabría de fijo leve, casi imperceptible, y si me hubiera acercado habría visto sus pupilas dilatadas. Pero, esos gestos de intimidad... no están permitidos. Oquendo vigila, Ernesto balancea las demostraciones. Ahora comprendo, estamos medidos por nosotros mismos y damos el poco que nos dan o creemos recibir así como los regateadores en el mercado. Alguien podría decir que somos amigos íntimos. ¿Por qué íntimos? ¿Porque nos vemos todos los días y nos llamamos varias veces por teléfono? ¿Porque salimos juntos y nos prestamos libros y a veces también el automóvil? Todo falso, todo puesto en su sitio, todo medido. La intimidad es pura apariencia. En el fondo nos conocemos en el tanto que damos. Actúo como actúa el otro y busco no excederme para evitar el paronazo. Ése es el gran ligamen, la medida correcta y nada más. ¿Qué sé de las intimidades de Luis? Conozco a sus padres, con la promiscuidad propia de esta pequeña ciudad llego hasta su quinto apellido y sé de sus parientes y del origen de sus rentas y del estado de sus negocios y punto. Aunque tal vez hay algo más, pues conozco algunas de las marcas favoritas de sus

objetos, la colonia, los cigarrillos, las camisas, la dirección de su sastre. Por cierto es económico, podría gastar más y darse algunos lujos. También sé lo que ha leído y sobre lo que inventa opiniones. Esa forma de fanfarronear con citas de revistas, ese toque de oídas que usa en algunas de sus expresiones. Intimidación no la hay, y tampoco existe con Oquendo, que es su más viejo amigo, creo compañeros de escuela. Es reservado aunque a veces se excede en los laberintos del pensamiento y dice más de lo que pensaba decir, entonces se encoge como si al angustiarse fuera posible esconder de nuevo lo mostrado. Y, ¿por qué ese miedo a la intimidad? No lo sé, pero yo también lo tengo. Eso de confiarse son palabras mayores, y cuando se trata de darse ya hay un paso definitivo que no todos estamos dispuestos a caminar. Se puede uno quedar colgado de una brocha inexistente. Es tan fácil sentarse a que lo devoren. En realidad sólo se abren y desnudan los que tienen el secreto de desdoblarse, dejar parte del cuerpo y del alma en un sitio oscuro y entonces enganar con un *strip-tease*. Así lo hacen los grandes confesores, los que reconocen públicamente sus pecados y sus consecuencias, pero en el fondo, subterránea y escondida, está la conciencia de que son diferentes. Su única angustia es que ganan un reconocimiento que no llega a esa parte oscura, guardada con tanto cuidado. Se vuelven cínicos y poco a poco se entierran más y más hasta que un día no salen ya a flote. No se debe jugar con la oscuridad, es una trampa que consume cuando uno menos lo piensa. A veces tengo mie-

do de que nos pase lo mismo, porque hablamos y hablamos sin decir francamente lo que tenemos dentro, y vamos escondiendo más de lo que damos. Juan Manuel se ha convertido poco a poco en una brecha que nos ha revelado mucho. No sé si todos lo ven. En ocasiones nos une, nos da conciencia de grupo, nos vuelve colectivos, pero estamos unidos con una goma falsa, porque Juan Manuel es algo diferente para cada uno. Para Oquendo está claro el asunto, un pretexto de ligarse más a Luis, de probarle su amistad, ¿pero cuando se acabe, cuando muera, cuando esté escrito el punto final? No lo sé. Según entiendo éste es el primer Juan Manuel, pero habrá otros, no hay duda de que habrá otros. La imaginación tiene la forma de una yerba ambiciosa que se pone a imitar los rosales. Valga el ejemplo, tanto como la intención. Los dibujos de Oquendo parecerán remedos, no tendrán sabor, ni época, porque Juan Manuel ante el nuevo será insignificante, risible, con ese simple poderío que tiene la novedad. Entonces se doblará ante una página blanca y tal vez encuentre algo, una sonrisa, una cara, una mano, un paisaje, un gesto. Pero, ése también morirá, necesita morir para saberse que ha vivido, ya eso es una premisa. Oquendo volverá sobre el papel y así hasta decir basta, basta en un grito inmenso que romperá las ventanas o se irá en silencio con su tristeza bajo el brazo como una hoja de papel en que se dibuja su rostro fatigado, huérfano. Ese mismo día me marcharé detrás de él, lo alcanzaré en un pasillo, le extenderé la mano, lloraré un rato en su hombro si me deja,

no me importará que no seamos íntimos. Estoy en el grupo por Oquendo, únicamente por él, y quisiera tener oportunidad de decirlo. Es el más humano, el mejor de nosotros, el más valiente y el único creador del grupo, un verdadero hombre. No sé cómo se ha perdido detrás de Luis. Es casi incomprensible esa alianza estrangulante. Y no hay forma de romperla. Sin embargo, Luis es buena persona, dentro de lo relativo de la relatividad, por lo menos no es tan molesto como Ernesto, el tipo más insoportable que conozco. Lo que no puedo comprender es cómo Oquendo lo admira, después de Luis y siempre que coincida con su criterio, todos los créditos se los concede a Ernesto, y yo... ¡al diablo! Algún día tendré oportunidad de demostrar lo que soy y lo que valgo, esperaré con la persistencia de una gota de agua, lo malo es que el persistir no agota el propósito pero sí lo deseado. No sé si Oquendo me podrá aguantar. Ahora, Juan Manuel no ha logrado más que unirnos superficialmente en gestos complacientes, casi agotados de esperar y de anhelar otra cosa, dispuestos a llegar hasta donde sea necesario para poner el punto final, gordo, lleno de tinta. No voy a discutir su muerte, la voy a aceptar en cualquier forma, la aplaudiré, la proclamaré como la más real, la mejor, la justa, la creíble, sacaré la más convincente lista de mis adjetivos. Luego, ya veré con los otros Juan Manueles que aparezcan, es cosa de darles la bienvenida sin mucho entusiasmo y esperar la curva descendente de sus vidas, la tragedia de la energía y el tiempo cumpliéndose como un hábito vicio-

so... Estoy hecho un vagabundo y la silla es buena, merece pasar a un museo, se puede dormir y pensar cómodamente, es la mejor adquisición que he hecho en los últimos tiempos y bien que me hacía falta. Un buen sitio para contemplar el jardín y dejar el pensamiento que fluya sin ningún freno. ¿Freno? Eso es. Ya di con la muerte de Juan Manuel. Una calle y él camina, quizá por otro sitio circula un vehículo inconsciente a la hora y el espacio en que... ¿Cómo no lo había pensado antes? Luis manejará bien el asunto. Por un lado Juan Manuel, como de costumbre, en su recorrido por las calles, quizás un poco distraído. La fuerza bruta, impensada por el otro lado. Quizás el mismo Luis conduzca el carro. La ciudad estará dibujada en dos planos, en dos tiempos, para juntarse en un solo hecho. ¡Si casi lo insinúa en las últimas páginas! ¡Qué bruto soy! ¡Qué torpe! Todo el día pensando en una cosa ya dada, ya establecida, inflexible como el repique de un reloj, como las campanadas de la iglesia, como la sincronización de un movimiento. Quizás el hombre vacile en el último momento, recuerde un encargo en otro sitio, pero decida olvidarlo y continuar al encuentro con Juan Manuel, el pobre Juan Manuel tan mal construido, tan débil. Y ahí el punto fijo, la escena, descuidada como un charral, y ahí el encuentro, la máquina y el niño. Luis verá la trayectoria, la seguirá como ese juego en que se une una línea entre muchos números en un embrollo de figuras, del que puede resultar un dibujo. La casualidad, el accidente, la muerte. Debo ser el último en

comprenderlo, ya Oquendo debe tener listos los dibujos, pero no dirá nada, fingirá estar sorprendido del acierto. Ernesto para no quedarse atrás, alabará el suceso, simple y definitivo, audaz y filosófico, la fuerza bruta y el reducible hecho humano. Ya oigo las palabras, me oigo a mí mismo. Moderno, violento, sanguíneo, derramante... Pobre Juan Manuel, le tenía cariño. Quizá vale más que esta silla... es cosa de ver las situaciones desde otro punto de vista. Sí, exactamente. Me voy a levantar y voy a caminar un rato. Tal vez así...

Ahora la ventana está cerrada y ya no hay frío en el cuarto, pero parece más angosto, casi estrecho con la cama larga, cubierta por una sábana blanca. Los cuatro hombres acomodaron las sillas en un semicírculo, abierto hacia el centro del cuarto, como si quisieran reverenciar el cuerpo presente o vigilar la forma lánguida en que flamean las velas. Perfectamente distribuida, en medio del espacio en que se colocaron las sillas, una mesa de patas cortas extiende generosa unos paquetes de cigarrillos abiertos, varias tazas de café, de un color claro que contrasta en su fondo con el líquido oscuro y brillante, una cafetera, el recipiente del azúcar, dos ceniceros y unas hojas manuscritas, tan ajadas que rompen la uniformidad lisa de los muebles. Tal vez una luz más fuerte encontraría ceniza regada en la mesa y en la alfombra, y una colilla mal puesta que ha rodado indiscreta por las tablas. Un detallista podría describir el cuarto con la luminosidad de una acuarela, agitada en la penumbra por la luz oscilante de las velas. Compuesto el momento, un momento quieto, por cuatro hombres que velan y un cuerpo que reposa. Allá una cama de caoba, con altos parales,

por acá un grupo de espectadores ceremoniosos, un poco inquietos y desconcertados por la seriedad del instante. Es tan difícil permanecer inmóvil, la acuarela con la rapidez de su captación asoma un ojo, ése del que ve el cuadro y descubre una sonrisa, tal vez una mueca o simplemente un gesto indescifrable. Después una mano que juega, quizás un poco nerviosa, con un papel que acabará arrugado en el puño o lanzado al espacio como una bola blanca y rodante por el silencio del cuarto. Y así penetrando por aquí y por allá, deteniéndose en cada uno de los rostros, atravesando la estancia de puntillas, llegando hasta el borde de ese momento que no existe y pudo existir, las voces empiezan a despertarse sin preguntar en dónde se está.

—Lo sucedido esta noche deshiela la experiencia, y no es cosa para reírse. Esto pudo resultar en una tragedia, con la policía... y qué sé yo. Dos tipos casi dan con la pista. Un paso en falso y al traste. Nos salvó la sangre fría.

—Pues hubiera sido espectacular e inolvidable la llegada de la policía, por cierto mejor llamarla guardia civil, como en los versos de García Lorca. Una oportunidad única para contestar “aquí pasó lo de siempre, han muerto cuatro romanos y cinco cartagineses”.

—¡Qué ganas de hacer poesía a esta altura! Con mi cansancio y el frío no puedo hilar una frase.

—Nadie está aquí a la fuerza.

—Lo sé. Estoy exagerando un poco. Es una for-

ma de defenderme cuando no puedo hacer citas con el mismo tono y acierto.

—Y pensar que los dos tipos tenían mal olfato, a pesar de ser perros cazadores. ¡Es el colmo! Una vela para un hijo natural, bien escondida. No pude detener la risa, y lo mejor fue que lo contagié. Una escena digna de Shakespeare, acabamos llorosos y buenos amigos como en cualquier cuento ruso. Desbordando el propio borde, completamente embriagados en la lujuria de una opinión.

—Pero, el otro era más listo, no cabe duda, todavía al salir tuvo el aplomo de confirmar su sensación de engaño.

—Era más vulgar, eso es todo, pero hiciste bien en condimentar el misterio que presentía, un lenguaje sugestivo es el mejor remedio para los presentimientos. Si te hubieras negado, de seguro estaríamos ahora discutiendo con las autoridades.

—También es que todo ha sido sospechoso, no organizamos bien el acto, pero sí hemos adquirido experiencia para otra ocasión.

—¿Otra ocasión? No creo que el cuerpo aguante tanto. He pasado por verdaderas tensiones. Eso de compartir con desconocidos es cosa seria. Ya han visto las sorpresas de esta noche.

—En eso mismo he estado pensando. No fue buena la idea de llamar a esos extraños, sentarlos aquí...

—Sus reacciones han sido lo más interesante de la noche.

—No. Hemos perdido toda reverencia, hemos juga-

do brutalmente con Juan Manuel y no hay derecho. Nos hemos puesto trajes de comedia encima de estas ropas... no estoy de acuerdo con mi papel de bufón.

—No habíamos pensado en la posibilidad de que se pudiera traslucir algo.

—Desde que entró el primer extraño, empezamos a fingir, y no era para menos, teníamos que dar a la vela un toque de realismo casi forzado, ya no era el dolor de Juan Manuel ni la sensación de su muerte, era básicamente la necesidad de transmitir a los demás el toque ceremonial de este acontecimiento.

—¿Acontecimiento? Pues sí, nos hemos puesto a jugar a los acontecimientos como lo hacía Juan Manuel. Al principio no me molestaron los espectadores, hasta los creí necesarios y aumentaron en cierta forma las propias percepciones que buscaba. Pero, después, cuando se hicieron detectives, preguntones... bueno, desde ese momento se perdió el equilibrio, nos sentimos observados, bajo sospecha... y reaccionamos como simples comediantes. Ahora comprendo, no somos teatrales, nos hacen teatrales por exceso de vigilancia o por carencia de atención.

—Ya podemos decir: ¡al fin solos!

—No somos ningún matrimonio, ni parejas de amantes perseguidos. La soledad es un estado...

—¡Por favor! Dejemos hoy en paz las teorías, que descansen como Juan Manuel y chao.

—¿Qué hacemos ahora? La validez de la interrupción es que desconcierta completamente.

—Podemos volver a empezar. Es cosa de concentración. Cada uno en silencio y pensando...

La rapidez de la acuarela se inmoviliza, se ha perseguido el movimiento, se alcanza la velocidad de un gesto apenas insinuado, se culmina la continuación del momento... pero acaba ahí con el comienzo de las voces, porque lo demás está fuera del cuadro. Pero la acuarela, al cristalizar en algo susceptible al rompimiento, da un bajo relieve en que se vuelven a mover los seres y los objetos, excepto el cuerpo debajo de la sábana blanca. El perfil de las figuras está a punto de caminar, pues los ojos están fijos en una sola cara y esa cara contiene la impresión de estar en el momento previo de confiar un relato.

—Ahora sé muchas cosas, tantas que me es difícil ponerlas en orden. Podría empezar con este sentimiento de encontrarme en el fondo de un pozo y no saber por qué estoy ahí. La oscuridad es una costumbre y dentro de ella surgen luces, falsas luces que son como imanes para andar en lo oscuro sin tropezar. La verdadera luz, la que respondería con certeza, es una pregunta sin respuesta. Pero, ésa es una simple sensación que ni sostiene ni hace caer, el problema empieza en otra parte... Está aquí en mi cuerpo, está allá con Juan Manuel. ¿Por qué tenía que ser él? ¿Por qué tenía que ser yo? ¿Cuál es la relación entre ambos? Me desdoble para comprender, pero me introduzco en un círculo de espejos, donde sin verse sólo hay una prolongación inconclusa de ojos, manos, bocas y el aprendizaje infinito de los gestos y de los contornos.

¿Cómo empezó esto? En el principio está la arbitrariedad de todo. Recuerdo que surgió como parte de un sueño. No estaba seguro de estar completamente despierto; Juan Manuel llegó con su muñeco ambulante, los oí hablar sin saber cómo estaban ahí, sin siquiera preocuparme por ello. Es tan fácil encontrar explicaciones y pretextos para seguir soñando. Nada más que un poco de consentimiento y basta. Entonces comprendí mi soledad. En aquel momento se cayeron los libros del estante, como trastos inútiles. La verdadera historia era la de uno mismo creciendo en la penumbra. Juan Manuel era yo mismo, la rebeldía de lo construido que buscaba una ventana para escapar y empezar de nuevo. ¿Lo comprenden? Solo, desamparado, sin protecciones, un comienzo por la calle con ojos nuevos, un anhelo de alegrías en la sensación plena de la vida, un acto pleno de sensualidad regocijándose en el hecho de ser libre, fuerte, alto. ¿Lo comprenden? Yo apenas estoy entrando en las palabras que empiezan a explicar tantas cosas. No sé si soy válido, si poseo poderes extraordinarios, si puedo encontrar la luz, si tengo entre mis manos un juego de vida y muerte. Ya ni siquiera me interesa eso. ¿Saben cuál es mi tragedia? Nunca encontré nada fuera de mí mismo. Mi infancia fue una labor estrujante de construirme, bajo la mirada fiera de las perspectivas que adivinaban en mí. No he podido ser original, el carácter del abuelo, las manías de mi padre, los insomnios de mi tío, el asma de mi otro abuelo, la terquedad de mi madre, la ambición de mi nombre, el destino de una familia

acomodada, bien dispuesta a seguir organizando un porvenir de nuevas generaciones comedidas, prácticas, risueñas, aparentemente aceptables, y —¿por qué no?— tal vez crecer un poco sobre el principio más importante: seguir. Juan Manuel fue un retroceso al origen, un nuevo nacimiento. Cada uno de ustedes está atrincherado dentro de sus propios pensamientos. Siempre lo he sabido; es más, he tratado de adivinar lo que esconden con tanto cuidado. ¡No se preocupen!... Algunas veces el hielo y otras el fuego, como es la costumbre. Todo pende de la afirmación y de la negación. Es como el ritmo del respirar. No importa lo que hayan pensado, lo que hayan sentido. Juan Manuel también es alguien para ustedes, por eso están aquí velándolo, presintiéndolo, aunque hasta el último momento esté viva la inquietud de su forma y de su fondo. ¡Qué mezquinos somos! Yo también lo he sido, aun sabiendo que es parte mía, profunda corriente de la impotencia que vibra en cada uno de mis gestos, señal de mi inutilidad como ser humano, signo de mi terrible carga pasional dentro de un cuerpo febrilmente frío. Me puse a medir sus dimensiones, calculé sus pasos, busqué deslumbrar con sus maniobras, hasta pedí para él ese sentimiento de lástima, que hubiera considerado para mí tan humillante. Ahí está Juan Manuel, aquí lo tenemos, les pido nada más que lo miren con el respeto de un ser humano.

El gris piedra del bajo relieve al adquirir la profundidad de una confesión, al descorrer las cortinas íntimas de un relato, se constriñe en un resquebraja-

miento seco que lo hace aparecer como un óleo antiguo, tan oscuro que exige adivinar entre las sombras el contenido de la pintura. Puede haber un hombre solo o muchos, en la oscuridad cabe todo, desde la huella más íntima hasta la violencia de algo que se derrama. Por las grietas están los mismos ojos, siempre mirando.

—Me siento cansado. Quizás el tiempo se haya vencido y todavía persistamos aquí en busca de un signo para que el amanecer inicie su tarea despertadora.

—No. Estamos porque hemos llegado y seguiremos porque debemos seguir. Nunca me he sentido tan unido a ustedes. Los signos de la luz y del amanecer están con nosotros.

—Lo que has dicho tiene un toque de oración.

—Es una plegaria.

—¿Se ha dormido, Ernesto?

—No, los estaba oyendo con los ojos cerrados. Nunca he sido místico, pero en este momento... qué sé yo... tenía la sensación de que en este cuarto no hay cuerpos y sí almas.

Uno de los hombres se levanta y camina, el viejo óleo acaba por resquebrajar su contenido como si los pasos estuvieran horadando sus manchas oscuras. Un rayo de luz, tenue y casi tímido, rasga la cortina.

—Uno de ellos dijo que deberíamos rezar.

—¿Rezar?

—En las velas se acostumbra.

—¿Otro acto de teatralidad?

—¡No! El pasaje que se necesita en las despedidas.

—Como las flores en los andenes, como el libro en los aviones, como el “te vaya bien” en las calles...

—Como el adiós doloroso a los que se van.

—Sí... buen viaje...

—Adiós, Juan Manuel...

—Adiós a mí mismo, a mi fracaso, a mi torpeza...

Una luz vaga, difusa, sin fuerza, se diluye en el cuarto. Aparecen las manos crispadas y nerviosas. El ojo sin marco se confunde con las cortinas de humo, con las hojas ajadas, con los ceniceros repletos de colillas. Ve con la rapidez de una acuarela que empieza a detenerse para sumergirse en un detalle, encuentra el pulido a punto de temblar de un bajo relieve y cuando espera la danza plena del movimiento, los signos mirados se secan como en un óleo viejo.

—¿No sería mejor un brindis?

—Eso es cosa de bohemios trasnochados.

La frescura de la luz pone motillas de observación en las caras. El ojo descubre el cansancio confundido con cierto aburrimiento irreverente, se asusta de un bostezo demostrando la dimensión desnuda de un apetito, se acongoja ante la extensión de los músculos incómodos en una silla. El frescor que se enciende es viejo, es sucio, se arrastra como un bicho cansado.

—La luz se encargará de decir adiós.

—No la podemos dejar, es necesario cerrar esa ventana. Correré las láminas de madera.

—¿Volvemos a la comedia?

—El que no quiera decir adiós a Juan Manuel, tiene la puerta abierta...

—¿Amenacitas a estas alturas?

—Ya no estamos para cortesías. Hemos tenido muchas ya y demasiado empalagosas.

—No es conveniente que a estas horas entremos en dimes y diretes.

—¿Es que la luz espantó las almas y dejó los cuerpos?

La oscuridad ha borrado los gestos, las señales de incomodidad y cansancio, ha vertido la igualdad horizontal de lo vacío. El ojo recobra su camino por el viejo óleo resquebrajado. En la penumbra resurge algo blanco, cada vez más puro como una figura sugestiva.

—Sólo Juan Manuel está presente.

—Sólo él.

—Dicen que los ángeles atraviesan los silencios.

—Dicen que las almas puras merecen una fiesta.

—Dicen tantas cosas...

—¿Hacia dónde viajará?

—No lo sé. Quizás hacia la nada, pero Juan Manuel tendrá una nada diferente.

—¿Es posible una variación de la nada?

—Más nada, menos nada.

—Eso es un sofisma.

—Eso es una idiotez.

—Y, ¿quién sabe si la idiotez más grande es la única cosa cierta?

—Otro silencio, otro ángel.

—He estado pensando en un responso para Juan Manuel.

—Sí. Un responso para Juan Manuel.

—Como en la liturgia.

—Como en la vida.

—Como en el cementerio.

—Como en la poesía.

—¿Un responso para Juan Manuel? ¿Quién podría comenzarlo?

—Sobre el creador crece una sombra violeta, la del azufre, la de la miel se la llevó el viento.

—En el viento se quedan algunas gotas, algunas veces caen dentro de los recuerdos.

—Los recuerdos son mariposas que viajan en las tardes con un aire melancólico y dejan sus alas en la lluvia del presente.

—El presente es una nota sin sonido pero encuentra un eco creciendo en el silencio.

—Silencio invocado y silencio desaparecido. La gracia de los velos está en caerse.

—Caerse mientras se construye una pirámide y el elefante pone gritos de historia en la arena.

—En la arena suave y violenta con su arrastre por diosero inmensamente lleno de pequeños momentos.

—Momentos como gones, como graznidos, como simples murmullos, ¡oh fronteras del tiempo!

—El tiempo hecho de barcos de papel que se hunden y la silueta del agua tan falsamente sutil.

—Sutil es la transparencia de un hilo antes de tejerse y aun después en el enredo del juego.

—Juego con esta mano enhebrada en el pensamiento y no podría contenerme un espejo.

—En un espejo ya no se mirará más y el espejo lo mira, lo está mirando.

—Mirando van los pájaros por el cielo con el temblor de sus alas abiertas.

—Abiertas tiene las manos la muerte.

—La muerte: un pino alto como un faro que nos persigue por siempre.

—Siempre las mismas palabras tartamudas de hastío.

—Hastío de caminar el mismo camino.

—Camino que va a la montaña donde está el alba con las mejillas rosadas.

—Rosadas frutas sobre una mesa para los comensales de piedra.

—Piedra y llaga como dos gritos con maceteros en la garganta.

—Gargantas con laberintos en que se destila la tinta.

—Tintas y crucigramas sobre un ajedrez con las piezas perdidas.

—Perdidas lágrimas de los ojos secos y perdidos pañuelos en las bolsas de la niebla.

—Niebla de rutas ciegas donde se tropieza con uno mismo y la sangre se hiela como ante un extraño.

—Extraño puente que conduce a una pared vacía.

—Vacía la hora primera y la segunda un leve repique.

—Repique del canto en el umbral de la iglesia.

—Y la iglesia como una arquitectura de miedos,

lívica ante sí misma y con la envidia del parque y la plaza.

—Plaza de lluvias perfumadas donde el árbol está herido de iniciales.

—¿Iniciales? Los arpegios más pobres con perfiles de soldados sin guerra.

—La guerra en reposo es más siniestra, suena a tambores de tempestad en el horizonte.

—Horizonte no, que es lenguaje de esperanza.

—Esperanza vestida con la abreviatura de un signo interrogativo, con el paño entre las manos.

—Estas manos y su multiplicidad de gestos me dan miedo.

—Manos con un número en el equilibrio de las especies.

—Especies nómadas por los siglos de los siglos amén.

—Amén: el conformismo disfrazado de tregua.

—Tregua de aires embotados en el pretil de un jardín.

—En el jardín la gota de agua que no llega al río, la que se pudre en su propia soledad.

—Soledad de abismos con escaleras para colocar andamios de resbalosa hojarasca.

—Hojarasca hoy y mañana, la época tiene una extensa fotografía de bodegas.

—Bodegas de robles con pastillas, de algodones y bicarbonatos, de ataúdes y flores.

—Las flores de la muerte se desmayan en la puerta de los cementerios.

—Los cementerios son la casa de albañiles que creen en la espiritualidad de los ladrillos.

—Ladrillos rojos como la sangre.

—Esa sangre bien amortajada dentro de sus propios laberintos.

—Laberintos con cristales rotos por donde se filtra la lluvia.

—Una lluvia constante de lamentos, que parecen decir: cadenas con guijarros de colores atormentan mis pies.

—Pies sin rastro y el vértigo como un sátiro con dientes de púas.

—Púas y calvario y calvario y cruz y cruz y una hora.

—La hora, eso, la infatigable hora con el minutero a la espalda.

—En la espalda una rosa y en la rosa un gusano.

—Un gusano andará por las uñas arrastrándose con lentitud.

—Lentitud de la palabra en el nido de su forma.

—Y la forma como un parto en el rincón del alba.

—El alba, esa alba con olor a yerbabuena, sobre la que soñó un poeta la letanía de su fama.

—Fama de aplausos inventados entre la frente y el oído.

—Oído de cascabeles donde el viento alimenta el amor.

—Amor de atardeceres, de lunas, de ríos, de playas, asustado amor de paredes.

—Y las paredes allí, en el mismo sitio, desafío de encrucijadas en el doblaje de los rostros.

—Rostros pasajeros de lo imposible con ojos de paja en llamas.

—Llamas que susurran la apología de las cenizas.

—Cenizas sobre la yerba clara de un plenilunio medido por el orden del universo.

—Universo de sales y gases en maromas de tensiones.

—Tensiones sobre una cuerda rota con una hilera de hormigas muertas.

—¿Muertas? Otra vez la muerte como un dado con las caras iguales.

—Iguales comienzos responden a iguales finales.

—Finales de mortajas, de llantos y de rezos.

—Hubo una vez un niño

—Hubo una vez un Juan Manuel.

—Hubo una vez cuatro amigos.

—Hubo una vez una casa vacía.

—Hubo una vez una silla.

—Hubo una vez una flor.

—Hubo una vez un muñeco sin cara.

—Hubo una vez una página con la letra torcida.

—Hubo una vez una esquima y un encuentro.

—Hubo una vez una llamada.

—Hubo una vez una sangre dibujada.

—Hubo una vez un comienzo.

—Hubo una vez un final.

—Y ya no hubo más un niño.

—Y se acabó como un cuento.

—Como una estrella fugaz.
—O desapareció en el reino de la niebla.
—Y puede estar ahí sin que lo veamos.
—Y nos puede estar mirando sin comprender este responso.

—Un responso por Juan Manuel.

—Un réquiem sin incienso.

—Con el incienso de las palabras en el umbral de las cabalgatas.

—Detenidas como en las ceremonias de una mesa redonda.

—Yo te invoco, Juan Manuel, desde tu muerte, tan inconsciente como el primer llanto de un niño.

—Yo pongo en tu frente la bendición de una sombra en el mediodía de un día sediento.

—Yo trazo sobre tus ojos el dibujo de una fuente por donde se oyen cantar las aguas sobre el vuelo de una paloma.

—Yo te digo adiós con el eterno pañuelo que simula hojas volando en el centro del otoño.

—Oiremos rechinar el piso cuando pasemos.

—Oiremos nuestros pasos, uno tras otro.

—Oiremos el eco de alguna voz olvidada.

—Oiremos el responso de Juan Manuel por nosotros.

OBRAS DE LA AUTORA

América (*poesía*)

Canción de la ternura (*poesía*)

Hacia tu isla (*poesía*)

En el círculo de los pronombres (*poesía*)

Los perros no ladraron (*Premio nacional de novela 1966*)

Misa a oscuras (*poesía*)

Camino a medio día

Memoria de un hombre palabra

Idioma del invierno (*poesía*)

El nombre de Carmen Naranjo no es nuevo en las letras hispanoamericanas. Poetisa y novelista, cada obra suya es el resultado de un forcejeo con el lenguaje para expresar lo inexpresado y lo inexpresable. Así, ha llevado a la novela costarricense, para remozarla y darle nuevos bríos, técnicas y contenidos de impostergable acogida en la renovación de este género literario en nuestro medio.

Angustiada ante la mediocridad, cargada de ternura hacia el «hombre», conmovida por sus congojas físicas y espirituales —ha dedicado su vida a la labor social—, su enfrentamiento con la realidad no es un calco sensiblero de los problemas cotidianos, sino el buceo hondo y doloroso de la «simpatía» que comparte y conforma en obra artística, que forma y deforma imágenes y que establece coordenadas en que se entrelazan la realidad y la fantasía.

Responso por el niño Juan Manuel es la metáfora de la soledad que se ahoga entre la multitud. Es el relato de un acontecer sensorial inmerso en la incompreensión del quehacer cotidiano —punto de enlace con el que nunca pierde contacto la autora—, que sacia las necesidades materiales, pero que hace inconmensurable el vacío espiritual de la incomunicación.

Carmen desgarrar con rabia las máscaras con que la hipocresía danza en sociedad, pero sabe hacerlo con un lenguaje que descubre sensaciones aurorales, insospechadas, donde la sátira es el camino hacia el encuentro de sentimientos verdaderos. Pero el relato no es prédica —aunque es moralizante en el recto sentido—, sino que es goce ante el juego intelectual y sensorial que trasciende la historia particular del Niño Juan Manuel para darnos, a través de un denso contenido, una nueva perspectiva del amor y de la muerte. Es metáfora, ya lo dijimos, pero en ella valen por igual los dos términos de la comparación: el Niño Juan Manuel, sus problemas, su incomunicación con el mundo que lo rodea y que lo lleva a establecer el lazo fraterno con una criatura de su fantasía, y un segundo término que presenta la oportunidad a la autora de un análisis profundo, amargo, irónico a veces, de la problemática social que todos padecemos, crisis cultural de nuestro tiempo que inevitablemente nos llevará a revisar conceptos y valores que harán, es nuestra esperanza, un mundo más «vivable» para nuestra dimensión humana.

Maria Rosa Bonilla